

CARLOS ROBERTO MORÁN

**TRÍPTICO DE VERÓNICA
Y OTROS CUENTOS**



Tríptico de Verónica
y otros cuentos

CARLOS ROBERTO MORÁN

Tríptico de Verónica
y otros cuentos



COLECCIÓN
ITINERARIOS

Consejo Asesor de la Colección Itinerarios:
**Enrique Butti · Analía Gerbaudo ·
Germán Prósperi · Gustavo Menéndez**

.....

Morán, Carlos Roberto
Tríptico de Verónica y otros cuentos / Carlos
Roberto Morán; prólogo de Patricia Severín
1a ed. Santa Fe: Ediciones UNL, 2017.
208 pp.; 22 x 14 cm (Itinerarios)

ISBN 978-987-749-085-5

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina
Contemporánea. I. Severín, Patricia, prolog.
II. Título.

CDD A863

.....

SE DIAGRAMÓ Y COMPUSO EN EDICIONES UNL
Y SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN DOCUPRINT SA,
RUTA PANAMERICANA KM 37. PQUE. IND. GARÍN.
CALLE HAENDEL, LOTE 3 (B1619IEA), GARÍN,
BUENOS AIRES. ARGENTINA, JULIO DE 2017.

Sugerencias y comentarios: editorial@unl.edu.ar

Coordinación editorial
Ivana Tosti y Ma. Alejandra Sedrán
Corrección

Ma. Alejandra Sedrán
Diseño de interiores

Analía Drago
Diseño de tapa
Alina Hill

© Carlos Roberto Morán, 2017.



© ediciones**UNL**

Secretaría de Extensión,
Universidad Nacional del Litoral,
Santa Fe, Argentina, 2017.

Queda hecho el depósito
que marca la Ley 11723.
Reservados todos los derechos.

Facundo Zuviría 3563 (3000)
Santa Fe, Argentina
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

A Zulema, Pablo y Gerardo

*Nada pasa, nada muere
El pasado es
un río dormido
parece muerto, apenas respira
pero despiértalo y saltará
en un alarido.*

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

El vendedor de pasados

PRÓLOGO

Los mundos de Morán

Patricia Severín

Narrar es contar el mundo. Desde el lugar propio. Desde donde estamos situados. Y esa insistencia imprudente, esa verbosidad por contar y contar —casi siempre un mismo tema desde diferentes ángulos— es la obsesión de los escritores.

¿Por qué esa necesidad? ¿Ese imperioso deseo tan vivo como el hambre, como la sed? No hay respuesta convincente para este interrogante. Sólo decir que el deseo siempre está ahí, agazapado.

Carlos Roberto Morán ingresa a este sitio de insaciabilidad para narrarnos el mundo que lo perturba —con sus múltiples caras— una y otra vez. Y es esta necesidad de narrar la compleja y abrumadora condición humana la que lleva al escritor a abrir el abanico de voces de los quince relatos que integran el conjunto; nos habla de soledad, traición, muerte, hipocresía, desconfianza, corrupción, asesinatos: los desdichados males del milenio.

Ingresamos en cada relato para ser testigos del amplio o reducido universo de alguien que zozobra. Personajes que viven en el recuerdo de un pasado nostálgico y que, perdidos en ese laberinto, trastabillan en el presente de sus vidas. Elena que regresa para dejar un fragmento de duda y desequilibrio en quien fuera su amante, o la joven, perturbada por el dinero, que al fin encuentra el amor encarnado en un ser humano tan vulnerable como ella.

Algunas veces, la cruda realidad de nuestra época, que Morán describe con pericia, deja una fisura por donde se cuele la esperanza. Y allí sentimos, como en «Guerrero de la Independencia», que quizá no todo esté perdido.

El manejo del lenguaje y los puntos de vista son dos pilares fuertes en esta escritura: utiliza con precisión las herramientas que posibilitan llegar, elípticamente, al fondo de las historias. Cada una de ellas, poblada de silencios y blancos, permite que el lector complete lo no dicho. La creación de atmósferas es usada para capturarnos en esas arenas movedizas que no poseen bordes donde podamos asirnos.

En *Tríptico de Verónica*, cuento en tres momentos que da título al volumen, a partir de la primera, segunda y tercera persona —para cada momento de lo narrado— dosifica con maestría los indicios —secretos familiares— que se *le revelan* al personaje principal después de casi toda una vida.

El paso del tiempo es sin duda la principal obsesión sobre la que Morán trabaja: la mutación de sus personajes provocada por el paso de los años conlleva distorsiones, decadencia, desconsuelo y, muchas veces, los convierte en sombras de sí mismos. Escépticos que vivencian profundamente el desamor y creen que el amor es sólo un vaho irreconocible. El pasado asoma en el presente como la punta de un iceberg y los envuelve en la nostalgia de lo perdido, lo irrecuperable, esa masa helada e inmensa que se esconde bajo aguas turbulentas.

Como bien apunta Enrique Butti:

No es casual que en uno de los cuentos Morán cite a Graham Greene y a Juan Carlos Onetti. Con Onetti comparte la inclinación por escenarios oscuros, conflictos amargos y destinos fracasados, humillados y ofendidos; con Greene, los mecanismos de atraer al lector mediante el suspenso o la

sorpresa. Tampoco es casual la apelación a Adolfo Bioy Casares, ya que no pocas veces ese ámbito afín a la narrativa negra vira en Morán hacia lo fantástico y onírico.

Los cuentos de Carlos Roberto Morán nos capturan de manera irrevocable para llevarnos a *territorios vacíos*, o a ese *mundo opaco* en el cual la maraña de una madeja que no se desovilla nos mantiene atrapados hasta cada final sin que el escritor parezca haber saciado su hambre, su inagotable sed.

Tríptico de Verónica

~

I. Sentís que te vas a morir

Por favor, Dios, rezás, que no venga más, estás llorando en el baño, apurate, pide tu hermano, ¿qué hacés ahí?, te dice, buscando intrigar, pero no podés salir de inmediato, con los ojos llorosos, no aguanto más, Dios, Jesús, Virgencita, ayudame, me ahogo, sentís que te vas a morir.

Pero Dios no parece atenderte, porque tu prima está hoy, estuvo ayer, estará mañana, y siempre será indiferente con vos haciéndote sentir un inútil. Como ahora mismo te lo hace sentir.

Te lavás la cara refregándotela con rabia y salís, al fin, del baño, sin mirar ni contestar a tu hermano y te zambullís en tu pieza donde tratás de tranquilizarte, mientras escuchás la voz altanera y jocosa de la prima Verónica que parece cubrir toda la casa, toda la cuadra, toda la vida, diciendo barbaridades que sólo a ella le festejan, incluyendo sus chistes de doble sentido y hasta sus palabrotas, que a cualquier otra criticarían, menos a la prima. Si hasta el abuelo festeja. Si hasta vos mismo no podés dejar de reír en voz baja, aunque no entiendas ni la mitad de lo que quiere decir.

Ah, Verónica, a sólo unos pasos de tu cama, pero a una inmensidad de tu vida, de tu corazón que se expande, derrama, explota, por ella, sólo por ella, y ella que no lo sabe, que por vos nunca lo sabrá, que en definitiva, pasarán los años, las capas geológicas, los cambios que trastor-

narán tanto a ambos, pero nunca lo llegará a saber, será tu secreto mejor guardado, el que nunca mostrarás a nadie, el que más te hace y hará sufrir.

Un nuevo diccionario se incorpora a tu saber: imposible, ajena, lejana, indiferencia, sufrir; palabras que te resultaría muy difícil de definir, pero que son la suma de cuanto estás sintiendo ahora, en pequeño, como un objeto que va armándose, elaborándose, con tus fibras más personales, tus sentimientos más íntimos, cuanto no terminás de comprender.

Te faltan las palabras, los conocimientos que más tarde te dará la vida, volverás a verte con Verónica en varios momentos, y cada uno de ellos seguirás sintiéndola como ahora, fría, distante, y al final lo sabrás, de aquí a tantos años, ella te dirá que es lo que pasa ahora mismo en la casa y que no llegás a entender, no podés entender por más que quieras. Ya comprenderás, mucho más adelante, pero cuando sea tarde.

La felicidad únicamente te la dan el tío Manuel y la prima Verónica. El resto no, el resto te acongoja, aunque te sea una palabra ignota, el resto tiene la cara de la infelicidad. Cuanto te rodea te hace sufrir: las clases en el colegio, la religión que te produce pesadillas, el llanto eterno de tu madre, la frialdad de tu padre, las insidias de tu hermano, y especialmente lo que no te ocurre, aquello que no te pasa.

Suplicás una mirada, escuchás que dice un tango que nadie te dedica, pero a esa letra, hecha para los adultos, dicha para los grandes, te cuadra de medio a medio, claro que suplicás una mirada, una sola, de la prima Verónica, que jamás te dedica, si ella te saluda es en medio de todos, nunca te distingue del resto ni te pregunta nada, hace bromas a ésta y aquél, incluyéndote sin incluirte, formas parte de lo que ella ve: una pared, un cuadro, la imagen de la Virgen, hasta la imagen de Evita que pese a todos impone

la abuela, porque es tan rubia, y si es tan rubia como Verónica lo es también, tiene que ser tan buena, como parece que Verónica lo es, aunque cada vez que llega mientras se ríe y no deja de reír dice hiriendo, después, pero mucho después, te darás cuenta de la carga negativa de su frase, que ha llegado de visita para ver a los pobres, y besa a todos sin besar a nadie, y con las tías y los primos mayores, tu hermano a veces, vos nunca sos invitado, se dedica a jugar a las cartas.

Nunca sos invitado, no lo sabés, tardarás tanto en tomar conciencia de ello, pero de eso se trata, precisamente: nunca sos invitado. Y cuando lo seas, pobre de vos, sabrás. Y será eso lo que te resultará insoportable.

Ricardo, cada tanto, importunará en tu pieza, cuando ocurre te sentís invadido, te sentís infeliz, pero igual pagás el precio porque eso está diciendo que el tío Manuel visita de nuevo la casa y la casa cambia, además el tío Manuel es como una película de misterio, llega de Rosario donde tiene un trabajo sobre el que casi nada dice, tampoco habla demasiado con vos, pero te alcanza y sobra con lo que cuenta en familia, no te importa aquello que le dice a los grandes, que no terminás de entender, como tampoco lo entiende tu hermano (y si lo entendiera no te lo aclararía), es como los espías del cine, como los que se reúnen a la noche en esos lugares raros, donde todos fuman, como fuma el tarambana de Ricardo, que no hace nada, que nunca hace nada salvo enojar al abuelo, el que le llama tarambana, como el coronel Cañones le dice tarambana a Isidorito en la historieta, tarambanas, que sean lo que quieran ser, no te importa, lo que importa es que el tío Manuel se encuentre en la casa, que le cambie la cara aburrída y triste de mamá, de la tía, que los haga reír como la prima Verónica, el grandote del tío Manuel, gigante en medio de

las mujeres bajitas que parece sobrar en la casa. O, en todo caso, cubren la mayor parte de los espacios. Escasos hombres maduros te rodean y en cambio lo hacen mujeres y chicos que, como vos, entienden las cosas a medias, que es igual a decir nada, aunque de eso te darás cuenta mucho más adelante.

El tío Manuel te fascina, palabra que todavía no dominás, porque cuenta historias que parecen sacadas de los libros y de las películas y él se presenta como el propio muchachito de la historia, persiguiendo a los bandidos, como los llama, corriendo peligro su vida, anécdotas que suelen terminar con tipos muertos o encarcelados y que a vos te dejan casi sin aire, como te pasa cuando ves las películas de policías y ladrones.

Lo difícil es que te cuenten la verdad, nunca aclara demasiado el tío Manuel y eso te produce molestias, como tampoco sabés de dónde sale la gran cantidad de plata que tiene en su billetera, cómo hace para gastar tanto en tu casa donde el dinero se cuida hasta lo último, gastos, regalos que te ponen tan feliz, que juguetes, y revistas y libros de Sandokán, una de las pocas felicidades que se registran en tu casa que parece estar de luto aunque nadie haya muerto, aún. El tío Manuel, tío de no sabés de dónde ni por qué, pero el único que vale la pena.

Y la otra que vale la pena es la prima Verónica, pero vos no se los podés decir. No tenés palabras, con ellos dos se te traba la lengua.

De pronto, ocurre. Te pasa, pero sin saber qué pasa. Varias cosas te pasan, has crecido casi sin darte cuenta, usás pantalón corto aún y te da un poco de vergüenza, te hacen bromas pesadas porque empiezan a aparecerte pelos en las piernas, pelos también en tu sexo, que ha comenzado a

estirarse y demandar, sin saber bien qué quiere, porque tu hermano, que suspira mucho de noche y gime y a veces reprime un grito, se niega a aclararte nada, y no te animás a preguntarle a tu atribulada madre, menos a tu padre, tan callado, tan serio, tan enojado con el mundo como vive.

Al único que le preguntarías, mirá cómo son las cosas, es al tío Manuel, pero el tío Manuel de golpe ya no viene más. Y cuando la interrogás a mamá te dice que tuvo que viajar, a Mendoza o a San Juan o a la Luna, se entrevera, a veces gimotea o llora, tu padre anda irritado, todos están tristes y molestos y una noche te despertás alterado, agitado, mojado, con el pito que te duele como nunca antes, y te das cuenta que has soñado con la prima Verónica, y no sabés qué pasó en ese sueño donde ella estaba desnuda, aunque nunca viste a una mujer desnuda, viste dibujos en el colegio, imaginás ahora a mujeres desnudas sin terminar de definir las en tu mente, con tu enorme sentimiento de culpa, con la sensación de pecado que te ciñe, con la imposibilidad de confesárselo al cura que sin embargo, domingo a domingo, te pregunta por tus pensamientos turbios.

Hasta que una mañana, muy, pero muy temprano, tan temprano que apenas si podés permanecer despierto, a tu hermano y a vos los suben a un auto para llevarlos a una quinta perdida en el campo, a la casa de la mujer que alguna vez limpió en tu casa, Emilia o Amalia, ni la conocés, y te hacen quedar ahí, perdido, sin poder preguntar, porque la mujer apenas si les habla y sólo se limita a darles de comer puchero, y guisos, y cosas grasosas, y a exigirles que se bañen y se cambien, y tu hermano no dice nada, y vos tampoco hablás aunque estás desconcertado, perdido, aturdido.

Hasta que llega la tía Yoli bañada en lágrimas, ay chicos, les dice, qué pena, qué tremenda pena, tendrán que ser fuertes. Y, siempre sin entender, con tu hermano te enterás

de que son huérfanos porque de súbito murió tu padre. Te enterás también que ya ha pasado todo. Que deben volver a casa. Y que no hay más que hablar.

Porque no hubo más. Como quien corre el telón. Porque se murió tu padre y se murió tu abuela y se murió tu abuelo y el tarambana de Ricardo se fue, como se irán más tarde otros tarambanas que conocerás a lo largo de tu vida (y uno de ellos te hará saber lo que no hubieras querido conocer) y del tío Manuel jamás, pero jamás hasta casi el final, volverás a tener noticias.

Como de pronto, ay Dios, esas cosas que duelen en la vida, la prima Verónica dejó de visitarlos, igual que tantos más, un luto extendido en tu casa, sin que hubiera razón ni fundamento, casada jovencísima y divorciada jovencísima, en los Estados Unidos, ese país de los cowboys valientes y las muchachitas rubias que te hacen soñar demasiado, esperar demasiado, que te provocan ahogos, porque nadie más se divorcia en el país donde la palabra está prohibida, como tantas otras están prohibidas. Donde seguís sin entender.

Tardarás mucho tiempo en conocer, lentamente se descubrirán las cortinas, los velos, cuanto no sabés y hoy te desconcierta, como te desconcierta tu madre cuando llora, como te desconcierta la ausencia del tío Manuel, como no terminás de entender por qué ya nadie nombra a tu padre. Por qué tu hermano te niega, tan cruel, que seas en realidad su hermano, viendo al fin cómo las cosas se van disgregando.

Cómo Dios no responde a una sola de tus plegarias.

2. La muerte del abogado

Resultaba para mí una situación incómoda y, de verdad, me negaba a admitir que mi prima Verónica era una mantenida. Sin embargo, era la palabra exacta: mi prima, ya cercana a los cincuenta pero conservando una belleza madura que llamaba la atención, había logrado establecer una relación sentimental con el doctor Parlez, nada menos que con el reconocido abogado Horacio Parlez, quien no ejercía su profesión, aunque tuviese chapa, estudio y secretaria, porque su confusa y nada recomendable vida profesional se vinculaba con la libra de carne de la historia shakespeareana, aunque él no fuese precisamente un personaje digno de una obra del inglés, por ser simple prestamista en una simple ciudad provinciana.

Verónica se había transformado en su amante, esto es, en una mujer que —como solía decirse— recibía dinero a cambio de sus favores. Ella, sin saberlo, había trastornado mi niñez y mi adolescencia. Cada tanto, rubia de pelo largo y ojos verdes, rica, emancipada, llegaba a casa para visitar, como decía «a los parientes pobres», a sus tías, una de las cuales era mi madre. Mayor que yo, jamás se fijaba en mí y ese era mi calvario.

Se casó y (ay, dijeron en casa) llegó a divorciarse vía Estados Unidos porque aquí el divorcio entonces era anatema. El primero de los varios escándalos lugareños que la tuvieron de protagonista y que conocí de refilón (y, la verdad,

sobre los que no quise indagar), pero tiempo, y parientes comunes que murieron, y circunstancias y situaciones diversas nos fueron separando hasta que casi la perdí de vista. Aunque (ciudad mediana) cada tanto nos volvíamos a encontrar. Y en una de esas vueltas la volví a ver, esta vez con el doctor Parlez.

Nos saludábamos sí con afecto, pero también con reticencia. Como ambos, por disímiles motivos, no queríamos hablar de nuestras mutuas vidas, cuando nos encontrábamos en forma esporádica costaba que halláramos temas en común, de manera que nuestras charlas terminaban siendo accidentales, más efímeras de lo que me hubiese gustado. En todos los casos resultaban conversaciones frustrantes.

Más lo fueron cuando supe que era la amante de Parlez. Vivíamos tiempos de crisis, cuándo no, aunque esa vez fue una crisis que casi terminó con todos nosotros: la hiperinflación de Alfonsín, provocada desde afuera, pero nunca resuelta por el líder radical. Los números se habían disparado, los billetes de entonces, los australes, tenían cifras astronómicas, y uno sentía que viajaba sobre un globo y que el globo podía estallar en cualquier instante. En ese tiempo, por casualidad, a la distancia, volví a ver a Verónica en un hotel, entre cortinados y humo de cigarrillos, escenografía de película criminal, en blanco y negro, sirenas policiales aullando en la noche, en la que la madura belleza de Verónica en ese momento (¡en tantos momentos!), volvió a abrumarme.

Si tengo que forzarme a buscar un parecido hablaría de Charlotte Rampling, la actriz. Esto, visto a la distancia. Porque no hablo de la actriz de esa época precisa, sino de la que reapareció, al menos en los cines de mi país, luego de varios años, ya madura, con el pelo color caoba y con su misteriosa sonrisa de siempre. Bella, pero sobre todo insi-

nuante. Sonrisa nunca complaciente. Más bien cómplice y un tanto perversa. Parecida a la actriz y esperando a Parlez, como lo comprobé a los minutos. Yo, espectador, distante, sin ánimo de acercarme a ella, lamentando cuanto se había perdido. Cuanto había perdido.

Tiempos difíciles, en un rato no más llegarían Menem y Cavallo para parar la inflación a trompada limpia y negocios turbios que pagaríamos durante generaciones. No importaba, ni a la gente común y mucho menos a los Parlez que antes o después sabían surfear sobre las olas, hábiles para los pases de brujería que transformaban empresas relucientes en galpones abandonados en un abrir y cerrar de ojos, con su tendal de trabajadores que quedaban en la calle, sin obligaciones ni destino, y capitalistas de ojos tapados que relucían más que nunca.

Parlez era uno de ellos: rápido para las oportunidades que sabía encontrar, captarlas, volverlas suyas, hubiera crisis o el ambiente se tranquilizara, él, ganador, aunque no eterno, sabía hacerlo. Se lucía con sus mujeres, a las que hacía variar como a sus trajes (era impecable y clásico en su vestimenta; también era implacable, pero eso es otro país), a las que quizás cambiara cada temporada. Solía hacerse ver con mujeres jóvenes, de manera que Verónica resultó una excepción, a lo mejor porque pese a ser ya madura tenía su personal sabiduría para manejar sus tiempos, hacerse sentir y desear. Hasta ese momento se mantenía bien. Después vendría el derrumbe, que resultaría catastrófico, pero el después no aparecía entre el cortinado del hotel, en las joyas legítimas que lucía. En su mirada de ojos verdes e incisivos, en su sonrisa perenne, en la pose misma que adoptaba y que parecía desde esa posición hacerle saber al mundo que ella todo lo tenía controlado.

Mentiras que se dicen. Vivimos engañándonos sólo para persistir.

También es cierto: nunca nos terminamos de contar la verdad, algo queda en reserva, sin ser expresado. Sin que lo admitamos, una puerta que nunca termina de cerrar. Aún hoy, transcurrido tanto tiempo, tengo mis conjeturas, no mis certezas. ¿Pasó? ¿No ocurrió?

Eran tiempos de circulación fácil de dinero difícil. Fácil de esconderlo, difícil de mantenerlo y acrecentarlo. Podían hacerlo o fracasar. Eso sí, la palabra «garantía» no figuraba en ninguna parte. Cada tanto alguien caía al abismo y nadie hacía nada para salvar a la víctima sino que continuaba sin volver la vista atrás. ¿A quién le interesa tornarse estatua de sal?

Sin duda, Parlez quería seguir. Y lo hacía pero, al parecer, triscó en jardines ajenos y una noche, verano, gente en las calles y en las playas, el calor húmedo e insopor- table de la ciudad, dos o tres de la mañana, se escucharon algunos disparos, a lo mejor (aunque no hubo un solo testigo) se oyeron gritos. Alertada por un corto y eficiente llamado anónimo, se hizo presente la policía en el departamento céntrico en el que vivía el abogado prestamista y, con la pertinente orden de allanamiento expedida por juez competente, al irrumpir en el dormitorio de la finca se encontraron con el dantesco cuadro de un Horacio Parlez desnudo y destruido por la gran cantidad de balazos que recibiera, bañado en sangre, como se escribió en el diario. También lo estaba la rubia alta y bella que dejó de serlo de súbito, alcanzada por las balas que casi la desintegraron.

Una rubia alta, bella y joven que, claro, no era mi prima Verónica.

Sobre mi prima, puede decirse que desde ese momento empezó su decadencia. Verónica debió presentarse varias veces en tribunales, contar cuanto sabía y cuanto no, que al parecer no era mucho y eso fue apartándola del caso (pudo demostrar que hacía varios meses que había dejado de frecuentar al abogado), así como en la noche de los asesinatos estaba lejos, en Chile, tomando vacaciones. Hubo por otra parte mucha confusión en el caso y, aparte, otros hechos de violencia se registraron en una época cargada de preguntas sin respuestas, con situaciones nunca aclaradas, empresas que abrían de súbito y otras que cerraban casi antes de existir. Y el resultado, que —digamos— *contemplé* desde lejos, fue no acertar a nadie ni nada en ningún lado.

Como suele ocurrir, durante la investigación (casi inexistente) cayeron algunos desconocidos y ajenos a la muerte del abogado y de su amante. El hecho se volvió un nuevo caso insoluble, propio del ambiente pesado de la época.

De ahí en más tuve escasas noticias de Verónica. Me enteré que debió malvender la casa que había sido de sus padres (que tenía su valor por el lugar donde estaba levantada, pleno barrio sur) y de cierta manera desapareció de mi vista. Tanto que de ella me quedó la imagen de la bella mujer madura vista en el teatro.

Lo curioso fue que, en el medio, al tiempo, me encontré con el Tarambana.

No se trataba por supuesto del tarambana de mi niñez. Tampoco sabía que yo lo llamaba así y sólo para mí. Era un muchacho ganador de la época, pariente lejano que no me causaba amor ni alegría, pero a quien no pude evitar en el bar de la terminal de colectivos, donde esperaba a alguien que nunca terminó de llegar y, bastante desocupado como me encontraba en ese momento, acepté hacerle compañía.

Hombre del momento, cada tanto aparecía en los diarios y la televisión. Como el abogado Parlez, él también sabía manejarse en aguas turbias y obtener presas que quizás no fuesen fragantes, pero que sabía vender como si terminaran de ser sacadas del agua.

Después de comentarios baladíes que incluyeron la glorificación de Menem y la etapa milagrosa en la que vivíamos, en la que un peso valía igual que un dólar y el mundo se postraba ante nosotros, la charla con el Tarambana derivó sin recaer en nada importante hasta que, luego de mirarme con cierta picardía —era astuto, explotaba su mirada aparentemente franca, la piel quemada, el pelo sobre los ojos— me dijo «qué primita la primita» y se rio con esa risa de ganador que tantos ostentaban por aquellos años.

Le aclaré que hacía mucho tiempo que nada sabía de ella, salvo por la muerte del abogado, «por lo que leí en los diarios y escuché por radio, porque hoy por hoy no tengo contactos con Verónica». Podría afirmar que me miró de otra manera, como si estuviera sorprendido o como si no terminara de creermelo. «Siempre pensé...», murmuró y se guardó lo que había querido decir.

—Nunca fuimos amigos. Verónica visitaba mi casa bastante seguido, pero yo era más chico así que para ella no sería más que un perrito o una planta.

A lo mejor hablé de más, o dejé trasuntar algo de más, porque el Tarambana dejó de hablar, aunque no de observarme, mientras se tocaba la cara, sopesando mis comentarios.

—¿Sabés guardar secretos? —me preguntó, por fin.

El tarambana sobrino lejano, si lo era, despabilado, rápido para ver debajo del agua, parecía observarme con cierto aire sobrador mientras hablaba. Al parecer tenía todo el tiempo del mundo para contarme lo que él llamaba

«la verdad». Hablaba, eso sí, sin claridad, con frases entrecortadas y expresiones que quedaban a medio camino, sobreentendidos que yo debía comprender, aunque no terminaba de hacerlo.

Mi semipariente creía que yo sabía más de lo que aparentaba. Presumo que, en cambio, él sí conocía todo ese denso y apretado mundo maloliente en el que se movía sin problemas. En esos momentos era dueño, se jactaba de ello, de un pequeño semanario que publicaba noticias regionales y se distribuía en forma gratuita. Me dio un ejemplar para que admirara la cantidad de publicidad que contenía. Las informaciones eran todas oficiales y oficialistas, ya se tratase de noticias de la provincia o de municipios y comunas. Las noticias eran triviales, mínimas, referían a las grandes obras de los enormes artífices que conducían, oh, casualidad, la provincia, esos municipios, tales comunas, sus enormes proyectos, sus extraordinarias obras públicas. No tenía necesidad de aclararme nada: la profusión de avisos y las noticias escasas y neutras hablaban de un medio extorsionador, mucha sonrisa y mejor que sea en efectivo y dentro de un sobre que no deje huellas. Entregado en un bar.

¿El Tarambana estaría esperando a un pagador que se demoraba más de la cuenta?

La plata fácil podía volverse difícil en cualquier momento. Mientras se controlan los territorios la situación se calma, pero en general resulta de corta duración porque prevalecen los odios, el deseo de conquistar el terreno ajeno, la revancha, la venganza, la inquietante necesidad de tener cada vez más. Parlez era codicioso y sabía cómo anudar contactos y obtener ganancias *non sanctas*. Desconfiaba de todos y las diferencias a favor las lograba con el simple procedimiento, doble, de apretar y estafar.

Antes de Parlez, Verónica contaba con una herencia considerable y difícil que sufriera carencias económicas. El Tarambana, igual que yo, ignoraba de qué manera se conoció con el abogado. El presunto sobrino sospechaba que Parlez podría haberle propuesto obtener buena renta de un depósito que ella le confiara. Nada legal, por supuesto.

No debería descartarse que la mutua conveniencia los haya acercado sentimentalmente. O que, el Tarambana lo sospechaba, Parlez hubiera abusado de la soledad de Verónica, que perdía momento a momento su fuerza seductora, para mantenerla atrapada, aprovecharse de su debilidad y asegurarse así el control de su plata.

Y, dijo el Tarambana, en algún momento con Parlez pasaron dos cosas: la primera que se entreveró con dinero ajeno y quedó al descubierto. No había chicos buenos en esta historia y el rayón que lo esperaba una mañana, de largo a largo en su auto nuevo, le hizo saber que estaba jugando con fuego. Pero, pese a la advertencia, no tomó precauciones.

Es probable, dijo el Tarambana, que se haya negado a ver lo que se le venía. Y lo que se le vino fue la noche, gente que entra a su casa sin el menor problema, no hay perro que ladre ni alarma que truene y por fin lo que ocurrió: Parlez y la rubia que lo acompañaba (no era Verónica, subrayó el Tarambana) terminaron como terminaron, reventados, «hechos un colador».

Verónica nada me comentó cuando volvimos a vernos varios años más tarde y en ningún momento mencionó a Parlez. En ese sentido yo también enmudecí ante el Tarambana a quien, dicho sea de paso, nunca más volví a encontrar. A lo mejor también a él lo sorprendió una curva inesperada en la vida. Jugaba con fuego todo el tiempo.

Aquella vez en el bar volvió a hacer silencio, casi a examinarme con una mirada sarcástica, propia de quien te está tomando el pelo, «qué primita la tuya», dijo, enigmático.

—¿Qué querés decir con eso?

—Te voy a contar lo que creo que pasó. Pero de esto yo a vos no te dije ni media palabra. Y va en serio —su rostro se demudó, aumentaron la edad, la tensión de su mirada, el viento de la furia y la muerte lo alcanzó, transformándose en lo que de verdad era: un tipo de temer. Prometeme que nunca lo vas a repetir.

Lo tuve que hacer. Exactamente así: «Lo prometo».

Verónica era vengativa y no sabía lo que significaba perdonar. Parlez la había humillado doblemente: en un momento dado parece que ella quiso saber algo sobre su plata, o reclamarla, o rescatarla, y el abogado le habría comunicado que ya era tarde porque el dinero se había perdido y, «ya que estaba», de paso agregó que hasta ahí habían llegado en el juego del amor.

Fue su ultimátum y Verónica no debe haber tardado en comprender que no había más. No, en relación con el amor, que para ella habría sido también una cuestión de conveniencias, sino respecto de sí misma, de su presente y su futuro. Que Parlez era el culpable de todo.

—¿Me estás diciendo que ella los mató?

De nuevo emergió su sonrisa perdonavidas. «No sos para estos tiempos». Jamás Verónica se equivocaría de esa forma. «Estaría presa», me aseguró el Tarambana, porque la muerte de Parlez se investigó y bien que hubieran necesitado de un infeliz (en su caso, de una infeliz) que se hiciera cargo de todo. Con ella no pudieron porque sus coartadas y explicaciones fueron convincentes.

Mi sobrino postizo me recordó que el asesino («si es que fue uno solo») entró y salió sin problemas. «Ausencia total de huellas», dijo la policía. «Estamos ante un profesional», manifestó casi acongojado el comisario a cargo de las investigaciones.

La venganza se sirve como plato frío. De algún modo (supuso el Tarambana y es probable que también otros lo hayan supuesto), ella conservó el juego de llaves de la casa de Parlez y lo hizo llegar a quien correspondía.

¿Era posible?

Me vi ante mi prima, cuando chica, sonriente, bella, especuladora. Y la imaginé de pronto grande y sin dinero y sin destino, todo por culpa de un hombre que la usó y luego la tiró como trapo viejo. Demasiado para ella.

Claro que era muy posible. Muy probable.

El Tarambana se despidió, volviendo a reclamar mi silencio, y esa fue la última vez que lo vi.

Cuando años más tarde, por otros motivos, me encontré con Verónica y nuestra conversación fue por rumbos distintos, Parlez estuvo ahí, todo el tiempo. Y la venganza de mi prima, también.

Todo el tiempo.

3. En un mundo opaco

Aún me gustaba, pero su ojo medio dorado había dejado de fascinarme. Su lugar apropiado era el río nocturno, en el país de lo imposible. Ahí seguía para mí su magia.

James Dickey

Todos guardamos secretos.

Los recuerdos se agolpaban, como objetos redondos de diversos colores que saltaban desde muy lejos hasta ocupar un rotundo primer plano, o, también, resultaba ser una sucesión caprichosa de fotos fijas de diversa graduación, intensas algunas, hasta abrumar, y otras, débiles, como alcanzadas por el agua o algún ácido, diluidas, varias de ellas ya sin sentido. «Oh, mi prima Vera», decía el escritor cómico cuando todo era humor blanco e, igual, la gente se reía porque los chistes tontos funcionaban. Podría repetir la idea, la fórmula, aunque en ese momento el sol caía a plomo y el viento estaba ausente de toda ausencia, mientras el remise se bamboleaba buscando la dirección que el cuñado del primo Horacio, único sobreviviente en esa rama de la familia, le dictó por teléfono. Podría repetir el chiste, pero modificándolo y haciéndole perder sentido, hablando de la prima Vero, porque era a Verónica a la que buscaba para quitarse de encima algo así como una sombra o una mancha, un recorrido por el pasado que no le dejaría nada pero que, igual, quería dejar resuelto aunque no supiera bien por qué (lo sabía, por supuesto, en cualquier mala publicación de época le dirían que no le que-

daba demasiado hilo en el carretel y que estaba ganado por la autocompasión).

¿Lo estaba? No podía descartarlo, pero había más porque siempre hay más, en cualquier circunstancia. Puntos suspensivos. En el relato. Y en su mente, porque más allá de que demoraran en ubicar la dirección, dado que era un barrio de esos que se levantaron al norte de la ciudad (extremo norte, desconocido para él), con callecitas con nombres de flores y árboles y excesivamente iguales, como chicos a punto de desfilarse en días patrios, antes de descender del coche vaciló en presentarse ante la hoy desconocida porque ¿con qué se iba a encontrar? ¿Con un remedo de la momia de Tutankamón? ¿Con el pasado inexistente? ¿Con ecos muertos? ¿Con la nada?

Al fin pagó, bajó del auto y tocó el timbre de una puerta herméticamente cerrada. Mientras esperaba, la foto que le entregó la imaginación (o el recuerdo, que es siempre ayudado por la imaginación, para mejorarlo) fue la de una joven mujer que, cuando adolescente, contemplaba de lejos, inabordable con su ropa nueva, sus flamantes novios, sus intensos ojos verdes. También, segunda foto, más nítida, fue la de la mujer madura, siempre sus ojos verdes, descubierta una noche, casi escondida entre el cortinado del gran hotel, como si remedara a una protagonista de una oscura película policial.

Después se enteró de su entrevero con Parlez y cuanto ocurrió más tarde. «La juntada, los últimos encames antes de morir», dijo con desprecio la tía Yoli, aunque la que murió al rato no más fue ella, quizás porque se mordió la lengua y el veneno y la envidia invadieron su cuerpo. Después no supo más.

«Soy tu primo», debió decir por el interfono. Aunque no terminaba de entender a «esos aparatitos», no descartó

que el fantasma que se encontraba del otro lado lo estuviese espionando a través de alguna cámara oculta y que en ese mismo momento se estuviera espantando. Después de dos o tres aclaraciones más se escuchó un zumbido y la puerta se abrió.

Lo recibió una figura escueta, con ligero encorvamiento, que avanzaba hacia él dando pasos extraños, próximos a los de un muñeco articulado, un robot antiguo, un monstruoso juguete de alguna época pretérita, mientras repetía «no lo puedo creer, no lo puedo creer», con una voz que no terminaba de ubicarse en ningún registro, como si hubiera perdido hacía mucho tiempo el rumbo. Cualquier rumbo.

Usaba gruesos anteojos negros y su vista estaba demasiado débil, por lo que se movía más bien por los indicios que le proporcionaban las paredes y el mobiliario antes que por otra cosa. Salir de esa casa para ella resultaría toda una odisea. Faltaban el aire y la luz, prevalecía la heden-tina de la vejez, y cuando se sentó en un viejo sillón para nada mullido ya estaba arrepentido de la visita. Para peor lo llamó Javier confundiéndolo con su hermano, mayor y muerto hacía demasiado tiempo. «Encima, loca», pensó. La corrigió y ella le pidió disculpas, un tanto incómoda por su error. «No estuve bien, pero a esta edad las cosas se mueven demasiado rápido en cierto sentido, mientras que en otro se estancan, como soldaditos de plomo».

Ese sí que era su modo de hablar, cargado de alegorías y figuras insólitas que inventaba sobre la marcha. Nada tonta, su prima, primera en los juegos de la niñez, primera en los juegos del amor, primera para escamotear lo que de ella no quería que se supiera, siempre. Primera para salir sin rasguños del caso del abogado Parlez, ese misterio que aún persistía y sobre el que no se proponía decir una sola palabra.

Estaba incómodo, con calor, producto tanto de sus nervios —ah, cómo se sentía tenso, en falta, cómo no podía superar esas cohibiciones que aún le regalaba el pasado— como por el hecho de que Verónica mantenía todo cerrado, puertas, ventanas, temerosa quizás de un inminente ataque de los bárbaros. «Ahí hay leones», se podía leer en el aire viciado de la casa, como indicaban los antiguos mapas ante lo desconocido. Lo terrible.

Llegar al meollo, hablar del tío Manuel, mencionarlo, citarlo como quien roza adrede una mano ajena pero tratando de evitar que su dueño (dueña) lo llegase a notar, era un riesgo que podía hacer que la visita terminara mal. Un riesgo que, para eludirlo, reclamaba tiempo, paciencia y astucia, virtudes que le eran ajenas.

Así que optó por hablar de sí mismo, de lo que hacía y dejaba de hacer, especialmente de esto último ya que se había jubilado. (Se hallaba en campo ajeno, campo minado, había un revoltijo allí, un amasijo de cosas, prohibidas las unas, desconocidas las más: como el especialista en desactivar explosivos, cualquier cablecito mal cortado podría provocar una hecatombe). Claro que el esqueleto hablante que lo estaba atendiendo (y que también lo abrumaba), nada tenía que ver con el deslumbramiento que siempre le había producido. Era más que probable que su abundante monólogo, en el que sobraban trivialidades, no aparecía la menor sombra de sustancia mientras el tío Manuel sobrevolaba por los diversos rincones de la casa.

Al término, armó una historia sobre recuerdos revividos y parientes recordados, que lo llevaron a buscarla para saber qué había sido de ella, qué era de ella, en realidad, en el actual recodo de la existencia de ambos. «De la resistencia», le dijo ella, tratando de hacer una broma que resultó más bien un mensaje poco feliz, en el sentido de desdichado.

Verónica eludió a Parlez como a la mayor parte de su vida y terminó desembocando en lo que era su hoy: reducida en una casa de las que se consiguen a través de los sindicatos y los aportes gubernativos y, aunque no vivía en la extrema miseria, resultaba un remanente impreciso, sin que persistiera nada de lo que fue lo espléndido de su vida, perdida en forma definitiva, rodeada de viejos muebles y también de una memoria que se escapaba momento a momento, como una canilla que goteara las veinticuatro horas del día.

«Veo muy poco, así que escucho radio». Hablaba por teléfono con algunas pocas amigas, había decidido volver a la religión como quien cumple con un rito social, misa de diez los domingos, obviando confesiones cuanto más podía, y tomando la comunión y hablando de nada con el joven cura del barrio. Cada tanto iba al médico, felizmente no tenía nada grave, salvo una fatiga generalizada y un corazón que debía cuidar. «Aparte de que mis pobres piernas». Un hijo (recordó que había un hijo, asentado lejos, en Neuquén o algo semejante), que cada tanto se hacía un largo viaje para verla y, cada tanto también, mandaba dinero. Compraba a un súper por teléfono, una mujer la asistía en la limpieza de la casa, «y no hay más». El resto, dijo literal, literariamente, son cenizas.

El pesado olor de la casa, el aliento agrio de su dueña, su propio sudor —inesperado, producto del encierro y los nervios irritados—, volvía la situación aún más desagradable, lo hacía nadar en una espesa miel.

¿Cómo podía plantear el real motivo de su visita? ¿Qué importancia podía tener el tío Manuel, sus preguntas sin respuestas, sus interrogantes que arrastraba de años, en medio del derrumbe o, al menos, de lo que él sentía como derrumbe?

Verónica estaba vieja y sobre eso no había retorno. La melancolía los envolvía en su manto tibio y también desagradable, porque ambos se sabían vulnerables y próximos a la muerte. Pero eso no quería decir que ella no siguiera escamoteando los secretos que pudiera guardar, aun los más nimios. ¿Qué importancia podía tener hablar sobre un pasado del que no quedaban testigos? ¿A quién podía interesarle que esos cadáveres aparecieran desnudos, con todas sus lacras expuestas?

A él no, pero a su prima sí y por eso, porque tenía que haber comprendido que su visita no era sólo de cortesía, comenzó a mostrarse cansada, perdida en sus ensoñaciones, como si estuviera a punto de quedarse dormida.

Aceptó un nuevo té, horrible, que le pidió a su prima buscando un pretexto para permanecer en la casa. Quizás no existiera otra oportunidad, porque estaban viejos y podían morir, seguro que por eso, pero también porque difícil que le quedaran ganas de volver a verla, tan anciana, tan desagradable con su físico derruido, con esa desnudez de cadáver que entrega la senectud.

Aunque no con fuerzas, sino cada tanto, imágenes fugaces, se le presentaba la joven e impetuosa Verónica de cuando era chico y ella era un vendaval que se imponía cuando iba de visita a su casa de pobres y la daba vueltas. Contaba chistes que eran demasiado groseros y vulgares para la época, y hablaba de novios y queridos dando a entender que hacía tiempo que había perdido la virginidad. Y que, además, no tenía el menor interés en ser casta y pura. Exageraba su poder, porque llegaba con auto nuevo a un barrio donde aún pasaban los tranvías y los coches privados eran privilegio reservado sólo para muy pocos. A él lo conmovía, aunque ella no tuviese la menor noticia de

lo que le pasaba. Ni a su hermano le contó lo que le significaba la prima Verónica.

No era Parlez, ni lo que le contó o sugirió ese pariente accidental quien lo mantenía atornillado al sillón destartado sino el tío Manuel, el que le estaba obligando a escuchar las mentiras a medias y las verdades al cuarto que pronunciaba su vieja prima, a aguantarse el mal olor de la casa que parecía haberse acrecentado, a aguantarse las ganas de orinar que le estaban doblegando. El tío Manuel. Por qué estuvo y por qué no estuvo después más. Nunca más.

Ocurrió que hubo un momento en que las cosas se volvieron confusas, complicadas en un sentido que nunca terminaron de aclarársele. El tío Manuel llegaba de Rosario, donde desarrollaba algún tipo de trabajo misterioso, sobre el que casi nada decía, con sobreentendidos dirigidos a los mayores y que dejaba a los más chicos en ascuas, incluyéndolo.

El tío Manuel contaba historias que parecían sacadas de los libros y de las películas, pero nunca aclaraba las cosas, como tampoco era preciso respecto del considerable dinero del que disponía, ostentoso en los gastos y en los regalos que hacía. Tío exactamente de quién y por qué nunca lo supo. Pero era el tío por excelencia, esa fiesta que ocupaba el cuartito infame que debía dejarle Ricardo, y su propia habitación, ya ocupada por él y su hermano, se estrechaba aún más al adicionar una tercera cama, aunque no importaba, todo fuese por las visitas del tío Manuel.

Y, de pronto, ese todo pareció volverse sepia, como si no hubiera más luz ni color que el marrón degradado, como si el cielo se hubiese achatado. Dejaron de lado los juegos, se suspendieron las visitas y cuanto ocurría en la casa se volvió como de sombra: el tío Manuel no volvió más a la casa.

Se fue a Mendoza, o por allá, un traslado, le dijo la madre con los ojos llorosos, después que él insistiera para saber qué había pasado. Tiene muchas obligaciones ahora, pero en cualquier momento nos va a volver a visitar, prometía la madre, hablando entre susurros, tratando de hacerlo dormir, mientras las lágrimas caían por su cara al mismo tiempo que intentaba sonreír.

Después dejaron de verse, la familia fue perdiendo miembros, hubo distanciamientos (los de él con su hermano, irreconciliables hasta que quedó solo y arrepentido por no haber hablado a tiempo).

Verónica jamás le contaría los secretos de su propia vida y, además, carecía de sentido que lo hiciera. No había ido para pedirle que rindiera examen. No estaba ahí para que le contara sus misterios personales. Estaba ahí por lo que no supo o no entendió en su momento. Tanto por lo que pudiera haber ocurrido con el tío Manuel como por la muerte inesperada del padre, por las preguntas que su madre nunca le respondió, salvo con evasivas.

Como cuando hay golpe de Estado en un país sacudido por la intolerancia y se impone el silencio de radio y únicamente queda lugar para los murmullos, en la casa dejaron de hablar.

Tampoco los primos hablaban, tantos años más tarde. El olor se acentuó, también su cansancio, la inutilidad del encuentro, la persistencia de Verónica en no decir nada consistente.

Él hizo un gesto involuntario y dijo algo impreciso, si le preguntarán qué no hubiera sabido particularizar, pero Verónica esta vez no pudo contenerse: «Es inútil —dijo— sos el tío Manuel hasta el último detalle».

La opacidad ha crecido y cubre los espacios. Quizás nunca desaparezca.

No toques las tumbas, no las abras. No escarbes en los huesos. Tendrás sorpresas amargas, diría la adivina, y sin necesidad de leer las manos.

Se siente anonadado y sabe que seguirá así el tiempo que se conserve vivo. A nadie dirá nada, porque no queda a nadie a quién contar. Y además jamás volverá a ver a su prima. Porque cuando ella dijo «sos el tío Manuel hasta el último detalle», en forma instantánea volvió a preguntarse si su prima no estaba, en efecto, loca o senil. Y, al mismo tiempo, como quien destapa un velo, comprendió que al fin se le abría la puerta prohibida.

«Me doy cuenta —dijo Verónica— de que aún hoy no tenés la menor idea».

Jamás fue hermano, jamás fue hijo, jamás asistió a la muerte de su padre, jamás supo sobre su lejano tío. Jamás Manuel fue a vivir a Mendoza.

Cuanto no se lo contaron cuando chico (opaco, opaco), estaba ahí, en las palabras incontenibles de la prima, el Aleph familiar, *vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América*, los silencios de casa, el cambio de clima, el fin de las visitas de Verónica y de varias visitas más, eso que no se contaba, tu padre murió, el tío viajó, un cambio súbito, miradas que quedaban a medio camino, conversaciones interrumpidas de manera abrupta.

Alguna vez, en una de esas peleas estúpidas propias de los adolescentes, su hermano puso en dudas de que, en efecto, la hermandad los uniera. Varias veces más lo molestó con ello, pero jamás fue explícito, y él, por su parte, lo atribuyó al sarcasmo propio de Javier, pero no a otra cosa. Después discutieron. Después dejaron de hablarse. Después se enteró de que se había quedado solo. Ya sus padres estaban

muerdos y los parientes comenzaron a escasear por todos lados. También la tía Yoli, penúltimo eslabón, se fue en silencio a su tumba.

Sin embargo, quedaba ese fantasma, Verónica, quien contó lo obvio: al saberse traicionado, tardíamente, como se saben las cosas, por el tío Manuel, éste fue expulsado de la casa por el padre. «Nunca más», sentenció y la relación entre su padre y su madre se cortó de cuajo (no recordaba nada de eso, le dijo, aunque tenía lejana conciencia de la tensión reinante en su casa).

«Tu padre no murió cuando los llevaron al campo. Él buscó a Manuel, lo mató, se entregó y murió en la cárcel».

Nunca más se habló de él en la casa. Nunca le dijeron nada sus maestros, aunque debió cambiar de escuela cuando se mudaron de la vieja casa. Abruptamente.

Fueron más pobres, fueron infelices.

«En la cárcel tu padre duró muy poco».

Y no había más, porque no podía haber más.

Recordaba hechos, imprecisos, huidizos, fotografías pálidas y desleídas.

La pobreza extrema y última de la familia, el hedor de los cadáveres insepultos.

El hedor de la vida.

Otros cuentos

~

Noticias de Graciela

Una figura difusa se plantó en la puerta de la inmobiliaria y la luz del pleno día le jugó una mala pasada. Vio una sombra, el dibujo impreciso de una mujer sin rostro, mientras escuchaba una voz ligeramente cascada que lo saludaba por su nombre.

—Buenos días —contestó (aún confundido) a la desconocida, una potencial cliente que no estaba en condiciones de despreciar. Hacía esfuerzos para ubicarla mientras la mujer se reía al tiempo de decirle «veo que no sabés quién soy». Las luces y las sombras seguían jugando ante sus ojos y se insultó por lo bajo porque los anteojos ya no le servían. Él era quien estaba dejando de servir, pero no quería ser demasiado cruel consigo mismo.

—No sé...

—Soy Graciela —dijo la voz semicascada mientras se aproximaba al mostrador. Vio una melena corta y pintada de manera excesiva, labios también pintados, anteojos oscuros. La oscuridad, en todo caso, era lo que más se imponía. No terminaba de identificarla, vendría del pasado, quizás se terminara de levantar de la tumba.

—Le dije a Raquel que no te ibas a acordar. Agregó su apellido y entonces sí se acordó: Graciela le trajo el barrio completo, la cuadra donde jugaban cuando eran amiguitos sin sexos ni deseos, cuando se podía estar en la calle sin peligro porque ni autos había. Una nebulosa, nada

que hiciera bien. Graciela. Una chica que tenía pecas en la nariz. A Raquel, que sería su hermana, no la recordaba.

—Graciela... claro...

Ella le dijo que se había acordado de él porque necesitaba vender la casa en la que vivía. «La casa de toda la vida, la que vos conociste». Le estaba hablando del tiempo de las pirámides, de un pasado que si bien se había tornado confuso no perdía su gusto amargo.

—Tu casa...

El barrio, el juego, las sopas, el frío, el colegio, la misa de seis, el tranvía, las ratas de la esquina, el sodero. La abuela. El mundo perdido, que recobraba vida a través de esa mujer vieja y pintarrajeada que afirmaba ser Graciela.

—Quedé sola y no la puedo atender. Hay que reducirse, la casa es grande y somos como un timbre llamando todo el tiempo, ahora que te matan por dos pesos.

La comprendió. Tanto. Él también temía ser asaltado, en el negocio, en la calle, en su propia casa. La paranoia ocupaba todos los espacios y no dejaba respirar.

Le desagradaba encontrarse con ese recuerdo de la infancia, pero tenía conciencia de que no podía darse el lujo de perder clientes en los tiempos de crisis que se vivían, aunque tampoco quería mentirle: «Las casas viejas son buscadas sólo para voltearlas y levantar edificios. Pero por ellas pagan poco. El negocio consiste en eso, pagar monedas y después juntar plata a paladas con los nuevos departamentos».

Se disculpó por su franqueza, pero intentaba que no se hiciera falsas ilusiones. «Aunque a mí me conviene que vendas, quizás lo aconsejable es arreglar tu casa, volverla más segura, hasta achicarla. Si vendés, podés perder casi todo».

Se dio cuenta de que Graciela murmuraba, hablando consigo misma. Efectos del paso del tiempo, rasgos de senilidad incipiente, podría ser. De inmediato, como arrebatada, casi

gritando, al parecer enojada, le dijo retándolo: «No quiero seguir un segundo más ahí, ya aguanté demasiado».

Intentó tranquilizarla, ofreciéndose a visitar su casa para hablar más sobre seguro. Resultó como un bálsamo, su antigua amiga se amansó, le dio la dirección, se despidió con un ligero beso que le dejó una mancha de rouge en la mejilla.

En la ciudad enero es el mes más cruel, con sus lluvias inesperadas, con los ataques impiadosos de los mosquitos, las increíbles cotas de humedad, sus periódicas inundaciones y una temperatura de desierto infame y sin oasis a la vista que deja a los humanos y a las bestias con la boca abierta clamando por un cambio de clima que nunca termina de llegar.

Y, por contrapartida, el invierno que arriba anticipadamente antes de junio torna al todo triste, infeliz, los muertos parecen prevalecer, el tono grisáceo se impone y aplasta. Es un invierno breve, sin nieve ni poesía ninguna, para el que nadie está preparado y que se vuelve heladera, nevera (como acá no se dice) cuando irrumpe el segundo impiadoso: el intenso frío que llega del profundo sur y que congela las tripas, el alma, la vida de las personas.

Era precisamente un día de muy baja temperatura cuando volvió a la cuadra de los recuerdos. Casas nuevas reemplazaban a las antiguas, pero otras que parecían haber vencido al tiempo permanecían incólumes, como si tantas décadas transcurridas no hubiesen sido tales. En cualquier momento reaparecerían el abuelo, el carro del lechero, los perros de la infancia. La casa de Graciela era la misma, con sus pequeñas ventanas del primer piso, casi en la esquina. Se sentía resfriado. Quizás tuviera algo de fiebre. Puntual: Graciela lo espiaba espiándolo detrás de los visillos.

Sentía que lo punzaban por todas partes, imágenes distorsionadas, voces inexistentes pero que igual parecía que llegaban a él.

Apretó el timbre y por el portero escuchó la voz (cascada, cascada), de Graciela; la recordó esa vez que la contempló de lejos, espléndida, a punto de saltar en el trampolín del club Regatas, se vio ridículo a sí mismo y no se animó a acercársele, *o tempora*: «Ya voy». El frío era intenso y lo violentaba. Hubiera debido ponerse un sombrero o una gorra, pero no quería verse (saberse) tan viejo. La baja temperatura lo desanimaba profundamente.

Ella llegó, al fin, y lo hizo pasar abriendo la puerta con traba electrónica. También la casa estaba cubierta de rejas. «Toda prevención es poca, acordate que vivo sola». Habían quedado sólo dos de una amplia familia, pero su hermana murió el año anterior. «No puedo hacer frente a tanto». Una mujer iba a limpiar, «pero cada día me cuesta más todo». Liquidar la casa, vender el montón de muebles viejos que tenía acumulados, reducirse, era su necesidad. «Algo chico, me arreglaría muy bien». Aunque Raquel se oponía. (*¿No me termina de decir que vive sola?*) Graciela dijo que le interesaba conseguir algo en el centro, «o por ahí cerca». Con portero, humano, porque la inseguridad no le permitía sentirse tranquila ni un solo momento del día.

Le pidió permiso para recorrer la casa que, Graciela, luego de murmurar algo que no entendió (le pareció que hablaba consigo misma) terminó aceptando, permitiéndole avanzar como si fuera la reina ante su vasallo.

Salvo las habitaciones del frente y dos de sus dormitorios, la casa presentaba los problemas que preveía: humedad, filtraciones, zonas percutidas, abandonadas, muy sucias. El techo debía tener goteras y los fondos de la vivienda eran un total abandono. «No me dan las fuerzas

para atenderla y no quiero llamar a ningún extraño». ¿No la ayudaba una mujer? ¿Y esa Raquel, dónde estaba, cómo encajaba en todo eso?

Por otra parte, y tal como lo pensaba, con la casa no habría negocio. La vivienda no podía ser recuperada salvo que se hiciera una inversión grande e inútil. «A nadie le gustan los techos altos, buscan otra cosa». Si apareciera un santo varón que comprara la propiedad buscaría todos los defectos para rebajar el precio al mínimo. Una especie de estafa legal, pero la calle diría «es lo que hay», sin conmovirse ni generar la menor emoción.

«Que Raquel se arregle sola», dijo intempestivamente Graciela, como si le contestara una pregunta que no había formulado. «¿Raquel?», no pudo menos que preguntar.

Graciela quedó mirándolo sin decir nada, de inmediato sonrió y pareció una muñeca ajada, abandonada, proveniente de un tiempo muy lejano. Tuvo una impresión espantosa, como si se terminara de morir ante sus ojos.

Luego pareció revivir, en todo caso reaccionó con una pregunta lógica:

—¿Y qué me sugerís que haga?

—Podés vender, por supuesto, si no querés quedarte acá (quería hablar más sobre Raquel, aunque no se decidía), pero te repito que perderás plata. Éste no deja de ser un buen barrio, te convendría quedarte, pero sos vos la que tiene que decidir.

—Sabés que no vivo sola, lo tengo que conversar con Raquel.

La miró de otra manera, como el médico que observa al enfermo. Comprendió, al fin: Graciela estaba senil, loca, y Raquel era un invento de su magín que andaría perdido por ahí.

Se sintió descompuesto. Pretextó que estaba apurado, que debía ver a otros clientes. «Tengo tu teléfono, te llamo en cualquier momento».

No esperó su respuesta, apretó el paso para salir de la casa, aunque tuvo que esperar a que Graciela le abriera la puerta. Cuando salió al fin a la calle se obligó a serenarse. El frío lo envolvió, también la conciencia de una soledad infinita.

Así que loca. De una u otra forma a todos nos llega la condena. Pobre, cómo ayudarla. Llamó a su médico quien le pasó el teléfono de un psiquiatra, pero éste dijo que resultaría muy difícil ayudarla. «En todo caso haga la denuncia para deslindar responsabilidades», sugirió aconsejándole que guardara distancia. «Es un consejo de amigo, usted sabe cómo se paga cuando uno se entromete en las vidas ajenas».

Se sintió más apesadumbrado aún, en falta, comprometido con un presente griego que no deseaba haber conocido jamás. Pero ahí estaba, taladrándolo.

Resolvió hacer un último esfuerzo y visitar de nuevo a Graciela. La sola idea le repugnaba, ¿pero qué otro remedio? De manera que volvió al barrio, a la casa maldita y a la vieja loca, preocupado por ignorar cómo lo recibiría.

Ella se alegró de verlo (otra vez se encontraba espiando detrás de los visillos) y le abrió la puerta mostrándose contenta. «¿Venís con noticias?» (¿Qué noticias? Ah, sí, la posible venta de la casa). «Si, algo...», alcanzó a decir.

Graciela lo observaba, expectante. Como las otras veces, tampoco en ese momento lo invitó a sentarse ni hizo mención a convidarlo con algo caliente, que bien valdría la pena (pero no se animaría a aceptarle nada que fuese preparado por sus manos; el miedo no es zonzo).

—Para hablar de esto sería bueno que también estuviese presente Raquel. ¿La podés llamar?

Graciela entró en crisis: furiosa comenzó a insultarlo y le gritó prohibiéndole que «nombrase a esa puta» en su presencia. De pronto se calmó, tan de súbito que quedó sorprendido. Ella, que se había levantado y pareció estar a punto de agredirlo, volvió a sentarse y quedó sonriéndole con una sonrisa de muchacha tímida y antigua.

En tanto, él continuaba parado, apoyado contra una pared. Pensó que sería necesario conversar con la desconocida Raquel, no por la venta de la casa que obviamente no se podría concretar sino para que alguien atendiese a Graciela, necesitada de internación, de una atención médica urgente.

—Tengo que hablar con Raquel —le dijo y sin esperar su respuesta penetró en el interior de la casa, mientras escuchaba los gritos de Graciela. Los dormitorios estaban como ya los había visto, envejecidos pero limpios, arreglados. En cambio el resto de la casa era un abandono brutal. La cocina, por ejemplo, rebasaba de utensilios sucios y de cucarachas que se habían apoderado del lugar.

—¡Quedate quieto y dejate de joder, hijo de puta! —gritó Graciela mientras se abalanzaba sobre él. No pudo evitar que le clavara las uñas en el cuello, porque lo había atacado de atrás. Obsesa, buscaba lastimarlo, morderlo, a duras penas lograba mantenerse en pie, *ésta me mata*. Como pudo, se la sacó de encima y quedó jadeando en un rincón de la habitación.

Ella seguía gritando, pero eran incoherencias que no terminaba de entender. Necesitaba recuperar fuerzas, pero antes que nada debía cuidarse de un nuevo ataque. Graciela seguía desencajada.

Debía irse. «Andá, buscala en el patio ya que estás tan caliente con esa puta». Señalaba los fondos, destrozados,

malolientes. «Debe andar por ahí, si se aguantó el golpe que le di». Antes de que se hubiera dado cuenta, ella tenía en sus manos una pala con la que lo estaba amenazando, una pala sucia y vieja en cuya punta aparecía una mancha densa y oscura, con un elemento adherido que parecía un detrito, algo arrancado a algo o a alguien.

Esta vez se decidió y corrió hacia la puerta, los pasos de Graciela tras él, ambos enmudecidos y jadeantes. Antes de recibir el palazo que podría haber sido mortal logró salir a la calle donde lo recibió una lluvia densa y pesada, estremecedora.

Siguió corriendo, chapaleando el agua que rápidamente había cubierto la calle y las veredas. Al llegar a la esquina comprobó que ella ya no lo seguía. Estaba bañado por el agua, necesitaba aire, respirar con tranquilidad. También necesitaba veinte años menos. Experimentaba múltiples dolores.

Casi resbala en un charco. Tenía molestias generalizadas, el cuerpo enfriado, el corazón no terminaba de sosegar. Buscó un techo mínimo bajo el cual resguardarse mientras pensaba en la mujer enloquecida que había quedado en la casa. ¿Existiría, habría existido otra mujer llamada Raquel? ¿Habría sido su hermana, una amiga, la amante, o un triste invento de la soledad?

¿Encontrarían restos humanos bajo los escombros?

No lo podría resolver.

Sintió que estaba cometiendo traición cuando buscó el teléfono celular y llamó al psiquiatra.

Se sintió aún más canalla cuando llamó a la policía.

El desierto de Atacama

Tanto demoraron en reconocerse que terminó pareciendo una broma. Aunque esa no fue para nada la intención de ambos. Menos que menos, allí donde se encontraron: en la penosa sala donde velaban a Dardo. Claro que no había el menor resquicio para el festejo o el humor, pero la situación les resultó tan ridícula que debieron hacer esfuerzos para mantener la seriedad.

Estaban demasiado cambiados (el tiempo, el tiempo), y además él llegó confundido, tarde, como era su costumbre, a la sala de la calle Obispo Gelabert, a ese lugar maldito que bien quería haber evitado, pero cómo hacerlo si la propia Carmen, entre llanto y llanto, había tenido la gentileza de recordar que existía (que, aún, existía) y de contarle lo de Dardo. «¿Te imaginás, vos?», le preguntó la hermana, entre lágrimas y suspiros.

Por supuesto que costaba hacerlo, porque uno no se imagina a alguien tan sanguíneo y peleador como Dardo volviéndose pasita, adquiriendo un color verdoso, reducido a lo mínimo, como debió soportar verlo en medio de las flores y los llantos y los rezos, todo eso que le causaba entre pánico y estupor y que debería estar prohibido por alguna dictadura inexorable.

Se reencontró con unos cuantos, abrazó y besó a Carmen, a esa expresión reducida de la Carmen toruna y carnosa que alguna vez había sido y saludó, con ligero movi-

miento de cabeza, a una rubia de anteojos cuya cara le resultó levemente conocida. Después se distrajo. Tomó un café demasiado caliente y cuando lo hacía cayó en la cuenta de quién era la ahora rubia y con anteojos diciéndose que no podía ser. En simultáneo, ella también terminaba de reconocerlo.

Así que veinticinco años más tarde reencontró a Elena. Y Elena reencontró a alguien que le recordaba al que había sido. Un recuerdo vago, demasiado vago, porque el representante actual de quien fue cargaba kilos, calvicie, una dicción nueva que sólo podía ser producto de un complejo tratamiento dental, como leve sombra de sí mismo. Elena lo comprobó aún más cuando, escapándose de la asfixia del lugar, hallaron tiempo para conversar a solas en el bar del shopping cercano, donde pudieron tener una cierta privacidad, aunque faltara de todo. Y aunque sobraba, también de todo.

Estaban ausentes la intensidad, el mundo compartido, la visión en común. Había zonas desconocidas allí, pozos profundos de los que nada sabían, sin planos, luces ni guías, demasiados espacios vacíos que sencillamente no se podían cubrir. Y, a su vez, sobraba todo ese tiempo transcurrido entre distancias, mutuos desconocimientos, vidas compartidas con otros, también desconocidos. Estaba muy presente además algo impreciso, pero que podría ser denominado la pesadez. Porque ambos eran ahora seres pesados, en sus cuerpos y en sus mentes, y tenían la edad en la que todo se ve y se mide con escepticismo, un almacén en el que te dan menos de la mercadería comprada y sabiendo que en parte es falsa. Y (lo peor) que no se puede devolver.

Elena había sido avisada sobre el deterioro de la salud de su primo. Él, en cambio, nada tuvo que ver con Dardo en los últimos largos años. «Dejé todo y me vine». A ella se le había colado el acento mendocino. «Como para no...»,

sonrió. Habló de hijos, de nietos, y apenas si hizo mención a una viudez más o menos reciente que, tardaría poco en comprenderlo, no la conmovía.

Por otra parte les era imposible evitarlo: como pequeños duendes o gnomos se acomodaban los recuerdos en torno a ellos, muñecos pálidos que ocupasen las estanterías próximas, las mesas y las sillas, los objetos propios y ajenos, los diarios, cuanto se hallaba en el bar. Ni uno solo relucía. Pero pese a esos seres insólitos, a ninguno de ellos hacían referencia mientras continuaban hablando, eludiendo lo esencial.

Y lo esencial, les gustara o no, les complaciera o molestara, tenía que ver con lo que resultaba ese inusitado reencontro, tantos años más tarde. Al mismo tiempo, mientras se mantenían en la periferia del ring, estudiándose, observándose, en lo íntimo se buscaban. Es decir, buscaban lo que fueron, lo que habían sido (y al mismo tiempo era tan, pero tan fuerte la presencia sexual, eran tan promiscuos y exigentes los recuerdos de los cuerpos desnudos, de las caricias furtivas y de las francas, que terminaban dándoles vergüenza pensar en ellos, como el chico que se prohíbe pensar en su sexo mientras su sexo lo mantiene dominado, lo guía, se le hace presente de una manera desagradable, por autoritaria y totalizadora).

Pero había más, en esta exhibición de las derrotas: buscaban mutuamente los años perdidos, los gestos y las líneas expresivas del rostro, de sus cuerpos, de sus voces, que alguna vez fueron, y que ahora estaban simplemente extinguidas. O, tan modificadas por las intemperancias de la vida que eran otras, un mapa que había sustituido a otro. Lo que subyacía, los restos miserables de lo que fue, no emergía, no terminaba de ser expuesto a la luz. Y era eso, precisamente eso, lo perdido, lo que les interesaba.

Sobre lo que no hablaron. Quedaban en cambio, los hijos y las cuentas de Dardo, que al parecer sobraban por todas partes y que obligaría a la familia a tomar decisiones incómodas. Porque en los últimos años habían descubierto que Dardo tuvo una segunda familia y que dos hijos, no reconocidos pero que venían reclamando su lugar, iban a complicar las cuestiones de la herencia. Por eso, aunque a ella no le interesaba en absoluto, debería quedarse unos días más en la ciudad luego del entierro.

Para Elena, Dardo fue un primo casi hermano, las cuestiones familiares resultaban complicadas, enredadas peor que una enamorada del muro y tenían relación con papeles, firmas, propiedades compartidas. «De verdad, nada de eso me importa», dijo Elena, suspirando. Y comprendió, con gran tardanza, que ella estaba intentando decirle algo más. Y también tuvo conciencia de que no quería saberlo.

Estuvo en el desierto de Atacama.

Nunca pensó en que podría viajar allí, a ese lugar tan inhóspito, le contó, pero viviendo en Mendoza, a un paso de la Cordillera, no resultó un viaje inusitado. «Fueron apenas unos días, pero nos volvimos porque no aguanté. Tuve una impresión horrible».

Expectante, la escuchaba hablar. Hacía un rato largo que continuaban en el bar, y ella no parecía tener el menor interés en volver a la sala terrorífica donde aguardaban los espectros, no sólo el del pobre Dardo. Dio a entender que no se llevaba bien con la familia y lamentaba mucho tener que encontrarse involucrada en ese juego del dinero y los intereses creados.

«Lo hago porque para ellos mi firma es imprescindible, caso contrario...». El dinero continuaba sin interesarle, igual que cuando eran jóvenes. En eso no parecía haber

cambiado. Pero él no se decidía a preguntarle con franqueza, porque esperaba que fuera Elena la que hablara.

Estuvo en el chileno desierto de Atacama y no lo soportó. Se preguntó entonces qué significaba vivir en esa especie de fin del mundo, sin expectativas, con un horizonte vasto y plano, con tanto calor durante el día y frío intenso en la noche. «Me pareció una especie de Infierno helado que te sacaba todo el aire. Que no te dejaba nada, pero nada».

En aquel tiempo lo vinculó con la mala relación que tenía con su marido. En esa relación tampoco había amparo, sombra, ningún cobijo. «Su muerte fue algo que si bien nunca celebré (no soy esa clase de personas), tampoco llegó a conmoverme». Era como si nunca hubiese estado a su lado, como si jamás se hubieran amado, como si en ningún momento hubiera pasado por su cuerpo.

«Estuve en el desierto —reiteró— pero no quiero volver nunca más a un lugar así».

Le cuenta que desde que volvió a la ciudad ha tenido esa sensación, la de verse ante las puertas mismas de la Nada. «No me interesa abrir esas puertas». Va a apurar cuanto pueda los trámites que deben hacerse para poder volver a Mendoza.

«No sé si es bueno habernos vuelto a ver», le dice de pronto, sorprendiéndolo. Él tampoco lo sabía.

Por el único hecho de haberse encontrado y conversado, *dentro* de ellos, si la palabra es correcta, todo se había revuelto y ni una sola cosa, por pequeña o insignificante que fuera, o por valiosa, permanecía en el mismo lugar. Era imposible que tal revoltijo los dejara indiferentes. Ella, al menos, al hablar del desierto estaba admitiendo encontrarse impresionada.

A su vez, quería tener en claro cuáles eran las intenciones de la mujer ahora extraña, qué le estaba queriendo decir

con sus circunloquios, en especial con sus menciones al desierto. Confesión de parte: no le era agradable estar allí, con ella. La ausencia resultaba la verdadera sustancia de ese encuentro, de la conversación que derivaba sin término, como quien navegara por un río desconocido y sin brújula, aparente o real.

En el interminable viaje en micro desde Mendoza, por el que optó en vez del avión dado que hubiese tenido que hacer un amplio desvío, ella tuvo tiempo para pensar, para recordar, para revivir experiencias. Y, dado que iban a volverse a verse, le contó que gran parte de ese tiempo lo dedicó a pensar en él, en lo que vivieron, gozaron y padecieron juntos, y cuando llegó no sabía si quería reencontrarlo. Temía que terminara haciéndole mucho más mal que bien.

«Pensé también...», dice y se queda callada mientras lo mira con insistencia. Él, que no termina de interpretarla y —menos— comprender por qué parece acecharlo, como escrutándolo. También pensó que... aunque ya no recordaba hacía dónde lo llevó su pensamiento, qué quería transmitirle, qué figura o dibujo se proponía completar con ella. ¿O sin ella?

Porque, decididamente (permítase el adverbio), no eran ni serían los mismos. Historias para no ser contadas a nadie, que ya ni a ella ni a él les pertenecían. Ellos *habían sido*, sí, pero en el pasado, y eso estaba sepulto. Nosotros los de antes... Era imposible, i m p o s i b l e la menor recuperación. Ellos ni siquiera resultaban remedos, malas caricaturas de sí mismos.

Para Elena, lo de Dardo ha sido una alarma. Una alarma genética, la llama. «No tengo nada, nada grave, al menos, pero sí tengo edad, parentesco cercano, abuelos comunes. Todos tumbados por lo mismo». Admitía que sentía algo

de miedo, «no lo tengo demasiado elaborado, pero no me alegra para nada. Sé que no soy clara, pero lo que quiero decir es que las estaciones terminales no me interesan».

Aunque aún no lograba comprenderla, comenzaba a avizorar hacia dónde estaba queriendo dirigirse. Eran dos lobos solitarios. Entendía que Elena le estaba sugiriendo algo concreto. Sí, en sus palabras había una propuesta ínsita, a pesar de que con tanta palabrería no parecía ir hacia ningún lado.

Ella insiste: «Si me preguntan, voy a cualquier lado, pero no quiero saber nada con repetir lo de Atacama». Aunque había bebido demasiado igual pidió otro whisky. Él debe haber hecho un gesto involuntario pero tan evidente que provocó su risa: «Te estoy asustando, aunque no estoy borracha, tengo mi cultura alcohólica». Levantó su vaso vacío. «No te preocupés, no te voy a hacer pasar vergüenza, no soy de hacer escándalos y aunque no lo creas, sé cuáles son mis límites».

Cambió abruptamente el giro de la conversación y le preguntó por él, por lo que había hecho en todo ese largo tiempo, a qué se dedicaba. Tuvo la intención de mentirle dorándole la píldora, pero comprendió que carecía de sentido, así que sin eufemismos le dijo que se mantenía «a las trompadas» con un pequeño negocio que en cualquier momento podría dejarlo en la calle. «No soy un hombre de grandes planes ni de grandes proyectos».

«Pero cuando nos conocimos...», comentó Elena. Eso fue antes y antes, podría haber dicho si fuera una persona elocuente, es un territorio irrecuperable. Entonces fue entonces y ahora era, él era, un comerciante menor en una ciudad menor, sin proyectos, casi sin vida propia.

Ella le habló de la oclusión de su pecho derecho. «No me gustaría que me vieras así. En realidad no me gustaría

que me vieras de ninguna manera». Le tomó con fuerza la mano, se la apretó como seña de amistad y quizás como seña de otra cosa, a lo mejor de lo que pudo ser. De lo que podría ser. Quizás.

«Llegado el caso, ¿me ayudarías a no volver al desierto de Atacama?». Era una pregunta ambigua, llena de silencios, de posibles, de probables. De nada o de todo.

La quedó mirando, largamente.

Un velo apareció, incómodo, en sus ojos.

«Quizás». Le contestó, al fin.

De pronto el tiempo se detuvo

De pronto el tiempo se detuvo.

O dicho de otra manera: ella, en un instante, lo supo. Y fue tan totalizador ese saber que sintió el corazón acelerándose y hubo crujidos y hubo silencios en su mundo interior. El sofocón le nubló la vista y al final pudo decir que la comida estaba un poco fría, que iba a recalentarla.

Sin esperar respuesta salió del comedor temblándole las piernas y las manos que apenas lograban retener el plato, sintiendo que su boca era un puro papel secante.

Me va a matar.

El desconocido sentado en el comedor y bromeando con los invitados era el que la iba a matar.

Cuándo, cómo y por qué lo ignoraba, pero de eso —que el desconocido se proponía asesinarla— estaba tan segura que sintió un vahído y una sensación extraña, como si su cuerpo se terminara de atomizar y vuelto a reconstituir, como si hubiese ingresado de pronto a un universo nuevo y desconocido.

Aunque el por qué era relativo, dado que comprendió que lo tenía resuelto. Y que esa resolución tenía que ver con Carmen. Carmen. Increíble.

Temblaba, se sentía angustiada y descompuesta. No podía retener las lágrimas y debía evitar gemir o quejarse porque la cocina se hallaba muy próxima al comedor. Callada, sin poder contárselo a nadie, esa opresión pro-

funda en el corazón, la piel de gallina, el intenso dolor de cabeza que le asaltó de golpe y de tal forma que casi la desmaya. Se dio fuerzas para continuar lúcida y colocar la comida en el microondas por un breve tiempo porque por supuesto no estaba fría.

El desconocido. Por otro amor. O por cansancio. O porque quizás no podía perdonarle algo que ella habría cometido, aunque ignoraba qué.

Fue apenas después de que Norma terminara de describir la campera recién comprada y un segundo antes del chiste de Jorge. El punto omega. El exacto momento en que ella, que estaba atenta a la pareja invitada, aun sonriendo como pidiendo su aprobación lo buscó con su mirada. Y se encontró con lo que se encontró.

Peor, porque en ese viaje de conocimiento topó con el «estoy de acuerdo», de Carmen. Tan joven.

Indescriptible.

Pero no, debe estar equivocada, le decía la vocecita de la reflexión, del sentido común, es imposible que vaya a actuar de esa forma, nunca, el hombre que no es por cierto un desconocido. Él, que ha convivido tanto tiempo con ella, que la conoce, que ella misma tanto conoce, y cómo, con el que se ha compartido todo. Sencillamente (y complejamente) todo. Vamos, vamos, cómo vas a llegar a esa conclusión, a tan macabro convencimiento. Son más de veinte años de convivencia, ha habido hijos, hechos, dolores y alegrías, desnudos como recién llegados al mundo, tanto en común.

Imposible. Y menos con Carmen.

Claro, se dijo, qué tonta. Y trató, como quien trata de olvidarse de una noticia espantosa que termina de conocer (alguien querido se murió; padece una enfermedad terminal; declararon la guerra), de quitarse de encima el pensamiento funesto.

Que sin embargo continuaba allí, muy dentro suyo, como un hijo monstruoso recién concebido.

Ignoraba de qué forma debía enfrentar una situación semejante. Lo desconocía como si se tratara de mecánica cuántica, un viaje a las estrellas, el principio de la vida y el fin de la existencia universal. Esa clase de ignorancia.

Regresó, pálida, a la mesa y después de que permaneció varios minutos en silencio (ah, tan triste), Norma la preguntó si le pasaba algo, si se sentía enferma. A lo mejor, contestó con debilidad, con una voz prestada, se estaba engripando. Advirtió que Carmen siguió comiendo sin levantar la vista. La voz de la muchacha resonaba en su imaginación, como solía pasar en las antiguas películas.

Cuando no pudo más se disculpó, «el dolor de cabeza me está matando», y sin agregar más, consciente de que estaba comportándose mal con los invitados, y de que Raúl jamás se lo perdonaría, subió al dormitorio prácticamente sin despedirse. Y, menos, sin disculparse.

Era cobarde. Las historias de los débiles que se transforman en héroes imbatibles combatiendo a los enemigos hasta vencerlos estaban bien, si lo estaban, en el cine o la televisión, en las novelas, en los dibujitos, pero en la vida real una persona débil perdía. Perdía de entrada, no podía vencer. Ella, al menos, no sabía cómo podría encarar semejante conflicto.

A la hora, Raúl subió al dormitorio enojado, encolerizado, y ella le dijo que estaba descompuesta, que por favor no gritara, y tan descompuesta de verdad estaba que al fin terminó vomitando en el baño, qué esfuerzo, qué horrible el cuerpo exigido al máximo, convulsionado, oloroso. Sentía un gran rechazo de sí misma. Y al mismo tiempo una extrema compasión.

Raúl gritaba y se revolvió en el dormitorio hasta que terminó yéndose dando el correspondiente portazo. Supuso que había ido a dormir a la pieza de servicio, evitando así hablarle y auxiliarla, demostrando en los hechos que ya no la soportaba.

Se limpió y lavó la boca, se duchó y cambió, como buscando quitarse algo más que las huellas del vómito. Después, con una leve agitación como si el cuerpo se le negara a tranquilizarse, volvió a la cama, pero durmió tarde y mal, después de haber intentado trazar planes que no le llevaron a ningún lugar.

En esas horas de ojos abiertos y de temor de que apareciera Raúl para matarla —no podía cerrar la puerta con llave, no se animaba— pensó en las causas que podrían haber llevado a su esposo (porque era su esposo, ante Dios y los hombres, como se decía en un tiempo lejano y muerto), a querer terminar con ella, para sacarla del medio y poder empezar otra vida, presumía que con Carmen, libre de su actual estorbo (ella misma).

No lo podía creer, pero estaba obligada a hacerlo. Había envejecido. Habían envejecido, en realidad, y ambos contaban con menos espacios, con menos posibilidades. Pero Raúl aún continuaba peleando en la calle y seguro que con Carmen, con la carne de Carmen, se sentía rejuvenecido. En ese caso ella sobraba. Sus encuentros sexuales habían desaparecido porque los últimos resultaron desagradables, penosos en varios sentidos, así que por acuerdo mutuo y mudo habían cesado. Sus encuentros. Y ellos mismos.

Pero quizás con otra mujer (con Carmen), Raúl obtuviese satisfacciones, su cuerpo le respondiera de otra manera. No lo sabía. En realidad no lo quería saber.

Norma y Sebastián fueron visitas circunstanciales. Si tomaron su reacción a mal o bien (seguramente lo pri-

mero) le daba lo mismo, al fin de cuentas los amigos van y vienen. Pero Carmen era una presencia permanente, la hija de Inés y de Pedro, la chica que estaba estudiando veterinaria en Esperanza, la piba de extrema confianza que dormía en la habitación de huéspedes y que, como solían decirse complacidos en ese pasado que había dejado de ser en forma absoluta, ya era familia.

Pero ahora no podía seguir sosteniendo esa mentira.

Siempre ha sido la primera en levantarse y esta vez, pese a sus sospechas y temores, también lo ha hecho. Raúl y Carmen duermen hasta tarde y lo habitual es que se encuentren con el desayuno servido. Teme el encuentro con su esposo, que se enfrenten, que discutan, que se hagan realidad sus peores aprensiones. Quisiera evitarlo, pero le es imposible, porque tiene conciencia de que carece de recursos propios y que no sabría a quién acudir para que le dé no sólo consejos, sino asilo, auxilio. La única casa que existe para ella es la que habita y no hay nada más. Ni dinero propio tiene.

Tan libres que parecen ser las mujeres hoy en día y tan sujetas al macho, como ella se encuentra.

Dado que Raúl no durmió en la cama matrimonial, tiene el temor adicional de que aparezca de súbito y más enojado que ayer, porque supone que debe haberla pasado mal en la enjuta cama de la pieza de servicio y bien que podría despertarse de pronto, levantarse, y continuar la pelea tal como la dejó anoche. Y con mayor resentimiento.

Tampoco quiere encontrarse con Carmen. Ella no es hipócrita y terminaría diciéndole lo que piensa. Lo que cree que está pasando en la casa, de manera especial lo que entiende que con su esposo se proponen hacer. Porque no descarta que en el proyecto de su muerte (¡de su asesinato!)

ambos sean cómplices. Carmen no puede ignorar lo que se plantea hacer Raúl.

No hubo tormenta, pero sí tensión, hasta que por fin Raúl se fue al trabajo y poco después Carmen también encontró un pretexto para salir de la casa. De manera que quedó sola y de súbito, como quien recibe visita, se le instaló una palabra concreta e insidiosa, infrecuente en su vocabulario: insólito. El hecho de haber pensado que Raúl la detestaba y que quería terminar con ella era insólito. Como insólito resultaba imaginar una conspiración de su esposo con la inquilina para que hubiese un crimen en la casa. Insólito o, mejor, insólita, era la situación que vivía. No señor juez, debería decir, en el supuesto de que, imaginaba, se presentara ante la justicia para denunciar lo que otros se proponían hacer con ella, carezco de pruebas, no tengo un solo dato, ni una palabra que nadie dijo. No señor juez, Raúl no estuvo más enojado que en otras oportunidades. Tampoco, señor juez, jamás me levantó una mano y anoche, aparte de su disgusto, no recibí de él ninguna amenaza.

En medio de tanto confuso pensamiento, de ese entrecruzamiento de ideas que no terminaban de definírsele, una segunda palabra totalizadora la asaltó, cubriéndola por entero como manto apestoso. Casi irrepitable: senilidad. A lo mejor, antes de tiempo, su cerebro había comenzado a patinar, ¿por qué no? O locura, o algo semejante, un regalo de la neurosis, de lo contemporáneo. Se ve lo que se quiere ver, se escucha lo que se quiere oír, se interpretan los hechos y las acciones desde la más profunda subjetividad. Ella, de cierta manera culta, sin duda inteligente, no ignoraba nada de eso, de la complejidad y de las anfractuosidades del cerebro, de la misma percepción humana. Tampoco ignoraba que, de golpe, cualquiera se puede des-

equilibrar, entrar en una etapa de huida de la realidad. El loco se cree cuerdo y entiende que su mundo es coherente y sólido, mientras que los otros lo ven como si fuera el cuadro de un dibujo incomprensible.

Bien podría haberlo imaginado, todo, mirada asesina incluida, traición y complot, la reprochable conducta de Carmen. Por consiguiente, ni juez, ni policía, ni algún familiar perdido, por ejemplo el primo Enrique de Mar del Plata, ni el cura. Ni nadie.

Pero señor juez, yo lo sé. Profundamente, y de manera indiscutible. Ignoro cuándo, cómo, de qué forma me matarán, harán desaparecer mi cadáver, esas cosas horribles. Lo que sé es que se trata de una decisión irrevocable. Podría intentar el divorcio. Sí, yo llegaría a llorar, hasta a implorar, aunque terminarían ganando y Raúl podría rehacer su vida, como suele decirse. Él me pasaría una pensión y me mataría de otra manera, porque no sabría de qué forma encarar mi vida. Es así, una acepta, acepta que le pongan las bridas, que la coloquen en esa calesita de caballos de molino, vueltas y vueltas, y después, si quisiera reaccionar, sería tarde. Demasiado tarde, porque no sabría hacer otra cosa.

Lo concreto es que soy un estorbo hoy y lo seré mañana. La división de bienes, el dinero con el que contribuyó papá a la santa unción de nuestro matrimonio, las putas herencias, toda esa cosa turbia que a ella no le interesa, que se la regalaría envuelta en papel celofán. Suspira. Es cierto, se está engañando, no la dejaría ir, no le dejaría un centavo.

Una manera de aceptar que, desde la mezquina perspectiva de Raúl (y de Carmen), ambos tienen razón: ella era el gran escollo, el Gran Peñón de Gibraltar. Y correspondía entonces quitársela de en medio. Era tan ignorante, ¿cómo se hacían esas cosas?

Entonces recordó la vieja película vista en la tele. Se le presentó la gran boca abierta de Barbara Stanwyck pidiéndole al sicario enviado por Burt Lancaster que no la matara. También, el teléfono que en la película quedaba abandonado, en el que hasta un segundo antes ella había atendido, escuchando la voz desesperada de Burt, arrepentido, para que gritara y pidiera auxilio, y ella que se paralizaba, que decía que no podía hacerlo, y la sombra del desconocido avanzando hacia la mujer histérica, que permanecía en la cama sin estar enferma pero estándolo al mismo tiempo, porque era obsesiva, maníaca, hipocondríaca, la forma elegida para tenerlo a Burt en sus manos. Y sin lograrlo.

El sicario. De eso se trataba. Raúl se encargaría de contratar a alguno, si se los consigue a la vuelta de cualquier esquina, un robo en las largas horas en que ella se quedara sola en la casa y listo. Un robo, una muerte, un arma y un tipo que desaparece. El resto es historia. El resto sería la historia de todos los días, en estos días.

Carecía de pruebas...

Momento. ¡Un momento! De pruebas, lo que se dice pruebas, en verdad no tiene ninguna señor juez, pero... Porque hay un pero. Un pero en forma de golpe, «disculpame, quise acariciarte y mirá vos lo que pasó». Porque estuvo a un segundo de rodar por la escalera, «¡cuidado!», gritó Raúl con tardanza, pero ella no se cayó porque se detuvo por su cuenta, por qué tuvimos que venir a vivir a una casa de dos pisos. Mamá, papá tiene razón, te quejás por cualquier cosa.

Jamás, pero jamás, señor comisario, ha tenido razón en su casa. Siempre (siempre, por favor, que quede subrayado), la balanza se inclina hacia Raúl. Y sus hijos, que por suerte no están con ellos para ver tanta degradación, para que no se contaminen, jamás (jamás, subrayado también), la han apoyado.

Un golpe que quería ser una caricia, un empujón en el extremo de la escalera que jamás pensó como tal, un callate que quiso mostrarse como broma, un vos siempre la misma que se dijo en un momento de enojo que no duró un segundo más de la cuenta. Cuanto ella ha ido anotando en la columna Olvido y que ahora fluye, como el agua fluye una vez liberadas las compuertas.

Pero ninguna prueba contundente, señor juez. Atribúyalo, dice el abogado defensor, a su inexcusable decadencia. El envejecimiento prematuro explica muchas cosas..., agrega el defensor, dejando unos cuantos puntos suspensivos en el aire para que el jurado entienda y lo lleve consigo cuando se reúna para deliberar y dictar sentencia.

¿Y en tanto, qué debe hacer? Débil como arbolito recién plantado (con viento en contra, miren como está a punto de ser arrancada de raíz), se siente atada de pies y manos, amordazada también, no hay una sola escena de historia de terror que esté ausente, porque es inepta, jamás ha experimentado algo similar, nunca se sintió tan sola y abandonada. Raúl que la arroja por la escalera, Carmen que la estrangula, el sicario que simula un robo y le revienta la cabeza. Una pedrada, una cuchillada, y yo que me la llevé al río creyendo que era mozuela y ahí la ahogaban.

Julio (en Rosario) y Claudia (en Córdoba) jamás la escucharían. Se ha quedado, prácticamente, sin familiares, y por ser tan hogareña que debería dar asco, producir rechazo, también se ha desprendido de amigas, de gente de confianza. No podía ir a hablar con el cura del barrio, ella, que jamás va a misa, tampoco con el cartero o con el almacenero, que siempre la miró de una manera especial, aunque nunca le dijo nada. Ese tipo tan solitario y silencioso, horas de horas parado en el sucucho de la esquina.

Volverán dentro de un rato, poco tiempo para decidirse. Tiene que estar equivocada, debe haber imaginado que vio lo inexistente, imaginado lo que nunca ocurrió. Si fuera así no habría habido empujón en la escalera sino una peligrosa, pero impremeditada, coincidencia de dos cuerpos que se encuentran por casualidad. O el golpe en la cabeza habría sido no más que un intento de caricia. O... Podía ser, pero no terminaba de convencerse. No, así de concluyente: no lo creía.

Poco tiempo, ideas escasas, creciente temor: ¿lo harán esta semana, esta noche, no bien lleguen a casa?

Se decidió al fin, tratando de no desesperarse. «A quien corresponda», escribió. Fue lo más breve que pudo ser, ella, tan poco acostumbrada a escribir. A los minutos repasó la carta, luego la puso dentro de un sobre, que cerró. Después se miró en el espejo y salió, apurando el paso porque los minutos contaban.

El almacenero terminaba de atender a una clienta. Estaba solo. Silencioso como siempre. ¿Cuántas palabras habrían intercambiado en esos años? Si las contara el saldo sería decepcionante, sin embargo sabía lo que estaba haciendo (¿lo sabía, de verdad?).

Pidió fideos y queso rallado, que no se proponía cocinar y luego le extendió la carta. El almacenero la miró, visiblemente extrañado. «Guárdela, por favor». El almacenero continuó fijándose en ella sin pronunciar palabra.

«Si me pasara algo...», le dijo, a modo de despedida. El almacenero apenas si hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza. Permaneció enmudecido sin quitarle la vista de encima.

Volvió a su casa. Se sentó en una silla, sus ojos fijos en la puerta de entrada.

Quedó esperando.

¿Es una Mont Blanc?

En el final mismo de una película de Bertrand Tavernier, la protagonista, una chica que no ha entendido la criminalidad de sus acciones (ella y sus amigos han matado a un hombre, luego de haber llevado adelante una serie de actos delictivos), detenida, debe firmar el acta en la que se encuentra consignada la confesión de sus faltas. El oficial de turno le tiende una lapicera para que firme y ella, ajena a lo que le ocurre, ajena a lo que pasará, ajena al mundo, queda como hipnotizada mirando la lapicera que le ofrecen y pregunta, asombrada, admirada, si el adminículo era una Mont Blanc. Lo único que, en medio del horror, ha despertado su interés.

Ella, en medio de la borrachera de su juventud y de su pequeña belleza, no pregunta si es una Mont Blanc pero es como si lo hiciera todo el tiempo. Ardillita, rápida para las cosas, con una viveza que debe ser no más genética con la que descoloca y deslumbra a los hombres, sabe sacar ventajas. Por ahora trabaja en el mundo de la producción de programas lugareños, radio, televisión, espectáculos públicos, pero prepara su gran salto. Lo sabe. Nadie más lo sabe, aunque muchos lo sospechan.

Sonríe, sabe hacerlo, su rostro se ilumina (ah, cuánto conoce de sí misma, es como una calculadora en acción), lo prende y apaga a conciencia, Lleva melena hasta los hombros, pero prefiere el pelo tenso, un poco a lo Evita.

Una Evita pequeña, proporcionada, morocha, con bromas que aplica con punzante sutileza y justo en el límite. ¿Qué es? ¿Premeditación, sabiduría instintiva, especulación que se suma a la experiencia?

Su cuerpo menudo, convenientemente «trabajado» en el gimnasio, más la ropa informal que suele vestir le permiten rebajar su edad hasta donde le conviene. En general, la creen recién salida de su primera juventud, casi adolescente tardía. No es así para nada, pero lo disimula muy bien.

Calcula, observa, se sabe observada. Saca rápidas conclusiones, se atreve, con el conductor de turno, con este gerente, con aquel representante. Parece de fácil conquista, de rápido acceso, pero cuando llega el momento, justo a tiempo, cierra las puertas. Aunque nunca del todo. Quedan flotando su sonrisa y las bromas, la imprudencia aparente de un chiste de doble sentido. Tiene plena conciencia de lo que es peligroso, no conviene por lo tanto franquearse, ceder con facilidad. El cuerpo es su caja de reserva, hay que pulirlo, hacerlo brillar, pero no cederlo, concederlo, a la primera de cambio.

El sexo es su fuerte y no es remilgada, pero hay una escala interna, se cuida en sus relaciones y no se entrega con facilidad, porque para nada le conviene entrar en el circuito de la merca y de la «pegada», de las noches promiscuas, sin relación con códigos, moral, censura o autocensura, a cada uno lo suyo y cada quien con sus necesidades, ocurre que no necesita tanto de los demás sino que suelen ser los otros quienes la requieren. Eduardo, el gerente, el tipo de la agencia y, atención, el que tiene todas esas empresas que lo vuelven el dueño, rey, de la ciudad, todo bajo su control.

Control, así lo llama.

Es un hombre grande que actúa con sigilo y cuidado, por lo que la invita a comer a lugares recoletos, fija en su agenda

fechas y situaciones determinadas y cuando éstas se producen, su cumpleaños, el aniversario de su ingreso a la radio, un ascenso que corresponde celebrar, el presente, el pequeño y fino y distinguido regalo que le compra el secretario, se hace realidad. Actuando de ese modo se protege, es hombre casado con hijos grandes de edades parecidas a la de ella y no está dispuesto a tirar su tranquilidad hogareña por ninguna borda. Aunque sea joven, alegre y bonita.

Esteban llegó a la radio en esos días. Venía de un pueblo cercano, temía fracasar. Su enorme cuerpo no lo favorecía. Su incapacidad para vender imagen propia y habilidades (ciertas o inventadas) lo ubicó de inmediato en el rincón de los controles de transmisión, en la radio de frecuencia modulada, secundaria.

No fue raro que la conociera y menos resultó extraño que quedara deslumbrado por ella, no podría sorprender a nadie que confundiera sus bromas, que hacía a todo el mundo, con un mensaje de bienvenida y hasta de afecto que ella no registró ni tuvo la menor intención de producir. A favor de Esteban se dio el hecho de que se frenó a tiempo, aunque le carcomiera la impresión de que había querido decirle algo más cuando lo rozó con un beso en la mejilla al saludarlo la primera vez. No quería equivocarse, su timidez profunda le permitió que evitara el paso en falso de la equivocada interpretación. Suerte para él.

Como quien no quiere la cosa, la cuestión de pronto ocurre y se está del otro lado, sin posibilidad de cambio ni retroceso, inercia, ese dejarse llevar por acontecimientos que no son convenientemente sopesados. Supongamos que ella se detiene un momento y trata de mirar las cosas en perspectiva, preguntándose, por ejemplo, cómo comenzó todo y lo más probable es que no encuentre el principio,

porque el principio verdadero empieza en las cavernas, con nuestros ancestros que sobrevivieron por milagro, hasta arribar a la pregunta que podría formularse y que quizás se haga: ¿cómo llegué hasta acá?

Pero no hay comienzo sino acumulación y, en su caso, saturación. De pronto se cansó con las discusiones que mantenía con su madre a diario (sin advertir que, simplemente, su madre estaba envejecida y se perdía en su laberinto, con lentitud, pero sin pausa ninguna) y decidió, por fin, vivir sola, porque ya era hora. Pero al hacer el correspondiente balance económico comprendió lo que significaban la crisis, vivir en una ciudad mediana, percibir salarios mediocres. Según su ritmo de vida, la plata no alcanzaba. Y entonces pensó. Y sacó cálculos. Y pensó de nuevo, mal.

Porque pensó en Control.

Un especulador es un especulador, hace sus cálculos y traza planes personales y generales que no tiene que contar (no debe confiarse nunca) a los demás. Él es quien tiene que manejar las cartas y si llegan a estar marcadas poseer las claves correspondientes sin fiarse en nadie más. ¿A Control le gusta esa mujer? ¿Le interesa, como ella le insinuó más que le propuso, volverla su hembra personal y exclusiva? Quizás, y se remarca: quizás, la doble propuesta le resulte atractiva. Ahora bien, ¿le conviene? Es lo que le hace vacilar, cómo sacar ventajas y hasta adónde. Es decir, cuánto le puede beneficiar.

Duda. Y dudar le resulta una palabra malsana, la duda es un inconveniente para cualquier cosa que haga. Control sabe que tiene que operar sobre seguro, todo el tiempo como única manera de ganar.

Pero, atención las alarmas que deberían saltar ahora mismo y sin embargo no lo hacen: la chica le gusta, lo entre-

tiene, demuestra ambición y coraje y aunque en realidad no la necesita, pese a todo puede servirle en el constante ascenso hacia el Algo que viene cumpliendo desde hace años.

Por lo que sin intervención de juez o escribano, y apoyándose en sobreentendidos, le compró un departamento en un lugar poco transitado, exactamente esa calle ubicada en el macrocentro hacia el sur, donde no iban las almas que tenían perdida la fe, pero sí quienes no hacen preguntas ni formulan respuestas, el gran edificio blanco de reciente construcción, cuyas paredes de cristales y múltiples ascensores impedían las amistades, los roces, los excesos de confianza.

Ella se sintió cómoda desde el primer momento y Control se cuidó de dotar al estrecho escenario de un determinado confort, porque rápidamente llegó el mobiliario y junto a él los enseres de una vida moderna que reclamaba el menor esfuerzo. Una señora contratada a través del eficiente secretario se cuidaba de quitar la mugre y de hacer silencio. Ella, en tanto, no era expansiva, sabía que cualquiera, o más bien, todos, podían ser espías del Señor. De manera que lo mejor era guardar silencio mientras hubiese extraños merodeando, escuchar música, mirar televisión, pensar sólo lo necesario, limitarse a los «sí» y a los «no» cuando hablase por teléfono.

No quería ser ni que se la tomase exactamente como una amante paga, aunque lo fuera, por lo que seguía yendo a la radio y cumpliendo horarios que, sin embargo, gracias a Control y a las eficaces gestiones del eficaz secretario resultaron más laxas. Y tuvo además de las excepciones algunas promociones y hasta halagos, porque hay gerentes que saben ver más que el resto, aunque no se lo crea.

¿Una cierta forma de la felicidad? ¿Por qué no?

Su relación con Control debía sencillamente madurar, se negaba a dar pasos más allá de lo que dieran sus piernas. Caso contrario, se podía caer y quebrar.

Ya se vería con el tiempo.

Por de pronto, no se negaba al precio que debía pagar noche a noche, aunque para su felicidad Control no era tan potente ni insatisfecho como su machismo explícito se lo hubiera exigido. Más bien dejaba pasar muchas oportunidades y solía quedarse dormido en medio del esfuerzo. ¿Saben que hizo ella una vez, sin atender la recomendación elemental de los sabios? Le tomó una foto, dormido, desnudo en la cama, exhibiendo su cuerpo fofo, y hasta hizo visible la leve baba que se deslizaba por su mentón. Era una broma, jamás se la mostraría a nadie, mañana mismo la haría desaparecer sin que quedaran rastros.

Se cuidaba. Nada de *bombos* que arruinaran su perfil y su vida, esto es ningún niñito que alterara su marcha hacia la Mont Blanc (ella no había visto la película y sus propósitos últimos eran menores, mediocres, aún no se había propuesto tener el mundo en sus manos; nadie a su lado que le vaticinara el destino).

Ya se dijo que cumplía con los horarios y más de una vez debió presentarse en la radio a primera hora de la mañana. Esa vez el clima cambió, lluvia y baja temperatura. Como pudo cerró el auto protegiéndose del agua y, agachando la cabeza, buscó la puerta de ingreso a la radio donde se encontró (se tropezó) con Esteban, que ingresaba por el otro lado sin haberla visto.

Se encontraron en el pequeño hall. «Me muero de frío» le dijo, tiritando, entre risas y Esteban, antes de pensarlo, fraternalmente la envolvió en su gran campera, porque ella era de talla pequeña y Esteban, como solían cargarlo, tenía

tamaño de ropero. Cuando la abrazaba tomó conciencia de lo que estaba haciendo y con torpeza intentó deshacer la acción, pero ella le dijo «ni se te ocurra» y el quedó ahí, apretando ese cuerpo aterido, pequeño y único, que iba entrando en calor. Cohibido, se le habían terminado todas las palabras, mientras la chica reía con una risa amplia y confiada sin demostrar la menor incomodidad.

Siguieron unos breves minutos más así, abrazados en la soledad del hall, en esa primera hora de la mañana en la que no había nadie, aunque en un momento dado, como un rayo, ella tuvo ante sí la cara colérica de Control y comprendió que se había excedido. «Bueno», dijo la chica, y el hechizo extraordinario que resultaba ese abrazo para Esteban murió ahí mismo y rápidamente separó los brazos y hasta dio un gran paso hacia atrás, como diciéndole quedás liberada de mí, con conciencia de haber atravesado un impensado umbral.

Se mostraron tímidos, reservados, estaban violentados e incómodos, las palabras apropiadas no surgían por ninguna parte. «Nos vemos» dijo ella, al fin, y rumbeó hacia el estudio. Esteban tenía que ir en la misma dirección, pero hizo un gesto vago y se dirigió en cambio a la zona de los baños, donde se vio solo y desolado y mientras evitaba los espejos dejó libre sus emociones, sin terminar de comprender qué era lo que terminaba de sucederle.

Hasta ese momento, ella no había «registrado» a Esteban, era apenas uno más entre tantos, una sombra escasa en su vida que estaba para otras cosas, aunque no supiera cuáles podrían ser, pero a partir de esa mañana, del abrazo que no podía ni definir ni olvidar, lo tuvo en cuenta.

Se podría decir que lo vio por primera vez.

No ocurría lo mismo con Esteban, que desde el primer momento la seguía perrunamente desde lejos, a través de los vidrios, o escuchándola todas las veces que podía. Ella era una especie de pequeña estrella en el firmamento de la radio en su versión de amplitud modulada y él, en cambio, un apagado operador de turno en la radio versión más artesanal y acotada de la frecuencia modulada, música para gente joven, música adocenada que le ponía los pelos de punta precisamente porque la música era todo para él. Componía sus pequeñas baladas en la intimidad (no las daba a conocer a nadie, no buscaba la fama, ignoraba qué era eso, para qué podría servirle).

La FM era estrecha y especialmente lo era en el sitio donde trabajaba como operador, su cuerpo ocupaba todos los espacios, casi desbordaba. Pero aun así ella no lo había registrado hasta el momento del abrazo del oso que la hizo sentir protegida como (se dio cuenta mucho más tarde, reacción tardía), nunca antes le había ocurrido en su vida.

Él no intentaba nada porque hubiera carecido de sentido. Ella brillaba y aún su brillo no había terminado de expandirse. Se notaba el pequeño lujo pueblerino, si se lo quiere llamar así, que ostentaba (cada vez más, un pasito hacia adelante, corriéndose hacia el fondo que hay lugar) y ante eso Esteban no tenía nada. Nada para ofrecer. Nada para nada.

Intentaba no tomarla en cuenta y cada tanto lo lograba, pero eso resultaba irrisorio, el resto era tratar de verla entre puertas vidriadas y a la distancia, escucharla entre canción y canción sintonizando a la radio madre y espiarla como mejor lo pudiera hacer cuando entraba o salía del edificio.

Tuvo noticias, por conversaciones que escuchó, que se había mudado a un lugar caro y reservado. Y, peor, se enteró —y eso sí que no lo hubiera querido escuchar—

que «alguien» la apadrinaba. Llegó a oír las bromas groseras que suelen decirse en estos casos y aunque se vio obligado a sonreír no se sumó al jolgorio general.

Una vez la vio caminando preocupada, por la zona, precisamente, en la que habían dicho que vivía y de lejos la siguió hasta que la vio a entrar al edificio blanco e imponente, de reciente construcción, que sería no más su vivienda.

Después llegó con un nuevo auto. Y era como soñar que retrocedía sin solución de continuidad y que las cosas disminuían ante sus ojos, absorbido por el vórtice que se lo llevaba sin retorno alguno.

Bien. No hubo más... hasta la gloriosa mañana del abrazo. Para ella no tendría importancia, pero para Esteban era el mundo. ¿Pero de qué podría servirle?

El fuerte ronquido la despertó. El mal olor se había expandido por el dormitorio y eso la obligó a pasar al baño, donde se lavó e higienizó con fuerza y rabia, haciéndose mal. La confianza había hecho que Control no se cuidara ante ella, que era también una forma de cobrarse cuanto dejaba en su cuenta bancaria.

No había tenido necesidad del ronquido para saber que lo odiaba. Y que se odiaba también, regalos así no son para nada gratuitos. *Ese tipo...* pensaba, pero sin referirse a Control. Ese tipo que, lo había averiguado, jamás llegaría a nada, un torpe pobre con su guitarra, uno sin demasiadas luces, con su musiquita. De su pasión por la música se enteró por una conversación trivial que escuchó por accidente.

Por supuesto, alguien así no le serviría de nada, patadón en contra. Pero, en tanto, ¿qué más podía ganar con Control? ¿Hasta dónde podría seguir con él? ¿Qué otra cosa podría sacarle? Había aceptado su propuesta sin hacerse preguntas incisivas porque quizás fuera el camino del éxito, la fama, el prestigio que necesitaba para superar la

medianía. ¿Pero eso estaba ocurriendo? *No seas hipócrita, no se debe ser hija de puta con una misma.* Nada tenía en sus manos, los regalitos, el propio departamento que no estaba a su nombre, el apoyo de determinadas firmas a su programa eran flor de un día, gloria de un instante. Si es que gloria podía llamarse ser a medias conocida en una ciudad de liviana categoría. Además, y eso sí que no se lo quería admitir, envejecía. El gimnasio y sus propios genes mantenían a raya el avance del tiempo, pero era una mentira, una estafa que no podía hacerse a sí misma.

¿Por qué Control no podía cambiarla por otra en cualquier momento? Y si lo hiciera, ¿cuándo y hasta dónde caería? La imagen de sí misma precipitándose desde la terraza del edificio donde estaba viviendo la estremeció y, ah, qué mala idea, se convenció de que debía hacer algo.

¿Es una Mont Blanc?

¿Pueden creer que se terminó enamorando de Esteban, el de la musiquita, el ropero bueno—para—nada?

Le ocurrió.

Porque mientras elaboraba y llevaba adelante su plan que parecía astuto y dictado por el propio Maquiavelo, lo buscó un día, con cualquier pretexto (la radio permitía eso, una cierta libertad de circulación sin tener que dar demasiadas explicaciones, menos en su caso dado que tenía algunos privilegios por ser la pequeña «estrella» lugareña).

No buscó justificativo para explicar por qué se encontraba allí y sin más se puso a conversar sobre temas triviales (los sueldos bajos, las malas condiciones laborales, las críticas a los jefes, lugares comunes en cualquier trabajo, y eso le permitió dar sus personales puntos de vista, capciosos e irónicos que hicieron sonreír y hasta reír al habitualmente tosco Esteban).

Logró romper las primeras capas, pero el muchacho resultaba infranqueable en cuanto a su intimidación. Iba a preguntarle sobre sus canciones, pero se frenó a tiempo porque hubiera develado que sabía más de la cuenta y no le convenía, puesto que la mostraría demasiado interesada en su persona. Y como se negaba a mostrarse débil, del mismo modo como irrumpió de pronto en el pequeño reducto de la mole, se retiró con un hasta luego que dejó puertas abiertas sin añadir promesa ninguna.

Mientras se preguntaba qué propósitos perseguía, qué buscaba en Esteban, qué, con Control, hacia dónde estaba apuntando con su devenir impreciso, había comprendido que con el empresario no había futuro, que en cualquier momento se la sacaría de encima y que cuando eso ocurriera el mundo se le volvería imprevisible y sombrío, porque ese hombre, acostumbrado al mando y a que nadie lo desafiara, seguro que no la iba a largar sin problemas, dejándola libre y triunfadora. En todos los casos, tipos como él cobran precios muy altos.

Debió haberlo pensado, pero no lo hizo en tiempo y forma. Ahora se acercaba, y con qué rapidez, a aquello que podría llamar la hora de la verdad. Y no estaba preparándose de manera adecuada.

Recordó la foto en la que Control se volvía payaso, una foto que de circular en las redes sociales le haría perder el respeto. Qué fácil sería subirla con nombre falso a Facebook o Twitter o semejantes, pero si a él le llegara la noticia reconocería de inmediato la cama o cualquier otra cosa, porque era como un detective en acción, ningún detalle se le escapaba, y si lo llegaba a hacer, ¿cuánto podía valer su vida desde ese momento?

Su abuela utilizaba una expresión que no recordaba bien, pero que apuntaba a que había que reservar para cuando fal-

tara algo, como las hormigas guardan para el invierno. Pero ella era inconstante, vivía sólo el presente del presente y eso, lo entendía (pero lo entendía mal) resultaba insuficiente.

Entonces decidió acumular para el inminente invierno. Para lo que consideraba como inminente.

En tanto, siguieron sus charlas con Esteban, que de a poco se volvieron íntimas. Cuando él le cantó, más bien susurrándolas, algunas de sus canciones, unas escasas estrofas, sintió un sacudón, algo vibró en su yo profundo, suspiró sin habérselo propuesto diciéndose «al fin». Sí, se dijo al fin.

Comprendió cuando lo estuvo escuchando y mucho más aún en la soledad del departamento que a Esteban no podía pedirle nada, amar significa vaya a saberse qué, en todo caso le sería imposible reclamarle complicidad, por lo que llegó a la conclusión de que debía contar sólo con ella misma.

Era arriesgado enfrentar a Control. No lo hagas, le dirían las voces del Olimpo si existieran entre nosotros, pero ya se sabe cuánto barrió la modernidad, de manera que se preparó para traicionarlo no bien tuviera la primera oportunidad.

«Si me va a echar, que pague». Nunca le contaría sus planes a Esteban, pobre bicho, jamás hubiera entendido algo como eso, menos, hubiese participado de lo que se proponía hacer: extorsionarlo, ser tan canalla como lo era Control en su vida cotidiana. Sería bueno con los gatos o los perros y hasta con los hijos o nietos, de tenerlos (ella ignoraba cómo era su vida, salvo que tenía mucho para esconder, para no compartir con nadie), pero seguro que no lo era con las personas.

Por eso ella acumulaba lo que llamaba pruebas: algún papel comprometedor, determinadas llamadas, algo que dijera al pasar y que se constituyera en dato revelador, o cuestiones semejantes. Pero su maquinación era una qui-

mera, no sacaba nada en limpio, acumulaba hojarasca, nada la estaba llevando a ningún resultado práctico. Pensó en determinado momento en amenazarlo con hablar con su esposa, aunque de inmediato tuvo conciencia de que no serviría de nada y lo más probable era que terminara rodando por el piso, cacheteada y con una pierna o un brazo rotos. Control contenía su furia, pero desde el primer momento supo marcarle el territorio y decirle, sin decírselo, su propio «ni se te ocurra».

Lo malo es que sí se le había ocurrido y ahora estaba atenta para cazar al cazador no bien éste se distrajera. Pero no terminaba de caer en lazo alguno.

Hasta que...

Esa noche llegó agitado, «lo tengo», dijo Control mientras la abrazaba y besaba con un apasionamiento que la sorprendió. De inmediato la llevó a la cama y ella debió soportarlo más que nunca, en el sentido de que el asco se había extendido en su cuerpo, su ánimo y sus sentimientos. Fue una sesión breve y extenuante, de muchísima tensión y un total agotamiento, físico, pero especialmente espiritual, de su parte. «Lo tengo», repitió varias veces y lo volvió a decir antes de dormirse, exhausto.

Ella se bañó largamente y quedó dando vueltas en el pequeño departamento, cubierto a pleno por los ronquidos de Control, quien iba apestándolo en forma progresiva. ¿A qué se habría referido con ese «lo tengo»?

Una vez logró atisbar un arma entre su ropa y eso le quedó muy grabado. Le hizo tomar conciencia de que era más peligroso de lo que había pensado en un primer momento.

Estaba muy metida, quería salir de allí pero temía las represalias que pudiera tomar. Guardaría las pruebas que

consiguiera porque serían su reaseguro. Era una enorme mentira que no toleraba el menor análisis, ¿pero quién se lo podía decir si había decidido por su cuenta y era ella misma la que tendía la cuerda para cruzar caminando sobre el abismo?

Los ronquidos eran profundos, el hedor la tenía mareada. Cerró con cuidado la puerta del dormitorio y, con el temor del caso, buscó la campera de Control que estaba sobre una silla del living.

Encontró el teléfono celular, papeles, dinero en la billetera gruesa. También varios documentos, títulos que llevaban firmas y hablaban de grandes cantidades de dinero, todos suscriptos por escribano, Control aparecía como el verdadero y único dueño de una gran empresa radicada afuera, en algún lugar que ella no terminaba de fijar en su mente de tan nerviosa que estaba. A pesar de los nervios y el temor comprendió que al fin se encontraba con lo buscado. El tesoro de Alí Babá, el Santo Grial hallado.

No lo pensó, qué iba a pensarlo si estaba obnubilada por su propia Mont Blanc. No era tan tonta y entendía que cuanto había allí tenía que ver con movimientos espurios de dinero (mucho dinero), personajes conocidos de la ciudad, era el gran salto de Control, dueño del oro. Se asustó más aún cuando, al revisar el segundo bolsillo de la campera tropezó con el arma. Se sintió tentada de matarlo y escapar, pero jamás haría algo así, consciente de que nunca podría cargar con un muerto en su conciencia.

Quería, necesitaba, alejarse de ese tipo, se apuraba mientras su mente elaboraba una engañosa historia de amor con Esteban, un algo errático y también lunático. Volvió a la hediondez del dormitorio. Control dormía el sueño de los justos.

Haciendo el menor ruido posible sacó lo mínimo, sin olvidar sus documentos, y en el bolsito que quizás había

ido preparando sin darse cuenta guardó lo indispensable. Llevó las zapatillas en una de sus manos y con la otra volvió a cerrar la puerta del dormitorio. Se le entreveraban los dedos (no era así, pero el mundo se le había dado vuelta, estaba casi al borde del desmayo, temblaba, sentía mojada la ropa por el sudor) mientras se calzaba. Al segundo saqueó la campera de Control apoderándose de la copia del juego de llaves del departamento y, abriendo la puerta, cerrándola con sigilo (pero con doble vuelta de llave), huyó por las escaleras —estaba en un tercer piso— y salió a la rudeza de la noche.

Se cuidó de tomar un taxi en las cercanías por lo que, asustadísima, irreflexiva, caminó varias cuadras hasta que, en una remisería, pidió un coche y sin darle conversación al chofer se hizo llevar a la otra punta de la ciudad, donde en una covacha vivía Esteban.

Previsora, bajó en una esquina (el remisero tomó debida nota, no sólo porque era una mujer solitaria en plena madrugada, sino porque la había reconocido; la ciudad era lo suficientemente pequeña como para que algo así ocurriera).

Le costó despertar, a timbrazo limpio, a Esteban quien se sintió intimidado al tener que recibirla en su cueva, un lugar cerrado y desordenado al máximo, en el que ella, no obstante, se sintió por primera vez contenida. Le pidió refugio pero también que no le hiciera demasiadas preguntas. Mejor, que no le hiciera ninguna.

Esteban había quedado dormido, pero verlo así, cuando empezaba a amanecer, le produjo una ternura inmensa y contraria a lo que le significaba observar a Control luego de que él terminaba de descargar semen y furia en su cuerpo. Entonces, era pura tensión, en ese ahora, al lado de quien amaba, se había vuelto una piel amable, receptiva, dispuesta. Lo acarició y fue como si lo descubriera

por primera vez. Esteban no se despertó. No quiso insistir, porque estaba cansada, ah, tanto, necesitaba dormir. Y después, o durante, pensar.

Una previsible pesadilla la despertó sobresaltada. El beso de Esteban y sus caricias la calmaron, aunque sólo en parte. Era plena mañana y el hecho de que siguieran juntos estaba indicándole que aún no había descubierto su paradero, pero Control lo lograría antes de lo conveniente. Pensó en la alternativa de tomar un micro que la llevara a un pueblo cercano y desde allí negociar, pero ella no sabía cómo manejarse en territorio extraño.

Quizás conviniera hacerlo desde la mayor distancia que fuera posible. Sí, se decidió, hacerlo desde lejos, viajar a Buenos Aires. En la gran ciudad podría perderse, tomar distancia y devolverle todo a Control a cambio de una suma de dinero, suficiente como para dejarlos en libertad. Porque convencería a Esteban. Lo lograría.

El cuento de la Cenicienta.

Tuvo que inventar una mentira que albergara algo de verdad. La verdad central era Control, respecto del cual se mostró ante Esteban contrita, arrepentida. No le fue difícil llorar, porque también estaba angustiada y sentía temor. Esteban aceptaría de ella cualquier historia y aceptó, sin demasiadas preguntas, la fábula de la chica tonta que se dejó engañar y que terminó esclava de un ser terrible, quien al comprobar su huida buscaría vengarse, quizás matarla, matarlos.

Le comentó su plan de escape, sin darle precisiones, confundiénolo cuanto pudo. «Nos vamos a quedar sin trabajo», intentó argumentar Esteban. Además carecía de dinero. Ella terminó convenciéndolo con otra mentira: «En Buenos Aires tengo muchos contactos, nos va a ir muy bien». Como Esteban aún vacilaba le pidió que «por favor» la ayudara. Caso contrario tendría que hacerlo sola. «Y no quiero perderte».

Era una profunda verdad, no un pretexto, pero igual exageró su pedido de ayuda, que resultaba complicidad aunque él lo ignorara.

Ella, la que con su camino mental veía a lo lejos, refulgente, en la cúspide, una Mont Blanc, en realidad se había sumergido en el Leteo y bebido sus aguas que hacen perder toda la memoria.

Salieron a la franca luz de la mañana. Iban de la mano, cada uno portando bolsos pequeños (ella llevaba todo cuanto le había quitado a Control). Se miraban y sonreían, como dándose confianza mutuamente. A esta hora Control ya debería haber salido del departamento, presumía que con la ayuda del portero. Tenían que hacer unas pocas cuadras para tomar el colectivo que los llevaría otra ciudad, más pequeña y próxima. Allí sacarían pasaje para Buenos Aires donde trataría de adoptar extremos cuidados para no ser descubiertos.

Se sentía animada, el sol, la agitación de vehículos y peatones que en realidad no veía, percibiéndolos como ráfagas, como presencias amistosas, signos de ventura. Como no vio al chico que caminaba por la vereda con la mamá, las frutas expuestas en el negocio, los pájaros que se peleaban o amaban surcando el aire.

Como no vio al vehículo utilitario, blanco, reluciente, que se puso en marcha y se colocó detrás de ellos con su motor potente, que apenas ronroneaba mientras los seguía.

¿Es una Mont Blanc?

La película de Bertrand Tavernier es «L'appât»

La carnada, 1995

Oscura y brillante

«El que se mete en esto no puede hacerse preguntas».

Igual se las hace, especialmente en este momento, ubicado en un resguardo del hotel, mientras espera. Se ha colocado en un sector equidistante que permite ver antes que ser visto. Aguarda que llegue un hombre de gruesa contextura, casi obeso. Puede arribar en cualquier momento. Lo ha visto en diversas fotos pero aún no lo conoce de manera directa. Tampoco el hombre grueso, de modales bruscos, según le dijeron, lo conoce a él. Y esa es su principal ventaja.

El inconveniente es que ha tomado frío en la pequeña ciudad turística porque hay mal tiempo. Inconveniente, dado que no debe llamar la atención y si llegara a enfermarse podría ser el fin de la función. Y los dueños del mundo no lo aceptarían.

Sencillamente: no lo aceptarían.

El grueso y de modales bruscos apareció, al fin, en un coche grande (y más que grande, grandilocuente), con chofer y loca de turno a su lado. Una loca rubia y cara, de las que dejan ligeros rastros en la televisión. Ésta ha sido muy bella y, maquillaje y alguna operación, mantiene gran parte de esa belleza. Habla con voz estridente, lleva el pelo teñido de varios colores, exhibe con ganas su cuerpo rebosante. Una mujer alta, mucho más que el poderoso vestido con larga campera negra y de cuero, una gorra de esas que se compran en lugares lujosos de

París y un anillo de oro, grosero y más caro que siete ciudades de Oriente.

En realidad, no se fijó tanto en el hombre necesitado de ejercicios ni en la mujer sino en el otro, en el presunto chofer, vestido con ropa demasiado amplia para su cuerpo enjuto, más bien fibroso, más bien lo mejor es que no te lo encuentres en una esquina oscura. Esa clase de personas que se fijan en cada detalle, al punto de que lo llegó a detectar, como de refilón, un segundo antes de que él se retirara de su campo de mira buscando no ser identificado.

Suficiente para mí.

Aunque no suficiente para el chofer. Algo para preocuparse, no tanto como para anular los planes y sí —en cambio— para ir refinándolos. O cambiándolos sobre la marcha, llegado el caso.

Obstáculos siempre hay y en este caso el flaco y fibroso puede ser uno de ellos. Quizás el único, pero no puede descartar que haya más. Sortearlos forma parte del negocio.

«Hay que acostumbrarse», hubiera dicho Benítez. Benítez hablaba con voz apagada y muchas veces se quedaba callado largos minutos. Iba absorbiendo esas cosas como si estudiara en un colegio.

Hay que acostumbrarse, a todo. En este caso a los obstáculos. Al chofer es a quien debe evitar en lo posible, pero el tipo presenta la dificultad de que, al haberlo visto, ya no puede repetirse, exhibirse. Tiene que impedir volverse figurita repetida en el hotel y por lo tanto sospechosa. Necesita vigilar y no ser vigilado. *Mal empezamos.*

Es un problema, pero como no cree en los signos ominosos continuará vigilando como mejor pueda hasta decidir cuando fuese el momento de actuar, aunque la situación se le presenta un poco más compleja porque no debe demorarse. Le remarcaron que el poderoso se alojará en el

hotel sólo el fin de semana. Si hubiera sido distinto, si el hombre hubiese llegado de otra manera al lugar de descanso, es decir con su familia y alquilado una mansión, estaría acompañado de un ejército.

Eligió en cambio un lugar más decoroso, quizás por la loca. Pero, contradictoriamente, será por ella que se hospeda en el hotel, tan vistoso. Demasiado como para que alguien no lo reconozca. Demasiado y nada aconsejable, pero tiran mucho las hembras.

Aunque fuesen pocos días u horas el tiempo en que se hospedara, necesita conocer sus rutinas, porque no hay ser humano que no tenga una manera definida de actuar. ¿Saldrá del hotel para exhibirse con la hembra o se cuidará de hacerlo, para no aparecer fotografiado con la mujer en las revistas de chismes?

A él le conviene el espacio libre, por supuesto, dado que en el hotel tuvo que registrarse (con documentación falsa, pero igual...) y ya varios lo tienen identificado. El pequeño plan que había urdido indicaba que debía retirarse antes del hotel y después venderle la rifa al gordo, como se dice a sí mismo. Ya se ha fijado en determinados lugares del pueblo que le permitirían esconderse hasta que llegue la hora señalada.

El bar está ubicado en el primer piso del hotel. Desde allí se puede observar la zona de recepción. Busca un lugar apropiado y, cafés mediante, se dispone a esperar. Intentar evitar al fibroso, que podría aparecer de pronto y volver a registrarlo (peligroso si lo llegara a hacer, peligroso si anda suelto, como decía el título de una novela). Ese tipo está en condiciones de hacer abortar el proyecto, pero eso era lo que nunca debería ocurrir, porque si se fuera del pueblo sin concretar nada se compraría una pesadilla interminable.

O, mejor, terminable, con su muerte.

Los dueños del mundo no lo aceptarían. Punto.

La larga espera rinde al fin sus frutos, porque una hora y media más tarde termina apareciendo la pareja en el bar. El hombre ha trocado campera por sobretodo y viste traje y corbata, una verdadera curiosidad en esa zona de turismo. Ella habla en voz alta y un tanto chillona. Ríe, dice que ha visto la nieve y que eso la pone feliz. En lo particular, el paisaje le resulta indiferente, pero le preocupa la noticia de que está nevando un poco antes de lo previsto, porque eso significa frío. Y que ante la circunstancia será muy difícil que el grueso y sus dos acompañantes salgan al aire libre.

Una segunda preocupación tiene que ver con que ha venido con ropa bastante liviana y (es lo más probable) quizás no tenga oportunidad de comprarse abrigo. Lo descarta, porque sumaría más testigos a su paso por el pueblo. Puede entonces enfermarse. Malo.

Se distrae —apenas unos segundos, a lo mejor ni eso— mirando a la pareja y lo concreto ha sido que frente a él, a metros, observándolo con total descaro, se ha corporizado el fibroso. Le devuelve la mirada con la mayor indiferencia y de inmediato pone su atención en lo que está bebiendo.

«Tranquilo, siempre tranquilo», le hubiera dicho Benítez.

Luego, como si el ligero intercambio de miradas no hubiera tenido lugar ni importancia, le hace un gesto al mozo pidiendo un coñac. El café ya le ha agriado el estómago y la bebida acentuará sus problemas gástricos, pero sabe que debe quedarse un tiempo más en el bar manteniendo la supuesta indiferencia, aunque la procesión vaya por dentro. Qué otro remedio.

Recorre el bar con su mirada, como si tomara una panorámica que no se detuviera en detalle alguno y que le permite ver de nuevo a la pareja desapareja en pleno proceso de desintegración, comprobando además (¡atención!) que el

fibroso sigue observándolo, con mucho detenimiento y en forma ostentosa.

Lástima. «Te dejaste primeriar», le hubiera dicho un Benítez fastidiado. Por consiguiente los problemas han crecido en forma exponencial. Se dice a sí mismo que los dolores de cabeza recién empiezan.

Al rato se levanta y pasa cerca de la pareja pero no del fibroso, que en todo momento ha seguido controlándolo. Hace el mayor de los esfuerzos para evitar intercambiar miradas y continuar su camino como si tal cosa. El hombre grueso tose con fuerza y la loca le golpea la espalda mientras ríe con estridencia. *Lo está matando.* O se está matando, da lo mismo. Era un hombre demasiado grande para abusar del whisky, como lo hace, y del sexo, como supone que también lo está haciendo. O intentando.

Esfuerzos que deberían estarle prohibidos porque lo alcanzó la vejez. Su cara lo denuncia, pese a los tratamientos que se haga. Cara propia de anciano, como agrandada, vuelta casi máscara, con sus marcas y manchas y los pelos que hay que combatir todo el tiempo. Cara abotargada, inflamada por el exceso de comida y bebida, grandes ojeras.

Presume que no vivirá mucho más, salvo que el médico le exigiera cambios en su vida, a aplicar de inmediato. Cambios que quizás hubiera podido concretar antes de llegar al hotel. Pero ya no tendrá esa oportunidad.

No se la dará porque no se la puede dar.

En su habitación, con balcón a la calle, sopesa los pros y los contras. Siente presión en la cabeza, pero trata de olvidarse de su físico. Le preocupa que el chofer lo haya calado tanto. *No dejó de mirarme.* Mientras el tipo lo mantuvo vigilado debió exagerar su presunta distracción, pero no

descarta que actuando de ese modo le haya dado más pasto a la fiera, aunque es tarde para arrepentimientos.

Desde el comienzo supo que le estaban confiando una misión casi imposible, mancha venenosa, pero no tenía espacio para negarse. Además, como le dijeron, estaba preparado para estas cosas. ¿Lo estaba? Contaba con poco tiempo y escasas posibilidades. «Hay que hacerlo», hubiera dicho Benítez. Porque el nidito de amor elegido presuntamente por la loca no se iba a repetir.

La loca... ¡Claro que sí!, ella debía ser la clave de todo. Se golpeó las manos. «Seguro», le dijo a nadie en la soledad de la habitación. Seguro que por ella se encontraban allí, y ella sería la que pasó el dato a los que le encargaron el trabajo. ¿Cómo lo hubieran sabido, si no? *¿Cuánto le habrán pagado!* ¿Y cuánto se demorarían en convocarlo de nuevo en este caso para que ella no pudiera hablar más? Quizás esa misma noche, quizás dentro de un tiempo. Poco tiempo.

¿Cómo resolver la cuadratura del círculo que se le ha presentado? Cuadratura del círculo: escaso tiempo a favor, mal clima, espacios reducidos y, por sobre todo, haber sido «primeriado» por el chofer, aparte de que son muchos los que lo tienen identificado en el hotel.

Y el frío, que también cuenta. En la habitación calefaccionada no lo siente, pero no le pagan para eso, para estar sin hacer nada. No le pagan... en realidad le habían dado plata suficiente para alojarse tres días en el hotel lujoso, pero debía cuidar los gastos. El pago definitivo llegaría más tarde y ya se vería cómo ingresaría a su bolsillo.

Prolijo, lisito, brillante como brilla el sol en el verano. Así tendría que ser, porque de ese modo ha ocurrido en oportunidades anteriores. «No hay que dejar nada atrás, ni una marca, ni una mancha», advertía Benítez. ¿Qué le diría? Seguro que lo mínimo, aunque trataría de analizar la

situación desde otro punto de vista para intentar salir de ella, superarla, alentándolo (retándolo) para que considerara las cosas desde una perspectiva diferente.

No era costumbre de Benítez darle lecciones o hablar de más. Sólo lo justo y preciso: «En esto no hay que pensar más que en el objetivo, de lo contrario se termina mal». Prohibido hacerse preguntas, prohibido cuestionar nada. «Quien lo hace, seguro que pierde», aconsejaba y él no quería (ni quiere) perder.

Ninguna pregunta, ni el menor cuestionamiento. Debe hacer lo convenido y para concretarlo tiene que encontrarle la vuelta.

Se decide: tratará de tomar contacto con la mujer para que le facilite el trabajo. Sería más fácil si pudiera hablar con los dueños del mundo así le aclaraban el panorama, pero eso era imposible. Ellos no contaban, no estaban para transmitirle ningún secreto y si intentara indagar podría terminar pagando los platos rotos. Todos los platos juntos.

Claro, la loca podría ser ajena a la cuestión. Podría ser así, podría no serlo. Pisaba sobre terreno fangoso, donde en cualquier circunstancia podrían surgir las traiciones, nadie quiere dejar de probarse la corona del rey. Difícil que el trono fuese para el fibroso y menos para la mujer.

Mira la hora, las doce de la noche del viernes, madrugada del sábado. La nieve persiste afuera, densa, helada, molesta. Arruinadora de cualquier plan. Cuando llegó al pueblo no tenía ninguno, pero supuso que el poderoso podía ir al mejor restaurante del lugar (el del hotel era bueno, aunque no de la calidad que exigiría un patrón de su clase) y, quizás, a la pista de esquí, especialmente si la loca lo reclamaba.

¡La pista! ¡Por supuesto! Aunque nevara, tronara, hasta si hubiera un simún, ella bien que lo podía llevar a la pista y en

la pista sería pan comido. Pan comido era un decir, porque él era un negado absoluto para el esquí y si no se cuidaba lo más probable sería que terminase agujereado como colador.

No sería entonces en la pista propiamente dicha, sino en algún sector próximo a ella. Lo importante era contar con un cierto espacio y con menos testigos de los que habría en el hotel. Espacio para hacer los disparos y para luego poder huir, de inmediato. Tendría que ser una sorpresa y lo mejor, para eso, sería que ella propusiera visitar la pista, que lo exigiera, de súbito, como si fuera un caprichito más. A la nena el hombre poderoso no se le negaría, porque le sería más que fácil anunciarle una huelga de piernas cruzadas.

Como le resulta imposible saber quién es el traidor (si lo hubiera, porque podría estar equivocado y la presencia del viejo en el hotel quizás se debiera a cualquier otra cosa; pero no, por el viejo había decidido otro; la mujer, claro está, porque el chofer no podía tener tanta influencia sobre su patrón), ha optado por la loca.

La buscó en Internet y apareció en páginas prohibidas y en otras, un tanto más civilizadas —si esa era la palabra—. María Inés se llama ahora Karla (previsible) y como había aparecido varias veces en programas deplorables de la televisión había subido su cotización.

¿Pero por qué se prestaría a traicionar al viejo, si éste accedía a todos sus caprichos y sin duda sería más que generoso al momento de pagar? Si lo estaba llevando de las narices como era evidente, ¿qué le habría pasado como para entregarlo?

¿De las narices hasta el punto de romper con su mujer de 35 años y tres meses de casado, tres hijos, cinco nietos, como informaba la Wikipedia?

Esa clase de mujercita suele querer asegurarse el futuro. Una amante, por más que fuese muy bien mantenida, tiene fecha de vencimiento. Y cuando ocurre que el cuerpo

empieza a retroceder y no compensa, si no se tienen reaseguros se va al remate.

Podía ser que el viejo se hubiera negado al divorcio. Diverción sí, casarse con una tipa con tarifa en la frente era otra cosa. Estaba deduciendo, sacando conclusiones. ¿Qué hubiera dicho Benítez? Que no apostase todas las fichas. «Pero no tengo otra». No, después de haber sido primeriado. No, con la nieve espesa. No, con tan poco tiempo a favor.

Se fue de boca cuando le preguntaron si lo podría hacer. «Pan comido», les contestó, sobrador.

Pan comido... Uno nunca termina de conocerse, uno nunca termina de saber hasta qué punto se puede ser boludo. Tan pan comido había resultado que ahora, pasadas apenas unas horas, se encuentra ante una encrucijada: si actúa lo podría estar esperando el fibroso, pero si no lo hace los dueños del mundo no se lo perdonarán. Nunca.

El chofer estaba alerta y lo tenía tan, pero tan apuntado, que no había tomado ninguna precaución mientras lo mantuvo vigilado en el bar. Por el contrario, pareció que se comportaba en forma provocativa, que adrede le marcaba la cancha, como picándolo.

No descartaba que estuviese ahora mismo en el pasillo, próximo a su habitación, acechándolo. O apuntando con binoculares, desde algún punto óptimo, hacia el balcón.

La cabeza le dolía más.

La lógica indicaba que el tipo debía estar armado, además de atento, y seguro que él nunca sería más rápido o que disparara con mayor puntería.

Otro problema: ¿cómo podía hablar a solas con la mujer? Porque ella no se separaba del viejo (más bien, el viejo de ella) y el fibroso también los mantenía bajo su mira. Así que la probabilidad de una charla a solas era imposible.

Arranca un papelito de la libreta que siempre lleva consigo y con un bolígrafo común, que luego hará desaparecer, escribe: «Llévalo a la pista». Dobra varias veces el papel y lo guarda en el bolsillo.

Apaga las luces de la habitación y, con la persiana baja, con el mayor cuidado y el menor ruido que le fueron posibles corre un mueble hasta tapar la ventana. Después hace lo mismo con la puerta, cerrada con dos vueltas de llave. Al final, tira el colchón al suelo, en uno de los rincones, y se dispone a dormir. Mal, por supuesto, porque nada le resulta cómodo y sus huesos y músculos acusan las resistencias de la edad.

Va sintiéndose cada vez más enfermo a medida que pasan las horas, cuerpo aterido, cuerpo sudado, dolores en las articulaciones, la cabeza que pesa como si le hubieran colocado metales.

Demasiadas previsiones. «Te estás pasando», le hubiera dicho Benítez. Seguro que sí, pero a un tipo como el fibroso no se le podía dar la menor ventaja. Hombre previsor vale por dos, decían en su casa.

Tiene que pasarle el papelito a la mujer, pero sin que nadie se llegara a dar cuenta. Difícil, tan difícil... Le resulta imposible sentirse cómodo en el duro colchón, el viejo no se separaba de su juguete (y ella tampoco, quizás para que el poderoso tuviera conciencia de lo que podía llegar a perder si no mostraba generosidad y comprensión) y el chofer, más bien el custodio, vigilaba a corta distancia.

Difícil, pero es lo único con lo que cuenta. Pasarle el papelito y encomendarse a Dios.

«Ni una pregunta de más, nunca». A Benítez le gustaba hablar como si escribiera telegramas. «Si se pregunta mucho, mostrás que estás sobrando. Si te hacés preguntas, sobrás todavía más».

No le importaba antes y sigue sin importarle hoy. Las primeras veces fueron un poco difíciles, después no tanto. En lo posible evitaba que hubiera chicos de por medio. Por lo demás, aceptaba, actuaba y cobraba más tarde.

En un momento dado había comprendido que terminaba de dar la vuelta, que le era imposible negarse. Cambio y fuera.

Claro que no preguntaba. Ni por error. Le dieron los datos y le mostraron fotos que debió memorizar. El pueblito turístico se encuentra bastante apartado, pero debió hacer el largo viaje por tierra a causa del arma que no dejaba ni a sol ni a sombra y que ahora mismo lo acompaña.

El auto quedó en Rosario, en lugar seguro. Después viajó en micro hasta Puerto Madryn y allí, cerca de la playa, encontró al segundo coche del que tenía las llaves. Con él arribó al pueblo turístico, en el extremo sur del país. Ahora el coche lo espera en la playa del hotel. Esa misma tarde lo ha revisado, someramente.

Su plan es devolverlo en otro punto del sur, más bien dejarlo en una calle prefijada, a pocas cuadras de la terminal donde debía sacar pasaje a Buenos Aires. De ahí a Rosario, aunque tomando el micro en otro lugar. Desplazamientos pensados y calculados para que fuera difícil seguirle los rastros. Dos horas antes del encuentro definitivo en la pista de esquí dejaría el hotel. Ubicaría al coche cerca, en un lugar poco visible.

Era un riesgo. ¿Pero qué no lo era?

El viejo tenía que ser un obstáculo pesado para los dueños del mundo. A personas así no se las puede bajar y pensar que el hormiguero va a quedarse quietito como si nada hubiese pasado. Le costaba entender por qué lo habían mandado a él, solo, a una misión que hubiese requerido un número mayor de personas.

Pese a que en general evitaba hacerlo, sobre eso, el que lo mandaran solo, sin apoyos ni reaseguros, se vio obligado a preguntar. Le contestaron que podrían enviar un batallón, pero que preferían a alguien avisado como él. Alguien que les daba seguridades, le dijeron. Aún no sabe si le hablaron en serio o le tomaron el pelo.

Se abstuvo de hacer más preguntas a pesar de que quedaron notas falsas flotando en el aire. Lo hizo porque comprendió que los dueños del mundo terminaban de cerrarle la puerta en la cara. Además le pagaban un montón, mucho más de lo habitual. Quedarse callado y proceder era la contrapartida que demandaba tanta generosidad.

«A qué engañarse —se dice cuando concluye la madrugada— me mandan para matar y después seré el pato de la boda». Deberá cuidarse muchísimo y aun así era muy probable que le ganaran.

Si mandaban el batallón podrían quedar expuestos. Al enviarlo a él solo resultaría más difícil remontar el río para dar con los dueños del mundo.

Merodea, atento, hasta que escucha que la pareja camina hacia el bar. Antes de que terminen de recorrer un pasillo camina hacia ellos y simula que tropieza y que da como resultado las quejas, los «disculpe», la vacilación de la mujer a la que ayuda para que mantenga el equilibrio, momento mínimo en que le pasa el papelito que ella aprieta de inmediato mientras lo mira con una mirada que no termina de definir. Cuando el episodio queda superado, vuelve a disculparse y de inmediato busca esfumarse del lugar, en tanto siente sobre sí las miradas de los tres (de manera especial la mirada del chofer) como si le perforaran la nuca.

Ya dio el paso y ahora lo que resta es esperar. Cara o cruz. Brillará, o será opaco. Son las reglas del juego, las reglas de la vida elegida. «El repertorio», lo llamaba Benítez. Cuando se gana es como el oro, brillante, tan persuasivo como el alcohol, o una dosis alta de merca. A lo profundo, estrellitas en el cielo o en el fondo de los ojos cuando, encandilado, los cerraba.

Si perdía se volvería oscuro, como cuando aquella vez falló y recibió los tres balazos que cada tanto, con sus dolores, el cuerpo se lo recuerda.

Brillantes, oscuras, así son las cosas, según como termine cayendo la moneda. Ocurrirá dentro de unas horas. Ahora le restaba esperar.

Aguardó a que llegara la noche para salir del hotel y buscar habitación en otro, cercano. No cree que el fibroso lo haya visto aunque daría lo mismo puesto que está jugado.

En la nueva habitación le cuesta dormirse.

Piensa en la mujer, Karla ¿Cómo fue exactamente su reacción cuando le pasó el papel? En rigor, lo desconoce, porque no bien lo hizo salió del bar. Imagina, entonces. Supone que ella se demoró en leer su mensaje y que a partir de ese momento ha pensado en cómo convencer al hombre viejo para que la lleve a la pista, a pesar del mal tiempo reinante.

Por supuesto, la pista estará cerrada aunque lo importante es poder cazarlo al aire libre, cuanto más inclemente el tiempo mejor, porque de esa forma habrá menos testigos.

Estirado en la cama, que corrió de lugar, con el arma en la mano, en una duermevela que cada tanto troca en pesadillas (se le presentan las figuras de Benítez, de un tipo que conoció en un asalto, de la mujer que lo miró como nadie mira antes de dispararle, de un tío perdido en el tiempo

que algo le decía aunque sin alcanzar a entender sus palabras, de la propia hembra que iba a traicionar al poderoso, que quizás había ya comenzado a hacerlo. Se le aparece más joven, o menos maquillada, o más predispuesta, con una voz menos estridente y gestos más cuidadosos, mujer que le habla y le dice aquello que quizás nunca le dijeron y seguramente nunca le dirán).

Se obliga a levantarse para darse una larga ducha porque las pesadillas lo cargan de angustia y prefiere mantenerse despierto. Es frustrante despertarse y comprender que nada queda, humo, recuerdos vagos y ninguna otra cosa.

Con esa sensación sale a la calle, a la primera luz de la mañana opacada por la nevisca. Aturdido, siente el peso del mal dormir a lo que se suma el hambre, porque no ha desayunado, dado que le hubiera sido imposible tragar. Se siente enfermo, afiebrado. Nada bueno. Ha dejado el hotel y camina por el pueblo dormido. Casi se cae al tropezar con las raíces de un árbol. Nada bueno. Lleva consigo un pequeño bolso. Las restantes cosas permanecen en el auto, que estacionó en las afueras del pueblo, en un recodo.

Llega a las cercanías de la pista de esquí y busca protección entre unos árboles, donde puede pasar desapercibido. Se dispone a esperar, mientras un rayo mínimo de sol se cuela entre nubes y nieve y vuelve plata intensa el piso de la pista que, claro está, se encuentra cerrada.

No vendrán.

Sin embargo se equivoca, porque cuando el frío está haciéndole daño y le cuesta persistir en la espera, se corporiza el ostentoso coche del viejo del que rápidamente descienden tres figuras, que la distancia vuelve confusas. Tres figuras que se desplazan con rapidez y que, por separado, se pierden en distintos lugares de la pista. No le han permitido reaccionar.

Pero se parapeta aún más, porque aunque no ha terminado de distinguirlas, comprendió de inmediato que ninguno de los que bajaron del auto es el viejo. Tampoco la mujer. Debe tratarse del fibroso y de dos ayudantes inesperados. Que tienen que estar armados. Y que lo estarán buscando para bajarlo.

El viejo o el chofer le tienen que haber descubierto el papel a la mujer y ella debe haber hablado. El viejo habría decidido que lo fueran a buscar. Podría haber sido eso o cualquier otra cosa, pero no tenía importancia, ahora debía pelear. La cabeza era dolor intenso y le temblaba el cuerpo. Apuntaría mal, tiraría peor. Le estaban quedando minutos de vida, pero no se detuvo en eso. Debe ganarles, aunque se sabe en desventaja. La moneda está en el aire, oscura o brillante, según como llegue a caer.

En el momento en que logra vislumbrar a la primera de las sombras, entre los árboles, un disparo se incrusta en el tronco detrás del que está refugiado. Rápido de reflejos, se arroja al piso y, arrastrándose, busca una nueva protección, la saliente de una roca, que le da mínimo amparo mientras los disparos se reiteran. Desde allí no logra ver al que lo ha tomado de blanco, pero sí a la sombra que, al parecer, aún no logró ubicarlo. No duda, porque no se puede, apunta y dispara, varias veces. Un grito se expande en la pista mientras alguien se desploma. Grito y ruido que pueden resultar espantosos para el que se sabe a punto de ser atrapado, como a él le ocurre.

Al disparar, sus perseguidores determinan donde se encuentra y comienza a recibir una granizada de disparos cruzados que casi lo alcanzan. Se zambulle en un pastizal próximo, obligando a su cuerpo a una gimnasia excesiva y cuando trata de erguirse siente un dolor atroz en la pierna y mientras se obliga a mantenerse callado, gime en voz casi

inaudible y su cuerpo tiembla y suda. Las lágrimas le impiden saber si los atacantes están cerca o lejos, en tanto las balas repican a un metro del lugar donde se encuentra. Se obliga, arrastrándose, a moverse más, tratando de encontrar un lugar más seguro.

No puede dejar de gemir, insulta al cielo y a los dueños del mundo que lo han mandado al muere. Los dos que quedan son certeros con sus armas. Comprende que terminarán ganándole. Herido, está al cincuenta por ciento. Mentira, está por debajo de eso, se siente agotado, los kilos de más, los años de más, la intensidad de la fiebre, le pasan factura. Debe estar perdiendo mucha sangre.

Duele como puta madre.

A lo mejor la mujer está muerta. Mirá que preocuparte por una mina, le hubiera dicho Benítez. No se preocupa, pero lo hace. Piensa oscuramente en ayudarla, pero quién lo ayuda a él. No los ve, tampoco logra oírlos. Se ha quedado quieto en la especie de hoyo que encontró por casualidad. Quizás no lleguen a verlo, pero esa ventaja sólo durará minutos. O segundos.

Un nuevo tiro le zumba en los oídos y se pierde en el pastizal, grita y se estira a lo largo, aunque queda mirando hacia el lugar de dónde provino el disparo. «¡Le di, le di!», vocifera uno de ellos y se acerca sin tomar precauciones. Antes de que reaccione lo baja de dos tiros. No deben quedarle demasiadas balas en el cargador. «¡Pelotudo!», grita el fibroso (sabe, sin haberlo escuchado nunca, que es su voz, su voz de mando). El chofer, por las dudas, no se acerca y evita hacer ruidos.

Queda expectante, aguardando.

Como puede saca el pañuelo del bolsillo trasero y se hace un torniquete en la zona de la tibia donde penetró

la bala. Pierde levemente el sentido. Cuando vuelve en sí escucha llegar a un segundo auto y, de inmediato, la voz autoritaria del patrón, preguntando si lo han liquidado. Debe haber gente allí, tiene que estar por hacerse presente la policía, pero aún nada de eso ocurre quizás porque la pista se encuentra algo alejada del pueblo. Quizás porque conviene no intervenir.

«Matalo —ordena el viejo—, ¡rápido!». Tampoco querrá testigos.

Trata de encontrar una salida, algo que lo proteja. Mueve, levemente, un matorral e increíblemente por el mínimo agujero que se ha abierto los ve: el fibroso, el poderoso, la mujer, muy nerviosa. La debe haber traído como rehén. No piensa más, apunta con dificultades y dispara un solo tiro que abate al viejo al que ve caer como saco de papas, sin gritar.

La que grita fuerte, inesperadamente, es la mujer, que saca un arma y dispara, sin ton ni son buscando el lugar donde él se encuentra. *Esta loca me quiere matar*. Las balas pican muy cerca mientras la mujer se le acerca, insultándolo. Ah, qué error, qué puta es la vida, piensa, y apuntándole a la cabeza la deja también tendida. Un nuevo balazo lo parte en dos, haciéndole saltar la pistola de las manos. Las heridas no le permiten moverse, le duele por todas partes, grita, aúlla, siente una sed espantosa, un dolor intensísimo.

El fibroso se corporiza ante sus ojos.

«Te equivocaste, pibe —le dice y a él le parece que le está hablando Benítez—. No entendiste nada. Pensé que podía terminar así. No te vi tan despierto como me lo habían vendido».

Se limita a escucharlo, está paralizado, la imagen del chofer desaparece de pronto, sueña un brevísimo sueño confuso.

«Hoy te recibiste, porque era conmigo con quien tenías que haber hablado, no con la mina. A su manera ella era una hembra fiel, pero tampoco de eso te diste cuenta».

Lo cubre la nieve.

Brillante.

«Al final hiciste bien el trabajo».

Se le cierran los ojos. «Ahora te toca cobrar», le dice el fibroso y le dispara directo a la cabeza.

Oscura.

La vecina que llegó a la tarde

Ella no deja de mirarme.

La vecina llegó a la tarde, un poco después del camión de mudanza. No podía ayudar porque mi cuerpo todavía cargaba los dolores y las confusiones de la operación, aunque no fue necesario puesto que la asistieron varios peones y dos hombres altos, uno gordo, el otro delgado, que en nada se le parecían. Hablaban poco, estaban serios, como si salieran de un velatorio o estuvieran aún en él. Los muebles eran escasos y me llamó la atención que algunos fueran nuevos y de bajo precio, revestidos aún con el plástico.

Ella, cuando estaba a punto de entrar, miró hacia mi ventana donde me había instalado, pero no para espiar sino porque ese era el sitio en el que vivía mi lenta recuperación. Al verme sorprendido por la mujer joven me sentí incómodo, porque seguro que habrá pensado que la estaba vigilando. Hice un gesto de saludo y de inmediato me corrí, con dificultades, del lugar, sin esperar su respuesta. Creo que me contestó, pero no estuve seguro y no quise comprobarlo, porque me sentía molesto, como si estuviera en falta.

A la noche volví a la ventana, con la única intención de contemplar la luna llena que solía aparecer en un claro conformado por dos árboles. Cuando miré hacia el costado me encontré con la mirada de la vecina que teme-

rariamente estaba en la puerta, contemplando lo mismo que yo. Con dificultades abrí la ventana para decirle que estaba haciendo algo peligroso porque no era bueno salir a la noche en nuestra cuadra. Aproveché para presentarme y darle una trivial bienvenida. Ella hizo un gesto vago, no sé si de aceptación, resignación o rechazo, pero al menos me escuchó. Casi sin saludarme se encerró, mientras a mi vez trancaba la ventana, todo con dificultades que ella no podía advertir ni adivinar.

De esa manera la conocí. Ella no dejaba de observarme con evidente aprensión, casi con enojo, como si creyera que yo era un autoimpuesto vigilante de la cuadra, chismoso también. Ocurría que, cintura para abajo me encontraba encapsulado y debía ser asistido con bastante frecuencia. Creo que ella tendría que haber advertido las visitas de los médicos y de las enfermeras, pero parecía más atenta a su resentimiento y a lo que comprobé era su aislamiento, porque salvo las visitas de los hombres altos con sus respectivas mujeres, esporádicas, breves, como si fueran obligatorias, parecía padecer del mal incurable de las ciudades: la soledad, enfermedad que yo también debía soportar.

Había llegado en octubre, en los tiempos de primavera por estas latitudes, y cuando sobrevino el verano comprobé que salía más seguido a la vereda, aunque no se hacía ver por la noche, quizás por mis recomendaciones, quizás por las recomendaciones de los vecinos. Mejor. A mí me habían reforzado la casa y si bien yo espiaba por la ventana tenía rejas y alarmas que se activarían al menor de mis movimientos. Por suerte contaba con un cierto margen y podía mantener el aire acondicionado prendido. Afuera era un horno de alta temperatura, humedad, moscas y mosquitos. Aparte, me aburría soberanamente.

A una determinada edad a ésta hay que aceptarla y bajarse del caballo de manera definitiva, ¿pero quién lo hace? Hasta ayer mismo me jactaba de mi habilidad para manejar en medio del infierno del tránsito diario, pero no vi a tiempo al otro coche y el resultado fueron el sanatorio, las piernas semiparalizadas y un período larguísimo de convalecencia, más el arreglo del coche (depositado en una cochera cercana a mi casa) del que se ocuparon mis sobrinos, como de las restantes cosas que me quitaron dinero, tiempo y ganas. Menos mal que Ada se había ido antes que yo. Sus reproches no me hubieran dejado tranquilo. Aunque noche a noche le rendía cuenta a mi modo, hablándole, recordándola, porque, por supuesto, la extrañaba. Un mundo irrecuperable.

La vecina tocó el timbre de mi casa unos días más tarde. Sostenía su mirada hosca y eso hizo que no sintiera demasiadas ganas de abrirle la puerta. Mientras la observaba por el visor de la cámara de seguridad mantuve con ella una conversación entrecortada. Se presentó y pidió conversar conmigo. No tuve más remedio que hacerla pasar. En el tiempo que ella ingresaba rocié la habitación cerrada con un moderado aromatizador, que no serviría de mucho pero atenuaría en parte el *olor a enfermo* que bien sabía que impregnaba la casa.

Me extendió la mano y no se cuidó de expresarme su sorpresa al verme sentado en mi silla de ruedas. «No se asuste, es provisorio, por suerte». Estaba incómodo, no había vueltas. Paola, dijo llamarse, tampoco parecía sentirse bien. «Quería presentarme con mayor formalidad», arrancó por fin. Le contaron que yo era una persona «fiable» y que había sufrido un accidente, el motivo de que me viera tan seguido en la habitación del frente, casi sin

moverme. Su intención era la de ofrecerse por si surgía algún problema.

Acepté sus palabras y también confesé que me aburría, más de la cuenta, y que miraba por mirar por la ventana, porque me cansaba todo. «Antes leía hasta quedarme dormido, ahora no aguanto nada, ni libro ni revista ni diario, nada». Tampoco «las pavadas de la televisión». Quería volver a mi vida normal, pero como estuve a punto de morir en el accidente debía darme por satisfecho. «A lo mejor en seis meses» me podía recuperar, pronosticó el médico. Pero fue un pronóstico vago, más atento a mi resignación que a la verdad. «A lo mejor sigo así, a lo mejor me muero». Mi edad y mi ánimo no contribuían a dinamizar la charla.

«Hace demasiado tiempo que estoy solo», dijo alguien sin permiso ninguno. ¿Qué me llevó a hablarle de ese modo a una desconocida? No hay peor cosa que un viejo quejoso. Para completarla debería haber seguido con mis enfermedades y el detalle de las operaciones, pero me contuve a tiempo. «Termino de decir una gran tontera, discúlpeme». El signo de contrariedad que había mantenido Paola se suavizó de golpe. «Está bien», hizo un gesto vago. Se había sentido sin pedirme permiso. «Vive muy encerrado».

En mi casa se habían tomado previsiones, encaradas por mis sobrinos. «Hasta los vidrios de la ventana están blindados». Tiempos salvajes. «De cualquier manera si llega el ataque no habría forma de atajarlos». Me preguntó si tenía un arma. Negué, jamás sabría cómo usarla. «Me asusta, yo no estoy tan protegida, pero igual que usted vivo sola». Asentí, no creía necesario decirle que lo sabía. Éramos vecinos de casas bajas, no de un edificio en altura, que vuelve anónimos a todos sus habitantes.

Paola me pasó un papel. «Mi número de teléfono, llámeme cuando sea, dormo muy poco». Me preguntó sobre

el accidente, mi vida anterior, lo que hacía en la actualidad, pero no habló casi nada de ella. «Como usted, también soy viuda», dijo, sin agregar más. Escribí el número de mi propio teléfono. Se despidió. No hubo alegría ni tormenta, nada. Era una mujer que sabía cómo actuar sin despertar expectativas. Igual, me interesó, pero eso carecía de la menor importancia porque me sabía absolutamente devaluado.

Dos o tres días después escuché una discusión inusitada que llegaba de la casa de al lado. Minutos más tarde apareció uno de los hombres altos (el flaco) arrastrando a su mujer hasta el auto. Subieron rápido, enojados, en silencio, y partieron de inmediato. Paola salió luego, con el rostro enrojecido y lágrimas que no lograba reprimir. A tiempo me corrí a la oscuridad de la habitación desde donde advertí que ella miraba hacia mi ventana, como si estuviera cohibida o avergonzada por el episodio. Cosas de familia, pensé. Lo malo, también me dije, que ella va a quedarse más sola, más desprotegida, pero no podía meterme en esas historias. Era un mundo ajeno a mí.

Al día siguiente, con rostro compungido, ella tocó por segunda vez el timbre de casa. La hice pasar y volvió a sentarse sin esperar mi invitación. La convidé con un té. «Me molesta mucho estar acá». En silencio, esperé que hablara más, aunque suponía que me visitaba por lo que había ocurrido en su casa. «La plata es maldita», afirmó y se quedó callada. Me pidió permiso para fumar. «No sé si lo afectará». Por supuesto que no quería cigarrillos en mi casa, pero cómo decírselo.

Me preguntó si había escuchado los gritos. Asentí, sin agregar ningún comentario. «Gritos en mi casa, no lo puedo creer». Se demoraba en largar el humo. «Y todo por la herencia de Víctor. Qué increíble». Comprendí que

hablaba para sí. Víctor sería el esposo muerto. Peleada con Coco, el cuñado mayor. Y con Liana, que era su esposa. «Es de las que hablan poco, pero meten cizaña». Dijo que le estremecía, fue la palabra que empleó, hablar de esa manera de la familia. La plata debería ser sólo de ella, pero en el último tiempo Víctor había establecido una sociedad incipiente con sus hermanos, «que empezó mal» y terminó peor con su muerte.

«Me reclaman un dinero que no tengo y que no puedo conseguir». A ella también la frase le salió, al parecer, sin pensarla mucho, porque de inmediato se disculpó: «Lo estoy abrumando, mejor me voy». La retuve, quizás dos pudieran pensar mejor que uno y, aparte, no me molestaba, me venía bien la compañía de una persona joven. En todo caso, bastante más joven que yo. Atractiva aún, a pesar del aura de abatimiento que la acompañaba.

Le dije que a lo mejor le venía bien hablarlo conmigo, contar sus cuitas. ¿Por qué no? «En cuanto al dinero, me sería imposible ayudarla, lamentablemente». Algo tenía, pero mis reservas eran limitadas y debían sostenerme en vida aliviando la carga de mi convalecencia, que no resultaba barata. «Nadie puede ayudar a quien debe más de un millón. El pobre Víctor hizo las cosas al revés y nos terminó hundiendo a todos». ¡Un millón! Como para no comprenderlos a los cuñados. Si yo fuera ella andaría con cuidado, pero no se lo dije. Los cuñados, Coco y el otro, llamado Dino, habían puesto cuanto tenían y ahora estaban arruinados por las deudas. «Vendí mi casa, el auto, los mejores muebles, compré cosas baratas y me reduje a lo mínimo, pero fue como agua tirada en el mar». Me sorprendió su manera de hablar.

«Siempre es peor», dijo enigmáticamente.

Explicó que Víctor era una especie de delirante que veía negocios espléndidos donde no los había y que trazaba planes en los que triunfaba y no se presentaban patrones, a los que odiaba, ni en cien kilómetros a la redonda. «Se engañaba todo el tiempo», pero era convincente. «A mí me tuvo engañada toda la vida».

«Lo que no tengo es salida», se sinceró. A mi vez carecía de palabras. Era como encontrarse ante un enfermo terminal. Cuando ocurre eso, nada sirve. Una historia a la que sólo se le podía colocar el paño tibio de un té, palabras de consuelo y poco más.

«Hablé demasiado», se disculpó Paola al despedirse. «Por mí no se preocupe, a nadie cuento nada». Le dije que no me molestaba y que volviera cuando quisiera. Porque de verdad no me molestaba, una persona joven en mi casa era como flores recién cortadas o algo así. Mis sobrinos, los médicos y los enfermeros no me brindaban felicidad. Es cierto que Paola no era portadora de buenas noticias, pero de una manera presumo que mezquina, su presencia me alegraba. En todo caso, traía viento fresco a un lugar demasiado cerrado que no se renovaba nunca.

¿Qué me ocurrió? Que la extrañé, porque durante varios días no me visitó. Para no mostrarme molesto ni insistente, opté por dejar de observar por la ventana, porque si lo hacía seguro que me fijaría en su casa todo el tiempo. Pero al cuarto día de su ausencia hubo una nueva presencia, la del otro hermano, el gordo, con su propia mujer. Sería Dino, como lo llamó. No fue que yo espicara, sino que hicieron considerable ruido, tanto al estacionar su coche como al llamar, insistentemente, el timbre en la casa de al lado.

No pude dejar de escuchar. Digo mal, de tratar de escuchar, porque esta vez prevaleció el silencio. A diferencia de

Coco y su mujer, Dino y acompañante parecieron optar por mantener sus conversaciones en voz baja. Lo que no quería decir pacíficas, porque a los pocos minutos vi cómo la pareja salía contrariada y que mujer y hombre subían al auto con evidentes caras enojadas. Paola no los acompañó.

Eso ocurrió cerca del mediodía. A la tarde la vecina tocaba el timbre de casa. La esperaba, en cierto modo, porque tenía el té listo y caliente. Bebió. Me miraba. Comió los scones y otros bocaditos que también tenía preparados. Volvió a mirarme. «Es difícil», me dijo. Hice una referencia vaga a las dificultades que entraña vivir. Ella negó con leves movimientos de su cabeza. «Hablo de otra cosa». Costaba, me daba cuenta, pero como por mi parte no podía adivinar la insté a ser más clara.

«No es fácil hablar de los muertos. Una vez muerta una persona asciende a los cielos y se vuelve santa». Y el que queda vivo carga con la culpa de seguir con vida. «Es una culpa muy grande».

Para nada la ayudaba el hecho de haberse llevado mal con Víctor. «Más de una vez estuve a punto de dejarlo». No de separarse, porque él se cerraba y se negaba a cualquier diálogo, a cualquier aclaración. «Éramos una mala pareja» y a ella nunca la habían querido en la familia política. «Y todo fue peor, como quien cae del abismo, después que murió Víctor». La dejaba hablar. «Ellos creen que fue por mi culpa, por mi gravísima culpa, como dice el rezo».

Se trató de otro accidente. Contó que ella manejaba en una noche de lluvia violenta y «lo que era peor», en medio de una fuerte discusión. Para que todo resultara más complicado aún el viento arreciaba y el coche zigzagueaba en el asfalto mojado. Esas fueron más o menos sus palabras. Paola, al recordar, no sabía, y no importaba, quién tenía razón. Recordó que se gritaban y que ella conducía llorando,

y era peor, porque entre sus lágrimas y el agua que caía a baldaños casi no veía. «Por eso ocurrió lo que ocurrió»: terminó estampando el auto contra el guardarraíl, con la inmensa desdicha de que el golpe fue fortísimo contra la puerta del acompañante, que salió volando rumbo a la muerte. Paola afirmó que se dio cuenta muy tarde que Víctor no llevaba puesto el cinturón de seguridad («decía que lo ahogaba»), mientras ella, con cinto puesto, lograba salvarse aferrándose al volante, frenando lo más que podía con sus piernas («que no podía dominar»), mientras el coche golpeaba, se sacudía, parecía a punto de explotar hasta que se detuvo. Paola, me contó, agitada, casi gritando, con las manos apretadas al volante con tanta fuerza que parecían haberse adherido de una manera definitiva, no atinaba a nada. Para peor el agua impedía ver bien, el coche no le respondía y nadie pasaba por allí. Los limpiaparabrisas en vez de limpiar ensuciaban, mientras ella se desprendía al fin del volante. Me dijo que buscó una linterna en la guantera del coche, pero no la encontró. La luz interna del vehículo había desaparecido y también los faros, estaba todo destrozado. Dijo que gritaba el nombre de su marido sin tener respuesta, como tampoco respondía su teléfono celular y no encontraba manera de solucionar las cosas, porque, lo comprobó, la puerta de su lado estaba atascada y el coche medio volcado hacia la derecha, pegado al guardarraíl, que le impedía salir. De manera que se quitó el cinto que la tenía atada, trepó a la desesperada por el asiento trasero yendo a caer de mala manera en la parte posterior del auto y allí abrió, como pudo, la puerta izquierda trasera y cayó, porque cayó, en medio de la lluvia y del asfalto mojado. «Me arrastré», sintiendo que su ropa se desgarraba. Tomándose del coche resbaladizo logró dar la vuelta y mientras tanto continuaba llamándolo a Víctor cada vez con menos voz, las manos le sangraban, pudo supe-

rar el guardarraíl y siguió arrastrándose por la maleza, sopor-
tando la lluvia, hasta dar con el cuerpo inerte de su esposo,
que no le contestaba, «porque ya no podía responder».

«Me echan la culpa de todo». En el juicio no pudieron demostrar su culpabilidad. La noche tormentosa sirvió de gran atenuante, también varios testigos que confirmaron que Víctor jamás usaba cinturón de seguridad. «Salí absuelta», pero se fue alguna vez de boca confirmando la discusión que sostenían en el coche y que ya había empezado cuando dejaron la casa de Dino. Ellos residían en las afueras. «Vivíamos bien, en un barrio cerrado», pero para conformar a los cuñados se desprendió de la mayor parte de sus bienes. «Igual, hoy la deuda es inmensa». Y los abogados se llevaron también su buena tajada.

«Me creen culpable». En definitiva, entienden que ella lo mató, pero no accidentalmente sino adrede. «Es desesperante». Insistió que pese a no ver prácticamente nada, en medio de la lluvia, intentó revivirlo dándole respiración boca a boca, pero que Víctor nunca reaccionó. «Le masajé el corazón», sin advertir que tenía un verdadero cráter en el cráneo. Recibió ayuda bastante más tarde. «Se demoraron mucho en llegar». Tuvo una crisis de nervios y sólo tomó conciencia de lo que ocurría varios días después, cuando ya Víctor era memoria en el cementerio privado donde lo enterraron. «Después vinieron los problemas». Que en ese momento continuaban, aumentados, porque ella era la culpable objetiva de la muerte de Víctor y a medida que no aparecían las soluciones fueron agrandando su responsabilidad. «Ahora me acusan de tener un amante».

«Están convencidos de que choqué para matarlo». No tomaban en cuenta, me insistió, que ella iba dentro del coche y que se había salvado de milagro. «Quieren rea-

brir la investigación, si no consigo la plata desean que me pudra en la cárcel». Dijo que sus cuñados eran siniestros. «Ellos hubieran actuado de ese modo, tal como me acusan, quiero decir». Era como vivir una mala novela policial: «Si la filmaran, en estos momentos estarían buscando un sicario para matarme y no sé si no lo van a hacer».

Era muy poco lo que podía decirle, salvo pedirle que no se culpara inútilmente. En una noche así, en un accidente como el que sufrió en el que podría haber muerto, no había inocentes o culpables, más allá de lo que pudieran decir o creer sus parientes políticos.

Las pedradas se hicieron sentir en plena noche. A ella le reventó el vidrio de la ventana y en mi casa astilló el blindado. Al rato llegó la policía, que se llevó los restos de los ladrillos y pedazos de cemento adheridos que cumplieron su función. Ella se encerró a cal y canto y mis sobrinos me hicieron preguntas que no supe (no quise), contestar. Y también me encerré mientras cambiaban los blíndex, que me significaría un nuevo gasto imprevisto.

A la noche me llamó. «No me animo a salir». Por mi parte, estaba convencido de que a la advertencia (ella nada había dicho a la policía y los interrogatorios que le hicieron resultaron superficiales), le seguiría otra, más terminante: «Me van a matar». Es inútil, pensé mientras trataba de darle ánimos, un millón perdido no se perdona. Tenía la convicción de que, en efecto, ella tenía razón y que le pasaría alguna cosa grave, sin descartar su asesinato. ¿Por qué no?

Alguien preguntó: «¿Se anima a volver a manejar?». Era y no era yo el que hablaba. Paola me había contado que desde el accidente le temía a los autos, parecían ser convocadores de la muerte. «No creo, aparte de que no tengo auto y no sé dónde ir».

La apuré, yendo a lo práctico: «¿Tiene su carné de conductor?». Contestó de manera afirmativa, dado que del coche pudieron rescatar los papeles porque no se había incendiado. Por mi parte conservaba la tarjeta verde.

Me sentía tironeado por el diablo y el angelito y no quería decir ni menos proponer lo que estaba diciendo, pero ya no había forma de detenerme. «Tengo las llaves, las tarjetas, aún nadie me ha declarado loco». Ella dijo no entenderme, tanto que me preguntó si me encontraba bien. «Lo estoy, la que no estás bien sos vos, no podés quedarte ahí una noche más, pasarán a buscarte, esta noche, mañana, en cualquier momento. Si ocurre, y yo creo que eso va a pasar, nadie te salvará». La policía no había visto peligro y por consiguiente, salvo mandar un móvil que pasaba de vez en cuando, no dispuso ninguna otra cosa. Paola gemió: «Estoy aterrada». Y tenía razón.

«Los voy a denunciar». Pregunté si algunos de sus cuñados eran profesionales, si habían actuado en política. «Sí y son conocidos en la ciudad». «Olvidate, te van a declarar loca antes de que te des cuenta». Agregué que se trataba de una mala película que iba a terminar mal. «Me ofrezco a ayudarte». «¿A cambio de qué?». Me sentí un poco ofendido y corté.

Intenté dormir, pero no pude. La llamé cuando era de madrugada: «No te queda nada, te propongo escapar de inmediato». Era infantil, pero yo no veía otra cosa que la huida hacia delante. «Mis sobrinos se van a avivar mañana, o pasado». Yo había contado la versión de que no conocía a Paola, que sin duda los vidrios astillados del blíndex eran obra de la confusión. Nada sabía sobre mi vecina. «Apenas si nos saludamos». Mis sobrinos dieron por buena la versión que les vendí.

«Tenemos algunas horas. El auto está a una cuadra, en una cochera». Ella tendría que hacerse cargo del auto, de mí mismo, aunque no tanto porque yo estaba dando pequeñas caminatas en casa. «Poca ropa y todo rápido». En una hora debíamos salir. «Cuando nos busquen no estaremos en ninguna parte».

Me encuentro, como Melville, esperando la ballena. No sé si la veré. Si me llevará puesto como al capitán Ahab. Se siente el frío, pegados al mar como estamos, ni Paola ni yo estamos acostumbrados a estas temperaturas. Miro el agua y ella me mira a mí, como si fuera un enigma a dilucidar. No soy en verdad ningún enigma. «Estoy aquí por mi voluntad», le expliqué a un policía especialmente curioso. Voy mejorando, encontré un buen quinesiólogo. Puedo caminar bastante y lo hago seguido, abrigado, por la playa. Aún no llegaron las ballenas pero se las aguarda, vendrán de un momento a otro luego de un largo viaje. Empiezan a aparecer en marzo y siguen hasta septiembre y octubre. Buen lugar, dicen, para reproducirse. No nos hacemos ver mucho. No creo que podamos continuar demasiado tiempo en esta ciudad. Ella teme, todo el tiempo. A mí me asusta el hecho de que nos alcanza cada vez menos la plata, pero hasta ahora nos arreglamos.

De allá salimos en plena madrugada y sólo cargamos combustible en Rosario. Nos perdimos en Buenos Aires pero luego encontramos la ruta al sur. Cada tanto teníamos que descansar. Paramos en hoteles ocupando piezas separadas. Ahora aquí estamos. Ella me cree algo loco. Y yo creo que el largo brazo de sus cuñados nos va a alcanzar. Mis sobrinos han tratado de hacerme volver, pero ya les pedí que me dejaran en paz.

Me mira. Al comienzo creyó que yo le iba a pedir que se volviera mi amante. «No estoy para esos trotes», dije en broma, una broma poco feliz, pero que al final aceptó.

Vivimos, convivimos. Lo que nos espera está a la vuelta de la esquina, es imprevisible y supongo que terrible. Por ahora espero las ballenas, quizás mi propia Moby Dick, mientras ella me mira y de vez en cuando la miro y a veces me pregunto, sin querer hacerlo, si no mató a Víctor. Si no tendrá sus arrebatos.

Si no me matará también, cualquier madrugada de éstas.

El hombre parecido a William Macy

¿No ha sido más que obra de su imaginación?

Saben de quien estoy hablando. Muchos de ustedes lo conocen porque lo han visto en películas. Hablo de William Macy, el actor que carga con muchas arrugas y parece tener la cara con talco, como de payaso. ¿No me digan que no lo tienen visto? Facciones alargadas, ojos saltones, pelo abundante y lacio, mirada bovina. Perdedor nato.

Precisamente, Ochoa vio entrar a William Macy al bar. Muy nervioso, echando miradas hacia atrás y equivocándose varias veces antes de pedir al mozo un café. «Sin azúcar».

El hombre ordenó luego una medialuna, que comió a lentos mordiscones, como si hubiera sido amasada con una materia correosa. Lo hacía sin perder de vista la ventana, presuntamente esperando a alguien evidenciando preocupación, por lo que Marcelo, el mozo (pensó, se preparó para ello), que el recién llegado temía ser atacado por quien pudiese llegar.

Vaya a saberse si el tipo del café y la medialuna tenía idea de Macy, el actor. Si lo supiera lo más probable era que quisiera cambiarse la cara, ser otro. Quizás ustedes recuerden al comediante haciendo de gerente en una agencia de autos usados. Si se relacionara a sí mismo con el famoso le hubiera dado vergüenza, porque había cobrado fama al protagonizar el papel del atolondrado yerno de un rico que buscaba con el secuestro de su esposa equilibrar las cuentas.

El modo atolondrado de entender y enfrentar la vida.

En la película hacía malabares ante la policía para justificar lo injustificable. Como tampoco podía justificarse por la muerte brutal de su esposa (los que la secuestraron debían darle un susto, pero ya saben cómo ocurren estas cosas, dice la canción) y al final, después de un reguero de muertes, como si Macy hubiera abierto la canilla del terror, lo encontraba la policía en un pequeño motel, solo y en patética ropa interior.

Marcelo, el mozo, lo ignoraba, pero este hombre parecido a un actor al que temía en su vida vulgar era al Mago. A Santini, a quien llamaba el Mago.

El mago Santini, quien vuelta a vuelta le hacía cometer mil estropicios a este hombre que parecía llegar tarde a todas las cosas. Un recién arribado en plato volador, extranjero absoluto, distraído total, tanto que terminaba siendo un desatento, hasta desagradable. A las mujeres les costaba llegar a él, comprenderlo.

Salvo que se tratase de Rita.

Antes:

El hombre parecido al actor se colocó lentamente su ropa, pulcra pero también —podría decirse así— atrassada, una vestimenta que hubiera tenido más razón de ser treinta o cuarenta años atrás: traje y corbata negros, zapatos (negros) lustrados, camisa blanca, medias azul oscuro, aparte del pelo recién cortado, de su afeitado, como si estuviera preparado para un funeral.

Aunque en este caso... Lo cierto es que debía encontrarse con Santini, pero se demoraba porque lo menos que deseaba era volver a verlo. Con su permanente cara de piedra. Con su mirada sobradora.

¿Saben a qué me estoy refiriendo? A las penurias, a la reiterada humillación.

«Hay que atreverse». Tal, la premisa del mago. Atraverse, ir cada vez un poco más allá, arrasar a lo que fuera cubierto con piel de elefante. «La vida es así de cortita y de verdad a nadie le importa», era otra de sus frasecitas que le daba en el centro del estómago.

Asumir el riesgo, animarse a las acciones inadecuadas siempre que arrojasen saldo positivo (no para él, sino para Santini).

Los nervios, la tensión, los temores que reflejaba en el bar se relacionaban con el preparativo de una nueva *presentación*, urdida por Santini. Para el mago sería el momento culminante, su *opera omnia*, pero «el hombre parecido» lo presentía como el derrumbe final. El desplome, el suyo y de nadie más. Era su sino; limitarse a representar a seres desgraciados. Ya no llevaba la cuenta de las veces que debió desmayarse, sangrar, acusar un ataque al corazón, exhibirse como inundado, recibir golpes para denunciar agresiones, aparecer como presunto suicida.

Era como un teatro. Pero no era un teatro. Eran las zafaduras (las llamaba de ese modo porque no sabía bien cómo designarlas), inventadas por Santini. Éste, a su vez, exhibía mil títulos: ingeniero, licenciado, especialista, médico, diplomático y, especialmente, abogado. Era el que se presentaba para reclamar, para hacer ver que la víctima... Para denunciar, pedir la concurrencia de los medios, alertar a la opinión pública.

Para poner las cosas en su lugar.

Él era el intérprete y Santini quien *traducía* requiriendo justicia. Y si ésta no terminaba de manifestarse con claridad, el ingeniero, o el médico, o el jurisconsulto, no podía menos que reclamar una imprescindible compensación.

Estafas, ¿qué otra cosa podían ser? Pequeñas estafas, propias del subdesarrollo. Participaba de ellas obligado. Y asqueado, de la vida, de cuanto le rodeaba. Sin empleo, y ya muy pasados los cincuenta.

En estos días el mago le aseguraba que habría una suma significativa, la mayor que nunca le había pagado, si se hacía el descompuesto en el momento justo. Una nueva *presentación*, una auténtica representación teatral que debía superar a todas las anteriores y que, Santini aseguraba, estaba prevista hasta sus últimos detalles.

Ni ahora, ni antes, había podido negarse porque, de verdad, no era sutil ni apto, y por consiguiente se sentía incapaz de hacer otra cosa, de resultar útil en alguna tarea concreta, distinta. Por lo tanto, lo único que le quedaba era ese palo enjabonado llamado Santini.

Lo habitual consistía en que, ligeramente disfrazado, el mago llegara primero al lugar elegido y lo recorriera con extremo cuidado. Si se trataba de una clínica, pedía turno con un médico cualquiera, cuantos más pacientes mejor. Si era un supermercado, compraba distintas pavadas que se encontraban en sitios distantes del establecimiento y de ese modo lograba recorrerlo en toda su extensión. Si era un lugar de pago, hacía larga cola para terminar pidiendo cambio. Si había inundación visitaba los lugares públicos donde daban asistencia, y a lo mejor dinero, a las víctimas.

Minucioso, detallista, observaba cada presunto escenario con total detenimiento. Y, antes que nada, semblanteaba a dueños y empleados, exploraba la distribución de mostradores y escritorios. Tomaba en cuenta las alarmas, las cámaras de seguridad. A los propios guardias de seguridad. Si había potencial peligro dejaba el proyecto de lado,

pero cuando quedaba conforme preparaba el plan estudiándolo con el hombre parecido a William Macy, a quien no dejaba de darle instrucciones. Y en el día fijado llevaban adelante la representación.

Que incluía sus riesgos, por supuesto. No siempre tenían éxito, pero la experiencia les había hecho refinar sus pasos y por lo tanto los llevaba a acertar más que a perder.

Ganaban poco, a veces para un par de semanas o para un mes como máximo. Eran sus límites, pero el invento del mago no daba para más. Era un «algo» para el momento, un chasquido de dedos. Imposible estirar la cuerda porque, muy simple, no había más cuerda para nada.

Un ejemplo: en el supermercado se desmayaba y el médico Santini, que justo pasaba por ahí, dictaminaba que era muy probable que hubiese probado algo en mal estado. Santini se jugaba en forma constante, porque bien se sabía que estaba prohibido ingerir alimentos en un súper antes de pagarlos, pero especulaba con el tiempo y con lo otro que de inmediato sucedía: las miradas temerosas de los clientes, sus comentarios en voz baja, el grito destemplado de alguno de los que observaban la escena reclamando la presencia policial.

Otros: en la clínica experimentaba vahídos y mareos o, como inundado, el doctor Santini reclamaba por él un rápido reintegro, en tanto que en la carnicería presentaba un paquete con carne podrida y en la farmacia denunciaba el remedio vencido.

En el límite, al borde del abismo. Él hacía el teatro y hablaba muy poco, porque al segundo no más se corporizaba a su lado el abogado Santini, el médico Santini, el licenciado Santini, el funcionario concejal legislador Santini, contemporizador. Palabras suaves, nunca el menor gesto de contrariedad. Absoluto sentido profesional que

luego de algunos minutos de tensión terminaba haciéndose sentir.

Claro está, lo fundamental era la presencia de testigos. Cuantos más, mejor. Ciudad mediana, pero ellos no eran tontos. Previsibles si se los conocía, aunque no tanto (aparte de presentarse con sus rostros un tanto alterados, con ropas diferentes) si machacaban sobre caliente. Corresponde decir *machacaba*, en singular, porque el que desempeñaba el papel central del ofendido al que debía resarcirse «ya mismo» era Santini. El que hablaba, ponía cifras, amenazaba sin hacerlo, mencionaba a la policía como al pasar. Siempre Santini.

A veces eran mil. A veces daban con el pozo de los milagros y lograban quedarse hasta con un vehículo ajeno. Era distinto cada caso y el triunfo (lo que fuere) según el momento y las circunstancias. Se cuidaban, tenían el sentido del tiempo. Sabían que nada podía estirarse demasiado, que a la media hora «la cuestión», como la llamaban, debía haber quedado cerrada como paquete para regalo. Si la cosa no funcionaba amenazaban con volver y al segundo no más ya no estaban.

Buscaban negocios cercanos a una esquina, lugares desde donde fuera bastante fácil escapar. Santini estacionaba el auto en un lugar accesible y funcional. Lo cuidaba y el coche respondía, así que al minuto estaban en otro lado. Y a los diez ya eran otras personas, en un lugar lejano de la ciudad.

Imaginado, tomado de alguna parte, copiado de alguna parte.

Ahora Santini preparaba el golpe de su vida. «Si lo hacemos bien, nos salvamos para toda la cosecha». ¿Podía negarse? Por supuesto que no porque, sencillo, le debía

plata. Sí, ¡sí!, no tenía dónde caerse muerto. Sí, tercera vez, desconocía qué más podía hacer.

¿De qué se trataba esta vez? Sorpresa: Santini preparaba su gran golpe en el casino de la ciudad.

Ellos se cuidaban cuanto podían. Una vez conseguida la recompensa, o aunque no la obtuvieran, no volvían por el barrio. O por algún pueblo cercano, si habían llevado sus propuestas teatrales a territorio extraño. Se cuidaban de todos y de todo: cuantas menos cámaras, mejor. Vestían diferente, golpe a golpe —si «golpe» se pudiera denominar lo que ellos hacían—. Contaban con bigotes, leves barbas, postizos que les hinchaban los carrillos. Tenían gorras que usaban cada tanto, ya que un sombrero hubiera llamado demasiado la atención.

Cascos de motociclista no, porque intimidaban y hacían temer el asalto. Anteojos sí, y narices que Santini compró alguna vez, muy lejos, en una cierta cantidad. Las cejas se volvían tupidas o eran una línea apenas insinuada. Canas, pelo ennegrecido, calvas. *El procedimiento*, como también lo llamaba el mago, requería paciencia, cuidado. Obras teatrales con escaso parlamento y mucha mímica. Tanto, que lo hacía ensayar, horas, ante un gran espejo, antes de darse por satisfecho.

Repasaban el libreto varias veces, lo que debía hacer y, en especial, aquello que tuviese que omitir. Cuanto más mudo fuera el hombre parecido a William Macy, mejor. Santini tenía a su cargo el parlamento: «Este señor necesita un médico». «Diga que acá no hay un abogado que si no...». «Creo que lo mejor es llamar a la policía».

¿Saben cuál era la verdad? Aquí va: todos estaban sucios, guardaban ropa usada en el ropero, basura bajo la alfombra, números contables verdaderos en el último rincón. A lo

mejor algún cadáver en el placar. Nadie quería policías, inspectores de bromatología o, peor, inspectores del fisco. «No —decían, repetían, algunos hasta imploraban—, para qué molestar a terceros si esto se puede arreglar con facilidad».

Santas palabras. Santini tenía experiencia, universidad de la calle, y eso le permitía saber dónde picar. Y dónde no hacerlo.

Un lugar donde, definitivamente, nada podía hacerse era el casino. Pero para el mago la tentación esta vez era grande. Tan grande que lo cegaba mientras que a él lo hacía palidecer y temblar.

Santini se lo había explicado con extrema paciencia: para su plan necesitaba a un tipo (él, por supuesto) que primero vacilara, luego oscilara como muñeco y por fin terminara derrumbándose de largo a largo en el piso nada pulcro de la casa de juego.

El mago se encargaría del resto, sería el que soplara para generar humo y fuego de la nada. Santini estaba seguro de que las cosas saldrían más que bien. Al menos así lo expresaba, pero a él toda esa planificación le daba extrema vergüenza y muchísimo temor. De nuevo, se decía, a humillarse, a respirar lo mínimo, a enmudecer, a exponerse al límite. ¿Adónde había caído, hasta dónde?, preguntas que se hacía como si estuviera planteándose un interrogante gramatical. La pregunta acosadora, acusativa, para la que contaba con una sola respuesta: iba a colocar su cabeza bajo la guillotina.

Santini observaba la ubicación de las mesas, el movimiento de los crupieres, el funcionamiento de las máquinas tragamonedas, escuchaba los sonidos diversos y distorsionados, el numeroso y cambiante público y las voces vueltas murmullos. Veía cómo se desplazaba el personal de

vigilancia, comprobaba, como si fuera necesario, la ubicación de las multiplicadas cámaras de seguridad. Obvio que habría más, escondidas. Sin duda sería un gran riesgo, una operación en principio condenada al fracaso. Pero si llegaba a salir bien...

«El hombre parecido» ignoraba lo que era la rebelión. De la incierta manera como se sienten las criaturas culpables, cargaba con la vagarosa idea de que, en efecto, estaba en deuda con Santini, una deuda superior a lo material, o en todo caso distinta, y que por ese extraño camino debía transitar para redimirse. En todo caso, Santini se lo recordaba a cada rato: «Me la debés».

Un gran riesgo. La idea de la redención en la misa pagana del casino.

Malvivía en una pensión cercana al centro de la ciudad. Cada tanto, Santini lo obligaba a cambiar de residencia. Nunca terminaba de ser él mismo. De manera similar a la ropa que compraban para las representaciones, tenía un envés, una doble cara. Era como las camperas o los abrigos que presentaban otro aspecto al darlos vuelta. Un color diferente, una manera distinta de cerrarlos.

Compraba las provisiones en el pequeño almacén de la cuadra. Evitaba hablar, pero Rita terminó siendo persuasiva y, aunque le dio un nombre falso (dijo llamarse Romero, se obligó a recordarlo), de a poco fue soltándose. Era cuidadoso, iba sólo cada tanto, evitaba a los vecinos. Se hacía presente en el almacén en horarios muertos, cuando los clientes eran escasos, si no inexistentes.

De algo escuchado o leído por ahí. Visto en algún lugar.

Temblaba. Literalmente, al tomar el café. Ochoa temió que se desmayara o se muriera. Nada de eso ocurrió, pero

«el hombre parecido» no lograba sosegar. Observaba la ventana del bar a cada rato. No parecía tener adónde ir, porque a pesar de sus temblores, de esa especie de desesperación plantada en su cara, no se movía del lugar. Para justificar su permanencia pidió ginebra y una segunda taza de café aunque dejó a ambos en la mesa, como si nunca los hubiera pedido.

Dijo algo entre dientes que ni el mozo Marcelo ni Ochoa, el dueño, alcanzaron a oír.

Lo que dijo fue «Rita» y lo que pensó, en lo que pensó, fue en el casino, en lo que iba a ocurrir allí, en el papel espantoso que debía desempeñar. Y en por qué debía encontrarse en ese momento en el bar, esperando a Santini.

Por supuesto que estaban destinados al fracaso, a terminar con una paliza, en el mejor de los casos. O entre rejas. O muertos. Cualquiera cosa era posible. ¿Cómo iban a meterse contra el poderoso casino, donde todos —menos sus dueños, públicos o desconocidos— pierden? Los casinos se protegen contra cualquier acechanza, son el Castillo del Señor de nuestros tiempos, así que imagínense qué podían sacarle estos tipitos. Al Castillo, se sabe, nunca se llega. Pero ni el hombre parecido a William Macy ni el mago Santini habían leído al doctor Kafka.

«Te veo preocupado. O enfermo», le dijo Rita.

Quizás fueran las dos cosas. Le era imposible evitar que las peores imágenes lo rodearan aplastándolo (las imágenes de la cárcel, de la tortura, de la muerte; de su muerte, claro está). Y aquello que tampoco podía evitar, a pesar de cuanto se esforzara, era visitar a Rita con cualquier pretexto.

«Me estaré engripando». Sentía ganas de llorar.

«Se te ve muy mal, tendrías que estar acostado». La cara de Rita denotaba preocupación. Y al verla así, entrecejo

fruncido, leves arrugas en la frente, no pudo evitar suspirar. Ella se preocupó más aún: «¿Pero qué te pasa?», preguntaba mientras él negaba con leves oscilaciones de su cabeza y (hombre grande, se reprochaba), sin poder contener lo que derivó en convulsiones y algunas lágrimas.

Santini lo tenía dominado, tanto que llegaba a aterrorizarlo. Varias veces intentó despegarse de él, a pesar de saber que no tendría un centavo y que difícilmente pudiera evitar la pobreza extrema, el tener que vivir en la calle. Pero Santini le recordaba las deudas que lo mantenían atado. Deudas que quizás no fuesen tales, difícil saberlo porque su jefe (¿y qué otra cosa era si no?) se encargaba de repartir del botín, pero terminaba como el gato dividiendo el queso de los ratones, siempre recibía menos de lo esperado y le quedaba como saldo el préstamo a largo plazo que Santini le acordaba, generoso, como descendiendo del trono, para que pudiera aguantar. En otras palabras: la deuda permanente.

Un día, después de una triste experiencia en un supermercado, donde estuvieron a punto de ser desenmascarados y denunciados (fueron minutos terribles), se dijo esto no va más. Lo pensó, hasta que comprendió que había hablado en voz alta, que se lo terminaba de decir a un Santini enmudecido y pálido, que estaba mirándolo con desprecio inocultable.

De manera definitiva esa noche comprendió dos cosas: que Santini era mago de verdad. Y que podía ser letal.

Mago, porque no llegó a ver en qué momento sacó la pistola que esgrimía en su mano y le apuntaba. Letal, porque le aseguró que no le permitiría irse, «jamás», que en eso estaban juntos y que si intentara irse lo mataría. «La sé usar», aclaró sin necesidad. La mano inmóvil (el pulso firme), el caño del arma apuntándole a la cara, la seriedad de velorio de Santini.

Su severidad: «Esto es por toda la vida, como si estuviéramos casados y no nos pudiéramos divorciar». Hablaba con total tranquilidad, distendido, pero sin guardar el arma que seguía en su mano aunque ya no le apuntaba.

Por eso, porque era cobarde y lo sabía, porque le tenía terror a Santini, porque además era consciente de su edad, de su pobreza, de sus patéticas limitaciones, porque no podía contarle nada a Rita (ni a nadie), sobre cuánto le ocurría y cuánto no le pasaba, gimoteaba, triste payaso de la tarde.

No le podía contar a nadie. No se lo podía contar a Rita. Por supuesto, se lo contó. Hasta el último detalle.

Visto, quizás, en el cine, o en la televisión.

Si tuviera dinero suficiente huiría, aunque luego no supiera qué podría hacer. Al pensarlo, al verse a sí mismo caminando por alguna ciudad desconocida (¿y qué más desconocida, y grande, y anónima, que Buenos Aires?), se sintió perdido de antemano, desvalido como un niño. La imagen de sí mismo marchando hambreado en las calles desoladas entre grandes edificios casi lo dejó sin aliento. Le provocó tal desazón que para evitar el derrumbe tomó de golpe el café frío y la ginebra que lo quemó por dentro.

«Tenés que romper con ese tipo», le dijo Rita esa noche, después de que habló hasta quedar ronco y con la boca seca, necesitado de agua. Y de mucho más que agua, que no encontraba o no sabía buscar, porque en su caso romper con Santini era muy fácil decir pero imposible —para él— concretarlo. ¿Cómo, romper, con un tipo tan poderoso como el mago?

«Tendrías que ir a la policía y denunciarlo». Imposible, porque denunciarlo sería denunciarse, terminar preso,

quedar sin defensa ninguna. ¿Y cómo evitar en la cárcel la segura venganza de Santini?

«No sabés, verdaderamente no sabés», le dijo con resignación y haciéndole un gesto ambiguo dejó el almacén.

Ahora, en la soledad del bar desconocido, al que nunca más regresaría (porque el mago se lo hubiera prohibido), esperaba su llegada. La llegada de Santini. Y también esperaba su derrota final.

Porque Santini llegó. Porque fueron al casino, pero por separado. Porque ingresó a la sala de juego sintiendo un peso tan grande que apenas podía respirar. No digamos hablar. Santini, a lo lejos, le hizo un gesto como queriendo preguntarle si se sentía bien. «El hombre parecido» se limitó a asentir con ligero movimiento de cabeza. Su cabeza, precisamente, se le había vuelto una verdadera preocupación. Le dolía como si le hubieran puesto una venda que fuera estrechándose momento a momento. Y, aparte, sentía como campanas repicando dentro de ella. Muy en lo hondo, allí donde anida el centro de la locura.

Ahora, cuando lo trasladan en ese vehículo viejo, estrecho, haciéndose miles de preguntas que sólo el tiempo podrá responderle, el hombre parecido a William Macy tiene una expresión diferente de la habitual. Cada tanto, cuando puede, se roza la mejilla.

Se dirá: una puerilidad. Pero en la vida de «el hombre parecido» las cosas han salido como han salido, un mal reparto de las cartas desde el inicio.

El mago Santini, para su desdicha, llegó al bar. Lo vio como nunca, es decir muy nervioso y también distinto,

enardecido, si se pudiera decir así. Que estuviera nervioso era previsible, cualquier paso en falso les haría perder mucho, quizás todo. Ahora, que al mismo tiempo se lo viera eufórico, pero con una euforia contenida, frenada gracias a un gran y sostenido esfuerzo, le resultaba algo inédito. Es más, Santini sudaba, aunque ese día no hubiese nada de calor. Al contrario, el frío prevalecía, y al hombre parecido al actor norteamericano un clima de esa clase, tan hostil, le hacía temer más.

Como era de noche decidieron llegar en taxis, cada uno por su lado. Primero lo hizo Santini, para reconocer el terreno. Jugó con las maquinitas y luego, con escasas fichas, se instaló en una de las ruletas, desde donde podía observar casi todo el cerrado recinto.

Vaya a saberse en qué pensaba el mago. A su vez, «el hombre parecido» pensaba en pérdidas y derrotas. Tanto que el taxista, al cobrarle, anticipó la preocupación de Santini preguntándole si no estaba enfermo. Negó: «Un poco cansado, nada más». Lamentó haberle dicho esas palabras porque si algo pasaba podría volverse un testigo peligroso. ¿Peligroso porque lo había llevado en su auto? Exageraba. Pero así, exagerando, viendo enemigos y trampas en todas partes, ingresó al casino.

Cuando lo hizo se sintió tan descompuesto que casi se desmaya de verdad. Se apoyó en una pared mientras trataba de dominarse. Cuando se recuperó, a medias, reanudó su camino. El dolor de cabeza lo taladraba.

Tenían sus claves, sus pequeños códigos secretos. Si el mago se tocaba la nariz, o una de sus orejas, debía dar los primeros pasos. En su caso, sentarse en la mesa respectiva y pedir cartas. Jugaba pésimo, pero eso no tenía importancia. Antes compró fichas. Después paseó la vista por el

recinto y alcanzó a ver, apenas un instante, cómo Santini se tocaba la oreja izquierda.

Volvió a sentir náuseas, pero se obligó a ubicarse en la mesa de póquer. El reloj comenzó su cuenta regresiva.

Visto en una película, vieja, gastada, de cierta manera previsible.

La cara feliz del actor.

En su personal viaje del largo día hacia la noche, en nada quería pensar. Había tomado una tercera ginebra (sin haber comido) prácticamente de un solo trago cuando pasó, cuidándose de no mirarlo, el mago, caminando por la vereda del bar. Era el momento de salir —cinco minutos después— y buscar un taxi para marchar al cadalso del casino. Bebió tan rápido que la ginebra le cayó como un rayo, como una pequeña bomba que lo desequilibró. Fue de esa manera que llegó al casino.

Fue de esa manera que se sentó en la mesa de póquer.

Alguien le hablaba. Alguien le tocaba el brazo. Interpretó que una voz sin cuerpo le preguntaba si se sentía bien. Claro que no. Es más, ignoraba dónde se encontraba. Los ruidos eran agudos y penetraban en sus oídos de una manera sordida. El estómago era un revoltijo. Lo que sentía, realmente, era que se estaba muriendo. Lo que sentía era dolor en la cara mientras alguien agitaba su cuerpo, lo movía, una voz decía «llamen a un médico». Una mujer gritaba.

La voz de la mujer se acercaba, la percibía, era lo que se imponía entre el incesante ruido que llegaba a sus oídos y que no llegaba a decantar. Comprendió que estaba en el suelo, que se había desmayado, apenas unos segundos. Que esta vez no había debido fingir.

Por supuesto que nada tenía que ver el casino con su desmayo, pero en medio de la confusión, de los vahídos y las náuseas, tuvo una segunda certeza: que había avanzado mucho, que pese a sí mismo cumplía con el papel que le asignara Santini, cuya voz también oyó preguntando «¿qué ocurre aquí?».

Escuchaba todo y de inmediato nada. Sintió golpecitos en la cara. «¿Cómo se llama, cómo se siente?». A la voz de Santini la reconocería en el mismo cementerio. Era en el papel de doctor quien le preguntaba con voz preocupada. Él en ese momento se llamaba Juan Gutiérrez. «Gutiérrez», alcanzó a decir antes de hablar con Rita, «querido, querido mío», caminaban por un lugar desconocido. Ella apretaba su brazo.

«Despierte», decía el doctor Santini. «Despertate, por favor», lloraba Rita en medio del camino desconocido.

El mago debe haber asombrado por su interpretación y, más aún, cuando no pudo reprimir las arcadas. Era demasiado. Comprendía sin comprender, en medio del tumulto, con la sobrecarga del intenso dolor de cabeza. Se daba cuenta, pero más se daba cuenta Rita (¿Rita?) que empezó a decir, con sollozos que no podía o quería evitar: «el pobre no tiene la culpa».

«¡El pobre no tiene la culpa!», escuchó que repetía, pero ahora gritando. «Este tipo es el que organizó la estafa». Escuchó, comprendió a medias, que la mujer que podría ser Rita (la voz de Rita), terminaba de provocar un gran revuelo. Al ratito no más, cuando aún permanecía en el piso porque no terminaba de reponerse, sintió que lo sacudían con fuerza y sin contemplaciones. Que lo tuteaban. Y que le ordenaban levantarse.

Mareado, trastabillando, con el maquillaje corrido, llevado a la rastra. A Rita, que al parecer había ingresado al

casino casi en el mismo instante en que él caía desmayado, no le permitieron acercarse.

Se encontró encerrado en una habitación pequeña, con Santini a su lado y que permanecía en silencio. Un mago que se negó a contestar una sola pregunta, salvo que se limitó a aclarar que no conocía a nadie, ni a la mujer que gritaba ni, menos, a la persona que tenía a su lado.

Fue entonces cuando «el hombre parecido» buscó su mirada y topó con unos ojos vidriosos, sin vida, que nada le dijeron y eso le hizo tomar conciencia de lo que de ahí en más le esperaba.

Las afirmaciones de Santini no terminaron de convencer a los dueños del casino ni a la policía. A los dos los subieron al celular. En el camino, Rita se le acercó y le dio un breve, leve, beso en la mejilla.

Porque luego de llorar ante Rita, algo que lo avergonzó, comenzó a hablar. Y lo siguió haciendo durante mucho tiempo. ¿Cuánto?, lo desconocía, pero habló horas, primero balbuceando, luego con mayor seguridad hasta que al final fue un torrente de palabras, de recuerdos (malos, en su mayoría), de los viles actos cometidos. Fue una suerte de confesión ante la desconocida, esa Rita que preguntó muy poco, que escuchó mucho y que luego le pidió que lo denunciara. ¿A Santini? Imposible.

Pero ella conoció cuanto hicieron. Y lo que se proponían hacer, es decir el loco proyecto de estafar al casino.

Y fue que Rita, sabiendo de sus temores, teniendo la profunda convicción de que nada saldría bien, hizo lo que nunca: entró, por primera vez, al casino desconocido, antro del mal. Y lo primero con que se topó fue con ese hombre, su rostro un tanto alterado por el maquillaje, pero

incuestionablemente él, que estaba tirado largo a largo en el piso de la casa de juego, rodeado de gente.

Se agachó para ayudarlo. Y para sacárselo de encima al mago Santini dijo lo que dijo: «El pobre (a quien terminaba de llamar querido) no tiene la culpa». Para, de inmediato, justiciera, señalar a Santini. «Él organizó la estafa».

El mago había tenido la suerte de no identificarse. «Lo único que quise fue ayudar». E insistió en que no conocía a la persona que había caído al suelo y, de paso, aclaró que ignoraba a qué se estaba refiriendo la mujer, desconocida para él.

Sin embargo, sospecharon. Del desmayado y del atento servidor. Porque Rita contaba, y contaba, y no dejaba de contar, como si las palabras le salieran en tiras de su boca, contaba cuanto habían hecho, supuesta o realmente, esos hombres que sostenían no conocerse (en realidad él casi no hablaba; temía a Santini, era el centro de todo, el resto en ese momento carecía de importancia; Santini podría asesarle una cuchillada en cualquier momento; la habitación era estrecha y él hacía cuanto podía —que era escaso— para mantenerse apartado del mago).

Los sacaron del casino, esposados, casi a la rastra, mientras Santini protestaba y el hombre parecido se mantenía callado. Cuando estaban ya en la puerta de la casa de juegos, fue que Rita logró acercarse a él, «tené confianza, te espero». Y le dio un beso apresurado en la mejilla.

Mejilla que ahora trata de tocarse el hombre parecido a William Macy cuando el vehículo policial en el que lo llevan detenido se bambolea por las calles con baches, lo agita, lo sacude, mientras Santini, que escuchó todas y cada una de las palabras de Rita, le sostiene la mirada.

Mirada y bamboleo le anticipan cuanto le aguarda o puede guardarlo en la cárcel aunque para él, para el hom-

bre parecido a William Macy con su mejilla que siente arder, el resto carece de importancia.

Lo sacuden. Lo vuelven a sacudir. «Rita, Rita», murmura, pero la voz que le responde es ronca, peledora, demuestra enojo. «Levantate», ordena esa voz, ordena esa mano enorme que lo sacude entero. Que le obliga a salir de un entresueño, hasta del vehículo en que lo transportaban a la cárcel. Intenta tocarse la cara pero no puede, su cuerpo está aún muy lejos de sí mismo y no le hace caso.

«Rita», reclama, pero sólo escucha voces de hombres, voces de mando. «Levantate», insiste el que manda, el que tiene voz de fumador. Él mantiene los ojos cerrados, está a medias despierto y a medias sigue acariciándose la cara besada por Rita, besada por Shirley McLaine. «No me duele nada», dice Jack Lemmon. Pero a él le duele todo, porque aunque sí bien su cuerpo aún no responde si se están haciendo presente, y cómo, los dolores. Porque se cayó de largo a largo. Porque comprende que además lo han golpeado.

Abre al fin los ojos y comprueba que aún sigue en el casino, en la habitación sucia y desprolija del casino. Y lo primero que ve, lo primero que penetra en él como rayo, es la mirada asesina de Santini, que continúa sentado en una silla y enmudecido, mientras que él, su cuerpo laxo, permanece en el suelo.

¿Qué pasó, qué pasó?, hubiera preguntado el viejo payaso de la televisión. «Levantate», le exige por tercera vez la voz y unas manos fuertes y pesadas lo colocan en posición vertical, aunque apoyándolo contra una pared para que no se derrumbe.

«Ahora vas a hablar», dice la voz.

No reconoce a nadie, salvo a Santini, salvo a la siniestra mirada del mago, fija en él, posada en él como mirada de ave carroñera.

Se hace preguntas, busca a Rita entre las moles que tiene frente a sí y que no reconoce. ¿No iba a la cárcel? ¿No dijo Rita este hombre organizó la estafa? ¿No lo besó y acarició y prometió esperarlo?

Sacude varias veces la cabeza, tratando de despejar y despegarse, tratando de sentir los pies sobre la tierra al tiempo que se pregunta para qué.

Para qué, porque va comprendiendo.

Como si terminara de cerrársele la última puerta.

Vista en la televisión, una película vieja, gastada, con Shirley McLaine joven y Jack Lemmon, tan joven como ella. Lemmon, que recibe la trompada del cuñado de Shirley, pero de inmediato el beso de Shirley, su infinita piedad. Lemmon, golpeado pero sin sentir golpe alguno. Eso que vio alguna vez y que quedó fijo en su memoria. Que revivió como mentira en su sueño trunco. La infinita piedad de Rita, que sin embargo no ha estado ahí, acompañándolo. Que no ha estado ni estará nunca

Se le trastocó la realidad, cayó en un sueño, vio una vieja película, se contó una historia.

Piensa en Rita. *Jamás estuvo acá.*

«Ahora vas a tener que hablar», le dicen. Escucha lo único que tiene que escuchar.

Un insecto que busca la luz

«El mundo...» murmuró para sí, pero no completó la frase. Miró la hora, esperando que en la puerta del bar se corporizara Fonseca, un deseo que demoraba en volverse realidad.

Aún tenía en el bolsillo el citatorio, al que no pensaba responder.

Habían acordado encontrarse en ese café próximo al bulevar, porque era un lugar poco concurrido y por consiguiente podrían hablar con cierta comodidad. Y Fonseca le pasaría cuanto necesitaba. Ninguno de los dos podía (o debía) exponerse, él en especial, que trataba de escapar cuanto antes.

A regañadientes, extrañando ya tanto, aceptaba lo que estaba viviendo y que, puesto en perspectiva, no dejaba de tener su costado ridículo: él, vuelto un extraño, un extranjero indeseable, en su propio territorio.

Sin embargo, se prohibía ser autoindulgente o criticar a lo que hubiera hecho mal, o lamentar las pérdidas. Para todo eso resultaba demasiado tarde y era además irreparable. Lo que había ocurrido resultaba inmodificable. En cambio se obligaba a proyectar, como una película de breve duración, su futuro. Al mismo tiempo le era imposible imaginárselo. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Con quién?

Aunque no eran momentos de alegría para él, le daba una pequeña satisfacción haber alejado a Mónica. Otra

cosa que lo liberaba era tener sus padres muertos y no contar con descendencia. Claro que temía por parientes y amigos, por lo que les podría ocurrir, pero nada podía hacer al respecto. Era como un terreno resbaladizo y de cierta forma inconmensurable, imposible de controlar.

Fonseca continuaba sin aparecer.

Decidió no concurrir al citatorio porque estaba harto, aunque no era tan tonto como para no saber a qué se estaba exponiendo. Los elocuentes sellos, con letras mayúsculas y en rojo, bastaban para quitarse cualquier duda al respecto. Miguel se lo dijo: «Estás loco», y de inmediato le pidió que no lo visitara más. «Y tampoco me llames».

Fonseca se había vuelto su última esperanza, pero demoraba en corporizarse en el café. Grave, porque tenía mucho apuro. En ese momento debería encontrarse lejos (ah, tan lejos), le aseguraban casa y hasta un presunto trabajo. En París, donde tenía que llegar en unos diez días. Pero poner el pie en Francia, en las actuales condiciones, significaba todo un albur. Las conexiones que había conseguido —con la colaboración de unos escasos conocidos— eran débiles y el paso del tiempo las seguiría debilitando hasta hacerlas desaparecer.

Necesitaba papeles, porque contaba con algún dinero. Escaso, si tenía que pasar mucho tiempo sin trabajo. Ignoraba cómo sería el día siguiente en caso de poder llegar alguna vez a Francia. Las tarjetas bancarias eran inútiles porque no podía operar con ellas y tampoco podía pedirles a los pocos que se animaron a darle una mano (más de uno con evidente reticencia) que se arriesgaran aún más por él. Vivían en una gran cárcel en la que a cada rato se agregaban nuevas rejas.

Después que Fonseca le pasara los papeles debería emprender un largo viaje portando cosas mínimas, para

no llamar la atención. Una estrategia de micros urbanos e interurbanos que lo fueran sacando, primero de la ciudad, luego del país, en cada circunstancia sin estridencias ni llamar la atención, en un viaje que no podía ser interrumpido. El plan lo llevaba a Brasil, donde tomaría primero un avión de cabotaje y luego, desde Río, daría el gran salto a Europa.

Se trataba de su Everest personal, hacer cumbre allá, en el pleno de París, resultaría una odisea, Ulises que quizás nunca volviera a Ítaca. Pensarlo le daba pavor y temía más porque era tímido y desconocía cómo se actuaba en esos casos. Debía hacer esfuerzos para no proyectar en detalle su futuro intentando concentrarse en lo muy próximo, en lo más inmediato, una cosa por vez.

Se engañaba, porque en forma permanente convivía con el temor de fallar, que se sumaba al miedo cotidiano de seguir circulando en una ciudad donde estaba marcado, en la que debía eludir amistades, parientes, conocidos. En cualquier momento irían a buscarlo y si llegaba a ocurrir sus proyectos desaparecerían en un segundo.

Aunque no quería recordar, volvían en forma constante episodios pretéritos, porque el pasado es tenebroso y dictador, tironea tanto en el sueño como en la vigilia.

El pasado repercutía, no de un modo tan envolvente que lo terminara ahogando. Tampoco era semejante a los flash-back del cine, o a esas imágenes que quieren remedar el sueño humano, con sus esfumados y su opacidad. Eran imágenes, sí, pero mínimas, como fotografías vistas fugazmente, o voces sin eco, simples voces que repetían unas palabras, que le recordaban algo, efímeras pero al mismo tiempo poderosas. Calaban hondo en su ánimo: Mónica que abre una ventana, el primo prometiéndole trompadas, el festejo del último cumpleaños de su madre, la cama en la hostería cordobesa, esa siesta, la misma Mónica, mos-

trándole una parte íntima de su cuerpo, incesante (con esa figura no quería toparse, no deseaba volverse erótico, vagar por la sensualidad, tenía que ser espartano, como quien se niega a tomar agua aunque se muera de sed; el ataque podría ser sorpresivo, debía imaginarlo inminente).

Una hora más tarde, el estómago agriado por los cafés que tomó para pasar el tiempo, comprendió que la cita de Fonseca no iba a tener lugar, que su planificado viaje a París terminaba de hacerse trizas.

Había llegado al bar en plena noche, observando a la gente que pasaba, a los coches estacionados, al muchacho que circulaba lentamente en bicicleta por la calle aledaña. Cualquiera podía ser el enemigo que se lo llevara puesto. Daba lo mismo que recibiera balazos en la calle o lo apresarán, de cualquier manera perdería en forma total. Quizás terminara siendo más misericordioso ser muerto en la calle. Miró hacia la cercana avenida.

La cárcel, la idea de la cárcel, también lo estremecía. Sin pensar en las torturas, que formaban parte del menú. Parte del menú... Ignoraba de dónde podía venirle el escaso humor que pese a todo aún persistía. Era su Ítaca. ¿Lo era, realmente? ¿Cómo, si cada paso que daba por la ciudad conocida/desconocida estaba acompañado por el temor, por un miedo preciso, el de ser capturado por desconocidos, subidos a un vehículo, «chupado» de ahí en más?

E impreciso, porque cada cosa que miraba le generaba desconcierto y un miedo indefinido. Un perro, un árbol, una nube, un cartel pegoteado en la pared, una leyenda incomprendible escrita en esa misma pared, la mirada (incisiva) de una vecina, el chirrido de los frenos de un coche, un bocinazo, el tipo que pasa raudo a su lado en una moto (lleva casco, no tiene rostro, puede ser el mensajero de la muerte).

En los últimos días vivió en un departamento que, sin ningún interés, le prestó un amigo después de que decidiera dejar su casa, primer piso de un edificio felizmente sin portero. Pocos vecinos, a los que saludaba con un golpe de cabeza y les impedía franquear su intimidad, precisamente con ese mismo movimiento de cabeza (debía ser un soldado, un samurái, descartar las emociones, los sentimientos; olvidarse de Mónica). El departamento era el refugio último, en el sentido de que nadie le haría otro favor y además tenía una inmediata fecha de caducidad.

En efecto, le había prometido a su amigo dejar el departamento el jueves o el viernes y ya era martes. Todo (que era decir eso mínimo con lo que tendría que haber llegado a París) estaba empaquetado. En realidad, casi ni se notaba que allí estaba viviendo una persona desde hacía unos días. Su amigo no ocupaba el departamento, por eso había escasos muebles y una cama descuajeringada. Aunque pasó frío algunas noches pudo descansar.

«¡Qué!». Su propio grito lo despertó. Temblaba a causa del frío y quedó sorprendido por el dolor extendido que acusaba su cuerpo y por el hecho de haberse dormido en el piso del departamento. Confuso, se levantó y pasó al baño. Ignoraba la hora porque había perdido su reloj en el apuro de la mudanza. Hora de encontrarse con Fonseca.

En la facultad, en lo que podría llamar el comienzo de todo, Ibáñez le preguntó si podía acompañarlo a su despacho. Dejó a Faulkner de lado, trataba de establecer asociaciones entre la literatura del gran borracho con las otras, vernáculos y dependientes elaboradas en esta parte del mundo. Era un trabajo incipiente que en sus planes pensaba que le demandaría la totalidad del año académico pero que al día siguiente, al mismo día siguiente de su reu-

nión con Ibáñez, debió olvidar en forma definitiva, como quien cuelga en el desván un abrigo inservible.

Ibáñez, con su mirada parecía sopesarlo. En ningún momento le hizo preguntas precisas, al estilo de «en qué andás» o «en qué te metiste», pero esas preguntas típicas, de manual, los sobrevolaban en la oficina recargada de libros y carpetas. Le sugirió la renuncia, aclarándole que no lo presionaba en ningún sentido. «Sería lo más recomendable». En estos momentos, quería decir. Y también que una salida sin estridencias resultaría el camino menos costoso. No llamar la atención en tiempos de guardar.

Delgado, siempre nervioso, con los anteojos calados en medio de la nariz, Ibáñez pareció vacilar, como si buscara las palabras adecuadas. «No voy a preguntarte...», alcanzó a decir. Le hizo un gesto con la mano derecha extendida, una especie de saludo con el que en realidad le estaba pidiendo que se detuviera, sin agregar palabra.

«Te firmo la renuncia. Prepará el texto y te lo firmo». Debería haberse sorprendido, pero aceptó con naturalidad que Ibáñez sacara de su escritorio un limpio papel en el que estaban escritos los motivos de su dimisión, con su nombre —y el añadido de su documento de identidad— y su dirección particular. Firmó sobre la línea de puntos.

«Saco mis cosas y me voy». Esta vez le tocó a Ibáñez quedarse callado. También hizo un gesto poco comprensible, pero que él interpretó como una suerte de despedida, que incluía el permiso para que fuera a la sala de profesores a retirar sus escasas pertenencias.

Salió sin despedirse de nadie. La tarde era fresca, había un viento ligero que hacía oscilar las ramas de los árboles, las veredas estaban cubiertas de hojas marrones y secas. Fue pisándolas, haciéndolas crepitar, mientras los árboles parecían murmurarle algo que no alcanzó a comprender.

Extraordinario, lo que propone la existencia. Un segundo antes, tenía numerosos planes para su vida y un segundo después cuanto pensaba se disolvió en el aire, pompas de jabón. Ambicioso, en relación con Mónica. Hasta proyectó comprarse una casa aunque careciera de fondos, un objetivo que tenía su sentido porque planeaba una vida en común con ella. Pero eso y cualquier otra cosa similar ya no estaban más, sus ideas y proyectos han quedado flotando en un aire muy denso, inapropiado.

Miró la hora, porque Mónica estaba a punto de salir de su trabajo. Se apresuró y esperó, apoyado contra la pared, a que ella apareciera. Como no lo esperaba, Mónica caminó rumbo a su casa, ubicada a pocas cuadras. Viviendo su propia película se le puso a la par, diciéndole que no lo mirara y que siguiera caminando. En voz baja, imitando la brevedad propia de un telegrama, le dijo que la esperaba en una hora, en un parque cercano.

Mónica estaba tan sorprendida que no llegó a decir nada. En todo caso, si hubiera querido hablar no la hubiese escuchado. Además nada le hubiera podido decir porque, al minuto, ya había desaparecido tomando por una calle lateral. Suerte que aún Mónica vivía en otra casa y costaría que la vincularan con su persona. Esperaba que hubiese entendido lo del parque, por querer irse rápido de allí y hablar en voz baja no sabía si lo había logrado escuchar. Y, por sobre todo, si había tomado conciencia de las cosas, de la dimensión que terminaban de cobrar.

Como Bartleby, también quisiera decir «preferiría no hacerlo», pero ahí estaba, en el parque, haciéndolo, es decir comprometiéndose, causando dolor, propio y ajeno, al tratar de convencer a Mónica de la necesidad de la separación. Ah, para colmo ella lloraba, no podía contenerse, llanto blando, movimiento espasmódico de los hombros,

leves hipidos, un «¿por qué?», reiterado al que trataba de responder, sin que sus argumentos la convencieran. Comprendible porque ni a él lograban satisfacerlo.

La criatura, de pronto, emerge. Proyecta su sombra sobre el parque y sobre ellos, cubre a fondo la intimidad de ambos y les hace saber que no pueden huir de su influencia. La criatura llega armada de una pala que cava, cava hondo, los sumerge en esa cavidad hedionda, el lógamo, de la que no pueden escapar ni, menos, salir. La criatura, el terror, los paraliza y ciega, les impide pensar con claridad. En realidad no saben qué hacer, ah, tan observados, tan seguidos, tan carentes de presente y futuro.

Hasta que lo decide: «Nos separamos ahora mismo, te volvés a tu casa, juntás tus cosas y te vas lo más lejos que puedas». ¿Pero cómo, pero adónde? Al lugar que fuere, de inmediato, sin volver la cara, adelante, hasta el límite de sus fuerzas y de sus posibilidades.

Se quedaría solo, no quiere que ella se vea comprometida, marcha contra reloj, huida, si se quiere. Mónica se resiste, «no voy a dejarte, no puedo». Es una situación tensa, de verdad desgarradora, tiene que hacer esfuerzos para que ella no advierta que afloja, porque por supuesto que no quiere que se aparte de su vida, pero qué remedio, qué otra alternativa.

De manera que se exige para ser persuasivo: «Escapá, yo le buscaré la vuelta, lejos nos reencontraremos y seguiremos juntos». Una patética expresión de deseos, vaya a saberse qué probabilidades tenían de concretar algo, más bien iban hacia la nada.

Hacia la nada. Le prometieron muchas cosas, pero la ausencia de Fonseca le estaba dando la exacta medida de las cosas. Tanto le costó convencer a Mónica y cómo la

extrañaba ahora, cómo la necesitaba a su lado, ahora. Pero no había más.

Llamó al mozo, pagó y salió a la espeluznante soledad de la calle. ¿Para dónde, para adónde? Lo ignoraba. Era una noche serena, la avenida estaba cercana, cuajada de vehículos, de luces, de estrépitos, que lo ignoraban. No había un árbol, un perro, una persona, que lo tomara en cuenta. «Mónica», dijo en voz alta, las manos en los bolsillos, baja la cabeza, enfocando el suelo. «París», musitó, esta vez para que nadie lo escuchara.

Marchó hacia la luz, como un insecto que busca su extinción.

Graham Greene nunca te traiciona

Uno espera que la traición venga de cualquier lado, menos del lado de Graham Greene.

El que nunca te va a defraudar es el viejo Graham, le decía a un amigo. Aun en sus libros más débiles estará escondido a la vuelta de cualquier página para darte una sorpresa. Una buena sorpresa. Es así, agregaba, el gran Graham Greene nunca te va a defraudar, es de los que no traicionan.

Y, al parecer, el viejo Graham me esperaba en la vidriera de la librería por la que pasé esa tarde para ver las novedades *cuando la pena de vivir se me estaba haciendo insoportable*. Aunque ellas, las novedades, me resultaran cada vez con menos sabor. Lo habitual: las modas y las costumbres que cambian constantemente. Pero esa vez estaba el propio Graham Greene en la portada del libro, una nueva edición de sus imperecederas novelas. Parecía mirarme, serio y al mismo tiempo sonriéndome, como si fuera la Mona Lisa.

Yo presumía de haber leído todo lo que escribió a lo largo de sus fecundos años, pero al título, que aludía a un puerto, no lo terminaba de ubicar. Deduje que podría tratarse de una traducción nueva que le hubiese dado otra interpretación a un viejo título. Viejo o nuevo daba lo mismo. Con su whisky en la mano, el inglés me estaba invitando y de inmediato acepté la invitación.

Tardecita otoñal, nublada y con un poco de viento. Especial para meterse en un café, tomar algo caliente y dejarse llevar mansamente por la lectura. Los cibernéticos e informáticos no saben lo que se pierden, pero así también es la vida.

El *déjà-vu* se hizo presente no bien leí las primeras líneas sobre el hombre que miraba el puerto desde una ventana. Debí haber leído esta novela hace años y por eso vuelve a mí como entre tinieblas, pensé aplicando una figura literaria, apropiada para el momento.

Lo había leído o lo había vivido, tiempo ha. El puerto, que no era el de Londres, se parecía más al de mi ciudad. Así como a un antiguo edificio que describía, pero eso no podía llamarme demasiado la atención porque a lo largo de su vida Greene recorrió las geografías del mundo y sus novelas habían transcurrido en distintos ambientes. Quizás hablara del Paraguay o de mi país. El ambiente elegido, la geografía pero también cultura y costumbres lugareñas, le habrían servido de base para contar otras cosas, más humanas, más profundas.

Pedí un segundo café y miré, sin mirar, a la gente que estaba en el bar. En una esquina Stella parecía observarme. Volví apresuradamente al libro. La imaginación es un desastre cuando se envejece, el mundo se puebla de conocidos que nunca más estarán a tu lado.

Casi le hago caer la bandeja al mozo cuando me servía el segundo café. Porque terminaba de leer en el libro de Greene y en la boca de su personaje las exactas palabras que alguna vez, en otro mundo, le había dicho a Stella. El mozo me miró con cierto aire de preocupación y yo hice un gesto ambiguo buscando tranquilizarlo. Volví al libro mientras continuaba sintiendo sobre mí su mirada preocupada.

Pero la línea ya no estaba allí. Debía encontrarse en la página anterior, me dije, quizás el marcador que era mi dedo había dejado escapar una hoja. Sin embargo, ni en la anterior ni en la siguiente volví a encontrar esas palabras tan claras que alguna vez, como un reproche absurdo, le había dicho a Stella. Otra vez, las confusiones de la edad, pero un recuerdo que esta vez era concreto y relacionado con mi propia vida.

Suspiré, porque la penosa sensación me había hecho faltar el aire. En la tapa del libro el viejo Graham parecía haber acentuado su sonrisa. En la novela el hombre, el personaje, era el típico personaje de Greene, vale decir el pobre tipo que no sabe qué es lo que está ocurriendo, un llevado y traído por fuerzas y hechos que no domina, como el protagonista de «El ministerio del miedo» o, en otro plano, como los antihéroes de las películas de Hitchcock que, distraídos, ajenos al debate del mundo, se ven sorprendidos por situaciones que no pueden controlar y cuyo sentido desconocen.

Una de espías, una de misterios. Pero era Greene, su estilo se deslizaba aquí y allá, como gato experimentado, y a pesar de la traducción.

El protagonista andaba tratando de esconderse por los derruidos galpones del puerto en estado de abandono. Como no terminaba de concentrarme no había prestado suficiente atención a la lectura, por lo que desconocía cómo y por qué el personaje de Greene había llegado a ese lugar, qué se proponía hacer.

Las poderosas imágenes de la novela recordaban a «El astillero» de Onetti. El puerto de la novela del uruguayo siempre me había parecido el de mi ciudad, que cuando yo era joven vibraba por la miríada de estibadores, camiones y buques que cargaban cereales las 24 horas del día

en el verano tórrido y que más tarde (yo ya vuelto hombre maduro) cayó en el olvido y la destrucción. Galpones abandonados y ratas que comían los recuerdos dispersos en su amplia geografía. Ahora se lo ha remozado, shopping y casino, pero esa es otra historia.

Otra vez. La tercera, la cuarta, había perdido la cuenta, pero de nuevo Greene me sorprendía por la afinidad que había en la trama de su novela con cuestiones referidas a mi persona, a mi pasado, aunque ya no se trataba de la línea inexistente (la busqué varias veces pero continué sin encontrarla), sino que en ese momento Graham no me llevaba al equívoco ni tampoco me hacía recordar el pasado. No, ahora se había metido nada menos que con mi personal imaginación.

Porque yo había pensado, con múltiples detalles, el relato del hombre que trata de esconderse en los vagones abandonados de un puerto en demolición. En la vida real, pese a su abandono, el puerto era controlado por la Prefectura, pero en mi relato esos guardias se habían retirado o entrado en una etapa de degradación que los volvía inexistentes.

Por supuesto, no hay certezas, la vida es por definición terreno resbaladizo. Las coincidencias entre el libro y mi vida serían, me dije, producto de la simple casualidad, lo que uno quiere —sencillamente— ver. Quería ver, era posible, analogías entre el mundo del querido escritor y mi propio y provisorio mundo, porque el azar es un dios omnipresente y las coincidencias aparecen en forma constante.

Por supuesto, me estaba engañando, porque ante el asombro el ser humano retrocede.

Era una situación difícil la que llegamos a vivir Stella y yo, esa dependencia de la que no podía desprenderse, esa dificultad objetiva que por mi parte tenía (un compromiso que juntaba lo peor, negocios no demasiados claros

y una confusa y confundida militancia política), demasiados problemas que no podían resolverse y que yo, patético, solucionaba en una novela que escribía exclusivamente en mi mente. El comienzo de la huida empezaba en el puerto abandonado, en un galpón donde encontrábamos provisorio refugio.

Después continuaba la fuga en un vagón del ferrocarril por entonces existente si me ubicaba en el plano de la realidad, en una puerta mágica que se abría y nos tragaba, en el plano de la desenfrenada imaginación.

Aunque a mí no me estaba haciendo patinar el azar, sino el rotundo Graham Greene en su precisa novela. Iba ya por el tercer café y el corazón hacía notar su existencia. Cuando el personaje se dijo que debía encontrarse con Stella cerré el libro de golpe. Sí, golpeé, hice un ruido inusitado que generó una suerte de campana de silencio en el bar. De eso me di cuenta con cierta tardanza, cuando el mozo estuvo a mi lado y ponía mansamente su mano en mi hombro, como si no hubiera para mí otra cosa que la compasión.

No podía seguir leyendo ni quedarme en el café, demasiadas miradas y actitudes que me resultaban hostiles eran dirigidas hacia mí o así me parecía. Busqué dinero para pagar y mientras revisaba mis bolsillos (en alguna parte había puesto la billetera), volví a mirar la tapa del libro. Greene parecía volver a invitarme, su mirada de viejo conocido, su sonrisa amistosa.

Mi plata no aparecía, por ninguna parte. Para hacer tiempo esta vez pedí una gaseosa, mientras me preguntaba cómo resolver la situación. Quizás pudiera ubicar a Raúl, aunque lo que menos deseaba era encontrarme con él y encima pedirle dinero. Pero ambas cosas iban a ser necesarias porque me había quedado sin recursos y odiaba pasar por la humillación de no pagar. Pero el celular de Raúl

estaba apagado. «Llamame», le dije al contestador. «Llamame», repetí el mensaje que le envié por el correo del teléfono.

Era una situación sin salida, decía Graham en el libro, como si estuviera narrando mi exacto presente.

El protagonista tiene extremas dificultades para continuar vivo, está en medio de una vorágine que lo excede e ignora de qué se trata, por qué lo persiguen. Necesita salirse de la situación, pero no sabe cómo hacerlo. Hay una confusión básica: lo que no se entiende, lo que no puede entender. Llamame, es como si dijera el tipo. «Llamame», repito yo.

Como quien en un sueño comprende lo que ocurre, así me pasa. Vale decir que el libro me tiene agarrado, que la magia de Greene ha vuelto a atraparme, envuelto en su telaraña.

Un golpe seco del corazón.

Un hombre de boina y echarpe, que no se quita a pesar de que el bar está calefaccionado, toma asiento en una mesa próxima. Con un gesto llama al mozo y cuando éste se acerca algo le dice en voz casi inaudible. El mozo asiente y luego endereza para el lugar donde me encuentro. Pasa por mi lado rozándome, pero no pide disculpas.

Stella me mira, brevemente. Cuando dos jóvenes con abrigo y sombrero se plantan en la puerta del bar Stella se sobresalta. Yo también lo hago y busco al mozo, que se ha acomodado en la barra, desde donde me observa descaradamente. Más al fondo, hacia el otro lado, están los baños de hombres y mujeres. Stella se levanta y se dirige hacia ese sector. El hombre de boina y echarpe parece a punto de decirle algo.

La puerta que comunica a los baños se entreabre. Graham aparece allí y me hace una señal.

Yo también me levanto, imitando a Stella y sin mirar hacia atrás. Graham dice algo, supongo que pide que me apure. Lo hago, sintiendo pasos detrás de mí.

Graham, que nunca te traiciona, abre más la puerta. Ya casi corro.

En la mesa queda el libro, con sus últimas páginas en blanco.

Cuando la pena de vivir se me estaba haciendo insoportable, es de Luigi Pirandello.

Los paquetes de Adolf Eichmann

Yo, que entonces nada sabía, menos sabía sobre Adolf Eichmann.

Aún hoy, canas, anteojos, leve renguera, me veo haciendo los paquetes, blancos, imperfectos. Horas de horas en ese lugar tétrico, congelado en el invierno, imposible de soportar en el tórrido verano, ubicado en el último piso del enorme edificio, solitario, marrón y casi abandonado, ubicado en la parte extrema del vasto puerto.

Un territorio vacío que golpeaba en mí, dieciocho años, cuando decía escribiré el mejor cuento del mundo para la mujer más hermosa del mundo y en la realidad sólo me limitaba a hacer paquetes.

Ese era el año del sesquicentenario, difícil de escribir y de pronunciar, ciento cincuenta años después de que el virrey español se tuvo que ir del poder y de Buenos Aires. Fue el momento en que, aprovechando esa circunstancia, los israelíes secuestraron a Adolf Eichmann en Buenos Aires.

Daba la sensación de que todo ocurría en la gran capital y que el resto del país era nada más que desierto. Sensación, no realidad, como la que vivía en una ciudad pequeña y distante y casi lacustre en la que hacía paquetes y a medida que los armaba (tan mal, tan impresentables) pensaba en películas, en libros, en lo que quería y deseaba de una manera confusa, pero mi realidad eran sólo los envoltorios que debía hacer para guardar en ellos la memo-

ria de la empresa: números, remitos, pagarés, cartas, expedientes, boletas de depósito. Hablo de un tiempo anterior a las computadoras, de un tiempo de papeles amarillentos que arrojaban mal olor, paquetes que de a poco me iban deformando las manos. Y que terminaron deformándome, en otro bárbaro sentido, la vida que me aguardaba.

Mucha vida, presuntamente, aunque ese puerto, el solitario lugar en donde languidecía jornada tras jornada, la reducían a lo mínimo.

Cuando envolvía los paquetes escritos a mano o a máquina era como si anulara en forma definitiva a los centenares de trabajadores que habían pasado por la empresa, a cuantos dejaron inscriptas sus historias personales a través de los trazos de las lapiceras, de los golpeteos en las antiguas máquinas de escribir o de calcular. En ellos andaron sus estados de ánimo, sus deseos, de éxito o de amor o de venganza (¿por qué no?). Ligerísimas huellas de vidas que amordazaba por última vez, sintiéndome el verdugo que acallaba esas pequeñas voces, reduciéndolas al silencio de los paquetes hasta el momento en que, caprichos del amo, se decidiera su fin: incineración, basura, cenizas, ningún recuerdo. Nada.

Otra cosa: sentía que iba perdiendo mi identidad, careciendo de pasado, presente y futuro. Porque parecía que me congelaba allí permaneciendo eternizado en ese lugar donde el tiempo se esfumaba, condenado a hacer paquetes de por vida. Un punto omega de frustración y encierro que parecía concluyente.

Cuando hacía los paquetes se diluían mis escasos años, los juguetes de chico, la mujer deseada, el cuento aún no escrito, el estudio que había prometido retomar, las conversaciones de casa, el cine, lo que quería ser, lo que nunca sería.

Yo, que nada sabía, al enterarme del secuestro de Eichmann conocí que hubo campos de concentración. Me interesé por el tema, leí, tomé conciencia de hasta dónde puede llegar la maldad humana, hasta qué profundidad la infamia puede excavar.

En esos horarios de charlas con ninguno, de trabajo repetido como si estuviera ante una multiplicidad de espejos, desaparecían mis ganas y terminaba derrotado. Más deprimido y abatido aún me sentía en el viejo colectivo utilizado para llevar y traer a los empleados de la empresa por el puerto, porque el lugar de ingreso estaba lejos del sitio donde trabajaba. Y de esa forma, diluido, caía en la cama.

Dormía mal, con el cuerpo tenso y hasta dolorido. En mis pesadillas recurrentes aparecían los paquetes y de cada uno de ellos salían vocecitas como de animalitos heridos pidiéndome que no los cerrara, «no lo hagas». Eran ánimas que clamaban y gemían y que me hacían despertar antes de tiempo, sudoroso y con conciencia de culpa. Terminaba pidiendo perdón a las paredes oscuras de mi casa.

Con semejante carga retornaba cada mañana al cubículo lleno de papeles y mugre, alejado del resto del personal que terminaba de ser ubicado en las nuevas, flamantes, dependencias. Me tocaba padecer el aislamiento. El lugar era como una sala de velatorios en la que velaba a los pequeños muertos. En la que, de cierto modo, también me velaba.

Cuando llegaban las tres de la tarde detenía la tarea y sacaba un calentador de alcohol, café, una taza cachada y una pava a la que debía dársele la extremaunción, elementos que mantenía escondidos entre los paquetes y que había hecho ingresar clandestinamente (a la pava la había encontrado tirada en el muladar), con la conciencia de que si el jefe, el Gran Dictador, llegara a encontrar mi tesoro

me echaría sin más, pero mi obligación era evitarlo porque en casa necesitaban el escaso dinero que ganaba.

El café era el mínimo respiro que me daba. Después de un tiempo pude comprobar que el jefe se hacía presente de manera irregular, un día sí, otro también, una semana entera ausente, pero que cuando caía por el reducto lo hacía en un horario fijo, cerca de las cinco de la tarde, y por eso me daba ese pequeño lujo, una fórmula para tratar de olvidarme, por unos instantes, de la culpa y la frustración que en ese lugar andaban en yunta. Luego de la ligera pausa, sintiéndome más esclavo que nunca, debía regresar a los paquetes y a las estanterías polvosas.

Cumplía un horario riguroso, propio de colegio de curas o de cuartel militar: de lunes a viernes, mañana y tarde, y sábado por la mañana, quitándome lecturas y juegos y hasta paseos por calle San Martín. Para ayudarme, me decía frasecitas hirientes: por vos tiembla el Kremlin, hay reuniones en París para tratar tu caso, las rubias de Nueva York languidecen por tu causa.

Tenía confusas ilusiones, deseos inconclusos, y proyectos imprecisos, que se estrellaban contra ese ambiente contradictoriamente amplio y opresivo. Debía trabajar con la guardia alta y el oído atento porque era fundamental cuidarme del jefe.

Él era un hombre todavía joven, uno de los dueños de la empresa. No el principal, que también era joven y brutal, pero que jamás gastaría su tiempo en controlarme. El que me había tocado en suerte, en cambio, era obsesivo, necesitaba ver, observar, conducir la empresa con el mayor rigor posible. Parecía una caricatura con sus anteojos grandes y el pelo engominado y aplastado. Hablaba acompañado por tics incontrolables.

«Apúrese», solía decirme, porque para acentuar su autoridad no tuteaba. Sus gestitos nerviosos me intimidaban. Quizás en otro lugar me hubieran hecho reír, pero allí me aniquilaban.

Daba la sensación de ser un muñeco, cuando se movía o hablaba merodeando el tartamudeo. A la distancia me pregunto si era tal como lo recuerdo, pero a mis dieciocho años me resultaba todo eso: muñeco, gestitos, tartamudeo, tics. Su manera de ser y de actuar me tenía intimidado, y más aún por ser consciente de que no era ni un muñeco ni menos un tonto y que a mi menor descuido me echaría. Aparte de que parecía buscar entraparme.

«Va lento», solía decir. Adrede le daba la espalda a las estanterías repletas con los paquetes que había hecho deslomándome. Tantos, que constantemente me dolían las manos. Tanto, que se habían poblado de callos, las tenía siempre enrojecidas, casi a punto de sangrar.

Al irse de mi lugar de trabajo se marchaba sin saludar, golpeaba con fuerza la puerta y una ráfaga de intensa infelicidad se apoderaba de mí, como si el espacio que me concediera la vida se cerrara, como si cuanto me constituyera careciera de entidad, se esfumara, por el simple paso del patrón, por la fuerza que ponía al cerrar la puerta.

Lograba que me sintiera transformado en puro signo negativo. Bastaba con mirar la amplia habitación, observar el puerto desolado, armar los paquetes. Era como sentarse en un rincón, era como estar rodeado de ratas.

En tanto, continuaba oyendo esas vocecitas: no lo hagas, y sentía que me mostraban familias, sueños, entusiasmos, pasaban ante mí con sus hijos, tenían abuelos, amigos, tomaban vino y se mezclaban con sus mujeres, pero trataba de no escucharlos mientras continuaba haciendo paquetes.

Era ya mayo y el otoño había hecho desaparecer el calor habitual de la ciudad. Una tregua, como si la estación del año tuviera el poder de purificar las cosas y eso había terminado afectando mi ánimo, quiero decir que estaba más tranquilo y quizás más distraído. Aunque no eran tiempos de tranquilidad en el país, porque terminaban de secuestrar a Adolf Eichmann y se lo habían llevado a Israel y, como dije, me interesé y supe más sobre él, y los campos, y los crímenes, y los nazis.

De ese modo, como asesino en el campo de concentración, comencé a ver a mi jefe, al dueño de la cárcel en el que permanecía encerrado casi todo el tiempo.

Pensaba en Eichmann y me disponía a tomar el café cuando de súbito, en el inusitado horario de la siesta, el jefe abrió la puerta de la oficina con tal fuerza que me hizo saltar la taza. Me sentí ladrón sorprendido en pleno robo, paralizado, sin atinar a nada. El fuego ardía en el calentadorcito y él, emperador, observaba mi tesoro escondido, puesto al descubierto.

No supe qué hacer, cómo explicar lo inexplicable. Sentía la cara enrojada como adolescente sensible. Permanecía quieto, con el paquete de café en la mano mientras el agua de la pava comenzó a hervir y mi torpeza me llevó a tratar de acallarla dándole un manotazo. Al notar que me quemaba grité y sin conciencia clara de lo que estaba haciendo derribé el calentadorcito encendido.

Recuerdo muy mal lo que ocurrió, salvo que yo continuaba gritando y que el fuego del calentador de inmediato se propagó con facilidad porque, aparte de los papeles, el resto era madera, de las estanterías percutidas, del piso, del viejo edificio que se volvió un infierno.

Cuento esto pasado tanto tiempo y por eso puedo discernir, precisar un poco más (aunque nada será definitivo),

pero en aquellos momentos el lugar se había tornado grito, fuego y horror. Mi jefe se asustó al verse rodeado por las llamas e intentó salir, pero tomó por un camino equivocado. Pronto estuvo ahogado, pronto el humo le tapó la visión. Comenzó a retroceder y se dirigió, de espaldas, hacia la gran ventana abierta.

Que por la temperatura debía estar cerrada aunque no fue así. No fue así.

Nada intenté pero, él, igual, se asustó más todavía. Hoy me digo que debe haberme visto como si me hubiera vuelto el Diablo, rodeado de fuego y humo.

También (y esto no se puede repetir), creo que debe haber sentido el aliento de las pequeñas almas ahí alojadas. Tiene que haber sentido la letra, el trazo, el ánimo, cuanto me había ordenado amordazar y matar. Y retrocediendo cayó y se estrelló contra el patio mientras el fuego crecía y yo, horrorizado, ahogado, buscaba la salida que conseguí encontrar antes de desmayarme.

Después del incendio no quedó nada del edificio. A mí, luego de que me recuperara, me hicieron responsable del siniestro y, también, de la muerte del dueño. Sin embargo, no hubo condena alguna sino un acordado despido y un estigma que hasta hoy me acompaña. Hoy, cuando mi juventud es nada más que un debilitado recuerdo.

Fue un accidente y nadie en realidad tuvo la culpa. El hombre de los tics y las exigencias se mató por obra de la casualidad y cuanto he pensado de las voces y los destinos truncados no ha sido más que obra de la imaginación de un muchacho que aún no se había despojado de su adolescencia.

Nada de eso ignoro y sé que así ocurrieron las cosas, aunque en lo profundo de mí no dejo de saber, también, que

mi Eichmann personal recibió su castigo de parte de esas vocecitas que clamaban como en campo de concentración.

Eichmann, al verme con el brazo levantado, como si lo saludara, quizás quiso también saludarme mientras retrocedía, buscando una salida. Mientras lo hacía, mientras me parecía verlo con su traje militar, gritando en un alemán gutural, dando órdenes insensatas, la ventana abierta lo aguardaba.

Me quedé mudo, quieto, observándolo ir hacia la muerte, sin hacerle la menor advertencia.

La mirada de Juan Prado

Vi a Juan Prado manejando una camioneta destartalada. Fue tal mi sorpresa que casi me atropella un auto. La culpa se debió únicamente a mí y por eso no me enojé ante la catarata de insultos del conductor que tuvo que maniobrar para evitar chocarme. No le podía explicar lo que me terminaba de pasar, por supuesto. En tanto, Juan Prado y su camioneta imposible ya habían desaparecido de mi vista.

Quiero que lo entiendan: hablo de Juan Prado, el abogado, algo más de cincuenta años. Exacto, el mismo. Siempre luchando con el sobrepeso, su sombra, pero tan atildado, tan pulcro, tan cuidadoso del detalle. Dueño de coches impecables, relucientes. Los cambiaba todos los años. Hasta dos veces en menos de trescientos sesenta y cinco días, cuando los casos que defendían le salían bien. Estancias y edificios y empresas mudaban de mano y él se quedaba con una buena parte. Motivos tenía para festejar. Y solía festejar bastante seguido.

Pulcro, cuidadoso, brillante en lo suyo. Casado con Bettina, padre de Juancito y Justina. Hacía poco tiempo se habían mudado a un coto privado, así yo los llamaba quizás con un poco de resentimiento, quiero decir a un barrio con custodia que —sostenían sus habitantes— les permitía dormir en paz. Males de la época. Ninguna novedad.

Su radio de acción era circunscripto y previsible: tribunales, estudio en la zona sur de la ciudad, su casaquinta

en el country, la de la costa, el departamento en Punta del Este, periódicos viajes a Europa, a veces al Caribe aunque no le gustaban playas ni pieles tostadas. Mucho menos confundirse con la muchedumbre.

Por eso me llamó tanto la atención ver a ese segundo Juan Prado conduciendo una camioneta con la pintura corroída, marchando a los saltos y acarreando las protestas de un motor a punto de morir. Un Juan Prado despeinado, sudoroso, mal vestido —una remera vieja, que acusaba manchones de pintura— y, encima, una gorra de las de beisbol, puesta al revés, como remedando a un camionero norteamericano.

La explicación era, obviamente, elemental: un tipo parecido, de los tantos con los que nos tropezamos en la vida, un remedo de Juan Prado que, con toda seguridad, sería totalmente distinto de él, si existiera la remota posibilidad de juntarlos. Algo tan común. Aunque la respuesta no me cerraba, no terminaba de cuadrar. ¿Por qué? Por la mirada decidida, fría, especuladora, del camionero. Que era la misma, la mismísima mirada de Juan Prado. Esa mirada que yo, muy en la intimidad, llamaba mirada exterminadora.

Además de quedarme la idea, demasiado pedestre, de que en el breve segundo en que intercambiamos miradas el émulo de Prado pareció sonreírme. Y hasta me guiñó un ojo.

Ideas, confusiones. Reconstrucción anómala de la realidad.

Respecto de ella, de la realidad, lo que importaba era que por esos días se hablara tanto de Juan, de la sorpresa que significaba que, al fin, y luego de mucho insistirle, hubiese aceptado incursionar en política. No de manera directa, porque Prado era muy de tomar precauciones cuando se trataba de asumir compromisos públicos, pero sí de una forma digamos sesgada y más adecuada a su personalidad: recibir el visto bueno del gobierno de turno para ingresar como

juez. Para iniciar, pasados los cincuenta años, una demorada carrera judicial que en su caso prometía ser meteórica.

Porque Juan se destacaba: inteligente, eficaz, certero. No tan sabio como aparentaba, pero muy hábil para colocarse bajo las luces más beneficiosas, maestro para ubicarse en un primer plano y relucir. Igual que un animador de televisión, aunque en su caso casi nunca sonriera porque no se correspondía con el papel que le tocaba representar, un papel en el que debía mostrarse cauto, constreñido, sereno, porque era lo que correspondía.

Nos conocíamos desde muchachos, parentesco lejano que justificó mi presencia en su estudio cuando me vi necesitado de trabajo. Allí duré poco, porque Juan era exigente y arbitrario, no le gustaba que le discutieran y mucho menos que quedaran expuestos sus errores. Incurrí en ambas equivocaciones hasta que me fui. Sin peleas, pero tampoco con amor.

Seguimos viéndonos, pero a la distancia. Aunque no fue aquello de la vieja canción de mis harapos con su esmoquin se rozaron al pasar, tampoco podía decirse que pisáramos la misma vereda. No lo hacíamos. Amigos en común, tías que cada tanto se morían y nos obligaban a concurrir a sus velatorios, nos ponían en contacto. Leve, leve, porque él era un astronauta y yo un ser común que sencillamente sobrevivía, momento a momento, en un mundo complicado.

Muchas veces me preguntaba cómo lo lograba Juan. Porque era un gran esfuerzo, siempre lo es, exhibirse en la vidriera de manera permanente. No podés ni siquiera comer tranquilo, es como estar rindiendo examen todo el tiempo. Una vez, en una fiesta extraña y sorprendente, vi comer a una diva, una antigua dama del cine, popular, famosa. Ah, cómo se cuidaba, bocaditos mínimos, conversación cuidadosa para que la boca no la traicionara y esa

traición pudiera terminar siendo inmortalizada por alguna cámara cruel.

Juan Prado no llegaba a tanto, no era un divo, pero a escala local desempeñaba un papel relevante. Aparte, odiaba perder, algo que pude comprobar a lo largo de los años. Y más que perder, lo que rechazaba era quedar en evidencia, ser descubierto en alguna falta.

Como digo, la representación cotidiana a la que tanto se exigía no resultaba una tarea fácil ni sencilla.

Por ese tiempo leí un cuento de Bioy, en el que un padre intentaba que todas las cosas se repitieran, día a día, cada acción, cada hecho, por mínimo que fuera, con la intención absurda de impedir el paso del tiempo. Gran cuento. Algo similar, pensé entonces, ocurre con Juan, aunque él no quiere que el tiempo se detenga. Lo que sí busca, intenta, y logra —me decía— es que el cuadro quede fijo, como una fotografía. Que nada desentonara ni hubiera el menor desequilibrio. Que en forma permanente se presentaran las mismas texturas, los mismos reflejos dorados.

Resultaba difícil lograrlo, porque se trataba de un trabajo a tiempo completo. Y de él debían participar cuantos estuvieran dentro de su órbita. Porque de cierta manera, Juan era el centro. Un sol que debía ser tomado en cuenta, porque cuando no se lo hacía lanzaba sus llamas fulgurantes. Lanzaba su mirada criminal.

Cómo la sentí, a esa mirada, en el corto tiempo en que trabajé con él. Cómo me arrepentí haber aceptado ingresar a su sanctasanctorum. Allí cada cosa se encontraba fija, quieta, todo era seguro y así cada cosa en particular y el conjunto arrojaban los resultados esperados. Muchos (yo el primero), no lograban resistirlo. A lo largo de su vida supe de amigos que perdió, de socios que se alejaron, hasta de clientes que prefirieron contar con un abogado menos

eficaz, pero también un tanto más humano, que no fuera tan rígido y exigente. Que tuviera algunas fallas, me decía a mí mismo.

Cada tanto, Bettina entraba en crisis (de esas cosas uno se termina enterando) y debía ser internada, los spas curan los males de nuestra época. De sus hijos, Juancito había ingresado al estudio de su padre y sin duda se haría cargo de él cuando Prado empezara a hacerse sentir en la Justicia. Los chicos, ya no tan chicos, a veces también resbalaban. Imagino que Prado sería terrible en sus correctivos. El hijo debió haberse enderezado. De la hija, al parecer, en el último tiempo no había noticias claras ni directas.

Allá él, me dije, esa tarde cuando me sentía especialmente sensible, vaya a saberse por qué (en realidad lo sabía, pero decírmelo, aclararlo, no tenía consistencia, las cosas ocurrieron, pasaron y nada quedaba para agregar). Caminé sin rumbo, aunque sabía que me esperaba el bar en el que suelo recalar. Recalar es una palabra para viejos, habla de barcos, habla de viejos marineros que terminan en algún lugar definitivo porque ya no tienen dónde ir. Eso también lo cantan las viejas canciones.

Recalaría entonces en el lugar acostumbrado, tomaría cerveza, me dejaría llevar. Los recuerdos suelen imponerse, no son gratos casi nunca, pero ahí están.

Terminé, claro está, en una mesa de ese bar, en la vereda, en un lugar ligeramente aislado. Cerveza, maníes, algún sándwich, otra cerveza. Atardecía, música de vehículos atravesando los puentes, peatones, gente que hacía gimnasia, alumnos que regresaban de la cercana universidad. Las luces que distribuyeron claros y sombras para cada quien. La luna, allá, estrellas. Un buen cuadro para el momento melancólico del final del día.

Llegaron. Un grupo de voces estridentes y algunas carcajadas. Casi todos hombres. Reconocí de inmediato a Juan Prado, centro de todas las atenciones. Se sentaron cerca de donde me encontraba. Los mozos, solícitos, arrimaron mesas y sillas. De inmediato aparecieron las bebidas, que en este caso no fueron cervezas sino gordas botellas de champaña. Festejo a la vista.

Debían haberle aprobado el pliego de juez. De ahí a la luna, que parecía contemplarlo, quizás aguardarlo. ¿Quién podría interrumpir su camino hacia la gloria? El mozo, un poco más tarde, me confirmó la designación.

Celebraron. Alguien, entre carcajadas y bromas zumbadoras, elogió a Juan y cayendo en los lugares comunes le pronosticó el futuro espléndido que le auguraban. No era mi fiesta, pero a la distancia levanté el vaso vacío de cerveza. Al fin de cuentas, lo había logrado. No podía contarse el número de cabezas que debió cortar, que debería seguir cortando. No quedaba bien. Juan agradeció y los brindis se sucedieron.

Pasó un rato más. De a poco, los amigos y admiradores de Juan se fueron retirando. Sí, era hora de marcharse. Había comenzado a levantarse viento, un viento que pareció apurar las cosas.

Hora de irme, ¿pero dónde? Pedí otra cerveza mientras observaba que, hacia el sur, las nubes empezaban su convención. Justo cuando me disponía a llamar al mozo, alguien se sentó en mi mesa: Juan. Sorpresa total.

—Te reconocí a duras penas.

Había quedado solo, al final de cuentas. Pero como yo, y pese al cambio de clima, tampoco parecía tener apuro en marcharse. Los mozos se miraban entre sí y de a poco fueron entrando mesas y sillas vacías. El viento aumentó. Quizás tuviéramos lluvia.

—Felicitaciones —le dije, sin entusiasmo.

Juan hizo un gesto vago que, por indefinido, no llegué a interpretar. «Sabés cómo son estas cosas», dijo un poco después. El viento había comenzado a envolvernos.

—Llegaste hasta acá, llegarás más lejos —dije o intenté decírselo. Había algo ligeramente desacomodado en ese momento, quizás por el clima que se iba descomponiendo, quizás porque hacía demasiado tiempo que no conversábamos. Quizás porque ya no teníamos nada para decirnos.

—Sí, es posible —me contestó luego de un momento de silencio. El viento no parecía molestarlo. Pulcro, limpio, afeitado, corbata flamante, de seda, carísima, traje recién puesto. Cada cabello en su correcto lugar.

Los mozos nos miraban con impaciencia. Se lo hice notar a Juan, pero no se dio por aludido. El poder conseguido también pasaba por ahí. Si él se aguantaba, que lo hicieran también los demás. Yo, incluido.

—¿Cómo lo hacés? —le pregunté, al fin, aunque no sabía si llegara a entender el sentido de mi pregunta, de lo que quería transmitirle.

Juan Prado clavó en mí su mirada inmisericorde, la misma mirada con la que desde siempre observaba, controlaba, el mundo.

El viento se arremolinó. Quizás le entró una basurita, quizás fue su intención, pero lo concreto es que pareció guiñarme un ojo.

Una sonrisa se le plantó en la cara. El viento comenzó a despeinarlo y, de alguna manera, también empezó a cambiarle la facha, su propia ropa, la lluvia que cayó sobre su ropa descuidada se confundió con lamparones de sudor. Casi le vi la gorra colocada al revés.

Sonrió más abiertamente, exhibiendo un diente oscuro en su dentadura siempre pulcra, brillante, casi perfecta.

—Mientras aguante el camioncito —me dijo, susurrándome, mirándome hasta el fondo de los ojos con su mirada única, cómplice.

Exterminadora.

«Cuánto se me hizo rogar»

I

Era, como suele ocurrir, un año difícil. Ocurrió unos meses más tarde de que Mandela fuera electo presidente de Sudáfrica y de ese modo se reescribiera la historia del mundo. A su vez, sin tener nada que ver con Mandela, fue en esa misma época cuando la propia historia personal del publicista iba a dar un vuelco. Había pasado la mitad de diciembre y este hombre continuaba buscando esa patraña que nos contamos: el sitio donde al fin pudiera descansar.

El vendedor de loterías se volvía impaciente porque no lograba sacarse de encima el último número que parecía pegarse cada vez más a sus dedos. Esto ocurría muy lejos de Sudáfrica, cruzando el Atlántico, donde reinaba el calor y los negocios ya exhibían los regalos para la cercana Navidad, así como globos de colores, guirnaldas, adornos. La música estallaba en los comercios y la gente antes de comprar lo pensaba mucho, sacaba sus cálculos, porque la escasez había vuelto a expandirse como plaga.

—Señor, el último que me queda, el 33413.

El vendedor de loterías colocó el billete ante los ojos del publicista y fue que éste —al advertir la terminación fatídica (para él fatídica, al menos en ese momento, de total retroceso)— se sintió mal y los brazos se le volvieron pura piel de gallina. Lo habitual en él era descreer de las supers-

pciones, pero la sensación de pérdida había penetrado tan hondo en su ánimo que si un gato negro se le cruzara por delante, o si viera una escalera abierta en mitad de la vereda, o se le hubiera roto un espantoso espejo, o un vendedor de loterías pusiera ante sus ojos el fatídico *número 13*, en esos momentos le resultaban las nítidas marcas del verdadero, definitivo camino que le aguardaba (cómo se achicaba, cómo no había retorno).

En la agencia tenían más proyectos que trabajos concretos. Poco y nada aparecía para compensar lo malo de los últimos meses. *Todo se junta, todo parece juntarse*, se decía, retórico, teniéndose profunda lástima.

Joaquín lo esperaba con cierta ansiedad:

—Te presento al señor Llano.

—Llanos —corrigió el desconocido—. Enrique Llanos.

—Te dejo con el señor porque me está esperando gente en mi oficina —dijo Joaquín; otro acreedor, sin duda—. El señor Llano tiene un proyecto importante.

Le hizo una señal, como al pasar, que era pedirle un tratamiento bondadoso, con mínimo cuidado, para que no se le escapara.

—Enrique Llanos —repitió el hombre. Llevaba puesto un saco de invierno a pesar del gran calor que reinaba en la ciudad. El desconocido remarcó la *s* final de su apellido mientras le extendía su regordeta y blanda mano que él apenas si apretó, aunque sintió el tosco anillo que llevaba en el dedo medio (¿en la mano derecha?).

Al publicista el visitante le hacía recordar a ese actor petiso, talentoso, norteamericano, ¿Evita, De Vita?, con un poco más de pelo y con miradita ladina. De Vita actuaba como si diera pasos de comedia.

Atenderlo era su obligación, porque Aurelia, la socia, había salido y no quedaba nadie más, salvo el cadete que hacía ruidos en la cocina. Quizás ya hubiera roto un vaso o un pocillo, fiel a su costumbre. ¿Lo era? Se movía con puros preconceptos.

—Pase a mi oficina, por favor.

Aunque mantenía las formas, era imposible disimular el empobrecimiento de la agencia. En su escritorio se amontonaban legajos y dibujos, esquemas, gráficos, revistas, fotografías que le había dejado Raúl proponiendo una imposible campaña. Todo viejo y amontonando polvo. Se le ocurrió convidar a Llanos con un café, pese al calor, porque un café suele ser preámbulo modesto pero efectivo para aflojar tensiones y crear un clima propicio para el diálogo.

Llanos rechazó el café con energía, como si lo hubiera insultado. Continuaba mostrándose incómodo y en un momento, un vuelo de mosca, le dio la sensación de que el hombre esperaba de él algo concreto, una acción determinada, una respuesta que le era desconocida.

Desde la calle llegaban los sonidos propios de la fiesta próxima. Escuchó o le pareció escuchar otra vez al vendedor de loterías. Tuvo confusa conciencia de vivir algo ya experimentado, pero al mismo tiempo imposible porque se le presentó la imagen de De Vita, De Vito, amenazándolo.

Trató de tranquilizarse y de no dejarse llevar por la simple impresión. Se encontraba así, se decía, a causa de las nubes que iban cubriendo su existencia. Pura palabrería, por supuesto, pero al mismo tiempo una realidad. Al menos, su realidad más profunda. Distraído, insistió con el ofrecimiento de café, pero Llanos esta vez no pareció darse por enterado porque hablaba como si continuara una conversación ya iniciada:

—Estoy lanzado.

Observó su anillo de oro, grueso como vieja moneda, con una inscripción en relieve que no entendió. Una herencia, a lo mejor.

Llanos contó: «Tengo un negocio en la avenida, al norte, bien colocado, no da mucha plata por ahora, aunque para mí es el comienzo de una cadena. La idea es la de ir poniendo de a poco sucursales. Crecer, mi amigo».

Dejó de mostrarse reservado, hablaba a borbotones. Concluyó, como quien remata un discurso: «Renovarse es vivir».

El ventilador sólo a medias movía el aire pesado de la habitación. El aire acondicionado estaba ahí, muerto, imposible de usar por los costos. Sí, caída a pique.

—Café, no, con este calor... —dijo Llanos en forma sorpresiva, como si manejara un tiempo personal, distinto, en el que todo estuviera ralentizado. En cambio, el publicista sostenía la idea, poco científica, de que el calor se combatiría mejor con un café, pero evitó hablarle de teorías y preferencias porque no deseaba que por un hecho trivial la agencia perdiera otro cliente.

—Lo entiendo. Un negocio.

Se sintió un tonto buscando el tono conciliador. ¿Qué le podía proponer, al fin de cuentas? Tandas radiales, o contratar publicidad por esos altoparlantes que se colocan en las esquinas de las avenidas que sólo aturden, o imprimir folletos para distribuir puerta a puerta y paremos de contar. Nada de televisión, nada de campañas caras e imposibles.

Era mucho más escéptico que Joaquín, porque serían cinco de gastos y cinco de ganancias, si las hubiera por milagro. Con el visitante seguro que no saldrían del pozo. Llanos le resultaba un bostezo, una nueva torpeza en un mundo muy provinciano.

De cualquier modo debía atenderlo bien: «Si desea una gaseosa se la hago traer».

El aire del ventilador resultaba escaso y la presión parecía haber descendido como si buscara quitar el oxígeno a la habitación, al mundo entero.

—No, gracias —le contestó el hombrecito con una sonrisita que juzgó cínica y se quedó callado, como esperando que él continuara el juego, que moviera sus piezas.

Parece esperar de mí algo en particular, pero no sé qué puede ser.

El publicista habló entonces de lo que sabía, proponiéndole al visitante una campaña, corta y agresiva, «aprovechando las fiestas», de bajo precio, «es lo que da buenos resultados». Después se agregarían otras iniciativas. Le enseñó dibujos y bocetos: «Los adaptaríamos a su negocio, a su estilo». Remató con la amplia sonrisa que habitualmente convencía a los clientes, pero que en este caso pareció aumentar la desconfianza de Llanos y que no hizo más que incrementar su propia infelicidad.

Escuchó al vendedor gritar en la calle y cuando comprendió que iba a repetir el número fatídico invitó en voz alta (y ridícula) a hablar a Llanos, a que se explicara mejor, y otra vez se vio interpretando la comedia con De Vito: dime qué te ocurre, qué quieres de mí.

El hombrecito pareció dudar ante la cháchara y las palabras grandilocuentes. Observándolo con un detenimiento excesivo (imprudente) comprobó que el visitante era muy peludo y que largos vellos se escapaban de su camisa. De Vito hizo un gesto de vago temor, o de una inconfesa desconfianza, hasta que por último pareció decidirse y contó:

—Escribí algunas cosas, ideas que uno tiene. Se lo muestro —propuso y sin esperar respuesta sacó un papel de su más que manoseado portafolio. Leyó: «Regalería

Llanos / para recordar al hermano»; «Madre sólo una hay / regalería igual».

Aclaró: «Son frases sencillas dirigidas a la gente común». Las frases hacían reír de tan ridículas. El publicista logró reprimirse, pero no evitar la sensación de incomodidad que le acompañaba en esos días y que Llanos contribuía a acrecentar.

—¡Qué calor! —exclamó de pronto, sorprendido por su actitud, agitado, casi gritando. Se levantó de golpe sin saber bien qué estaba haciendo. Trató de calmarse pero más se exaltó, lejos de la seguridad con la que se movía en la agencia, conocedor de la materia, casi psicólogo de sus clientes. Se trataba de sensaciones, de aquello distinto que le transmitía Llanos y que le causaba gran malestar.

Al mismo tiempo no sabía cómo hablarle sin provocarlo ni, menos, producirle molestias. Se sentía situado en un lugar diferente, como si se desconociera, hasta el punto de llegar a buscar los cigarrillos que no tenía porque no fumaba. Llanos hizo un gesto de contrariedad:

—No le gustaron.

—De ninguna manera... Quiero decir... Déjeme sus datos, creo que una visita al negocio ayudará. Después podemos acordar la publicidad que más convenga.

Trataba de hablarle con el lenguaje técnico que habitualmente le servía para envolver a los clientes.

—Iremos a verlo —proclamó como si fuera Napoleón a punto de invadir Egipto. En realidad no se proponía visitarlo, sólo deseaba que De Vito se fuera de inmediato. «La empresa está para eso», agregó, comprendiendo que no lograba impresionar al visitante y que las palabras le salían debilitadas, lánguidas como si no tuvieran huesos. No sabía por qué actuaba de esa manera, aunque lo importante para él era que Llanos desapareciera de su vista, que dejara de resultarle una suerte de amenaza.

El hombrecito, en apariencia resentido, guardó en silencio y con extremo cuidado sus papeles.

—Ya nos veremos —prometió, ambiguamente.

II

Aunque intentó ocuparse de otros asuntos en la agencia, Joaquín se mostró insistente:

—No lo podemos perder. Imagino que empezamos con él y después seguimos con los negocios de la avenida. Más tarde copamos todo el norte de la ciudad.

Y después continuar sin freno hasta Alfa Centauro. Deliraba, por supuesto, pero no encontró argumentos sólidos para rebatirle su infantil sueño de la felicidad. Intentó que Aurelia, o el propio Joaquín, se ocuparan de Llanos sin lograrlo, aunque en lo íntimo de sí sabía que, como una sombra, le aguardaba el territorio de De Vito.

Se demoró con pretextos diversos en hacer la visita, hasta que muy cerca de la Navidad Joaquín le preguntó por el cliente. Ante su respuesta, nada convincente, Joaquín le recordó que él era, de los socios de la agencia, el principal y le aclaró que en definitiva le estaba dando una orden.

—No lo podemos perder, insistió, con la evidente intención de suavizar las cosas.

Quedó molesto por habersele recordado su papel de segundón, pero terminó aceptando hacer la visita porque tenía conciencia de su responsabilidad y de que el cierre de la agencia estaba a la vuelta de la esquina. Y que si eso se producía iba a terminar depositado, sin anestesia, en plena calle.

Así que en el autito *Unión* que debería haber jubilado hacía décadas, con mucho calor porque el coche carecía de la originalidad del aire acondicionado, se dirigió a la avenida del norte con sus baches reiterados y sus semáforos ausen-

tes, hasta arribar a un negocio en el que en vez de Llanos se encontró con una mujer más que gorda engordada y maqui-llada en el límite de lo aconsejable, esperando a los clientes que, tal como preveía, brillaban por su ausencia.

La mujer lo miró en forma provocativa, exagerada como una caricatura. Tuvo la sensación de estar ingresando a un burdel, como si la desconocida fuese la madama y detrás de las cortinas se encontraran otras mujeres esperando clientes.

—Enrique tuvo que salir —le informó hablando con mohines y confianza de amante.

—Volveré en otro momento.

—¿Yo le puedo ser útil? —Se cuidó de no contestarle con una grosería, porque ante sus palabras tuvo la sensación de que la mujer se le estaba ofreciendo o bien que intentaba venderle alguna cosa prohibida. Sí, se le exhibía, aunque de súbito lo miró de otra manera y fue como si el rostro se le hubiera transformado, como si recuperara la desaparecida joven que alguna vez debió haber sido, aunque la sensación resultó efímera.

—No, gracias. Debo conversar con él.

¿Qué le estaba pasando? Se sentía aturdido. Las mercaderías expuestas le parecieron propias de un *pornoshop*, ablandadas como si un baño de humedad las hubiera resentido. Y no encontraba (¡de nuevo!) las palabras adecuadas.

—¿Para qué lo busca? —La mujer parecía estar a punto de bailarle la danza de los siete velos.

—Negocios —logró responder—. La agencia... Su torpeza lo sorprendía, por alguna razón la mujer lograba intimidarlo. Se sentía derrotado de antemano por su perfume fuerte y la mirada (¿lasciva?, ¿tímida?, ¿dolorida?) que le dirigía.

—En otro momento vuelvo. O, en todo caso, llamo.

Le costaba hablar, articular cada palabra. La mujer, a su vez, pareció tan sorprendida como violentada. Le dio la

sensación de que quería contarle (confiarle) alguna cosa, pero otra vez terminó imponiéndose la imagen de la buscona. Aunque también parecía que estaba interpretando un papel, como de guion de una mala obra teatral.

Se retiró casi sin saludar y subió al autito, muy disgustado consigo mismo, retornando por la avenida buscando el centro, casi sin darse cuenta.

Cuando arribaba a la agencia comprendió que Llanos, de tenerlo, no le había dado su teléfono. ¿Debería volver?

Durante varios días se resistió, pero una mañana tuvo ante sí la imagen de los socios y el cadete mendigando en plena Navidad. De manera que, esforzándose, decidió regresar.

III

En el viaje fue advirtiendo que el auto respondía mejor, también que él mismo se sentía distinto, un tanto más distendido. A la avenida la encontró con menor cantidad de baches y —más aún— menos agitada, como si de pronto la gente hubiese decidido tranquilizarse, aquietando ánimos y acciones. Se detuvo para dejar pasar un carro de verduras. Tuvo sensaciones bastante claras y otras más, imprecisas.

Volvía con mucha prevención al negocio, pero al llegar a la *regalería* ésta no le resultó igual. Se hallaba, obvio, en la misma esquina, pero parecía haber modificado su aspecto al que encontró más acogedor y con mercaderías menos vulgares, como si el ambiente sofocante se hubiera esfumado.

Al ingresar a la tienda no tuvo la impresión de hacerlo a un burdel. Se sentía bien, como quien va reponiéndose de una enfermedad. La mujer joven que se encontraba atendiendo era muy distinta de la de la primera vez, aunque

tenía un ligero parecido físico, como si fuera la hija o la sobrina. *A esta chica la he visto antes*. Parecía conocerla de algún otro lugar. Registró en lo profundo de sí una rara sensación de calma, de la ansiada tranquilidad que no hallaba por ninguna parte. El reposo del guerrero.

Tuvo pensamientos tan ansiosos como confusos, pero logró sobreponerse y preguntar por Llanos.

—No lo conozco —respondió la chica.

Comprobó que en el negocio prevalecían los juguetes comunes, casi artesanales: baleros y trompos y rompecabezas y soldaditos de plomo, algún triciclo, escasos y pequeños árboles de Navidad. La chica mantenía prendida la radio, Los Plateros cantaban *Only You*.

—¿No es Enrique Llanos el dueño de este local?

—No, está confundido. Aquí vivimos sólo mi papá y yo.

Verificó la dirección: era la misma, pero el negocio había cambiado y no únicamente por su ¿distinta? mercadería. Se impacientó:

—No sé su nombre... («María Cristina»), María Cristina, puedo estar equivocando el nombre, pero este señor Llanos (se lo describió) podría ser su padre.

—No, no es él. A ese señor no lo conozco. Lo siento.

María Cristina le hablaba con amabilidad y paciencia, parecía estar muy atenta a sus palabras. Hizo referencia a su padre, lo describió a su vez, alto y flaco, de cierta edad y un tanto indispuerto en ese momento, de ahí que ella estuviera atendiendo el negocio.

—Está equivocado. Es probable que se trate de otro local, de esta avenida o de la próxima.

¿Se equivocaba? Pasaban tandas publicitarias por la radio, «*Rinso lava más blanco*». Miraba a la muchacha que —de improviso— se le volvió la gorda a punto de exhibir sus pechos, aunque de inmediato tornó a ser una María

Cristina de ojos sorprendidos, casi asustada: «¿Señor, le pasa algo?».

Le pasaba mucho porque nada encajaba. Comprendió que resultaría inútil insistir. No podía reclamar que le exhibiera al padre enfermo.

—Debo haberme equivocado —aceptó de mala gana, molesto porque parecía que alguien se le estaba burlando. Se sentía en medio de una situación extraña que no terminaba de comprender.

Resignado, sin ganas de dejarla, como repitiendo la letra de una muy antigua canción, saludó y se fue.

Y así como se sentía distinto, menos dolor en las piernas, menos fatiga en el cuerpo, el coche también le resultó diferente, fácil de manejar, como si fuera nuevo, como si terminara de salir de la fábrica de Sauce Viejo, cerrada mucho tiempo atrás. Hasta los rieles del tranvía se veían relucientes, dándole la sensación de que aún fuesen usados.

Fue una nueva impresión fugaz, porque a medida que regresaba a la agencia el auto volvió a mostrarse antiguo y muy gastado (persistía la imagen de María Cristina mirándolo) y él mismo se sintió agobiado, cansado de todo, como un anciano vencido.

IV

En la oficina, mientras no podía concentrarse en nada concreto, recibió el llamado telefónico de Llanos. El hombrecito se mostraba contrariado, aparte de que parecía hablarle de lejos, desde el otro extremo del mundo:

—¿Qué le pasó? Lo estuve esperando. Mi señora me contó que anduvo por acá y que se fue enseguida.

La voz, que le sonaba como vidrio resquebrajado, le cau-

saba verdadera irritación. Iba a contradecirle, a aclararle que fue dos veces y —más que nada— a hacerle preguntas sobre María Cristina, pero sin saber bien por qué se contuvo.

—Venga a verme usted —le propuso.

Le resultaba intolerable la idea de retornar al prostíbulo y toparse con la mujer engordada, pero al mismo tiempo, contradictoriamente, deseaba volver para reencontrar a la chica.

Llanos le contestó que los clientes no le permitían salir. Aunque su voz no lo revelaba, parecía burlarse de él.

¿Clientes, qué clientes?

—Esto, mientras hay sol, se vuelve un infierno, pero después va calmándose. Véngase de nocecita. Tomamos un vermú y de paso hablamos.

Se imaginó el momento de tranquilidad, un barrio en calma, María Cristina a su lado. Imaginó (hasta escuchó) a Llanos dando explicaciones comprensibles y coherentes. Se interpuso de pronto la mujer gorda y el cuadro se le desmoronó. Sin embargo, venciendo sospechas y reticencias resolvió aceptar la invitación con la intención de aclarar las cosas.

Conducía otra vez por la avenida con baches y retornaba a él la sensación de incomodidad, dolor de cabeza, palpitaciones. No vio a las vías relucientes, sino sucias, medio tapadas, asomando como caries entre el pavimento destrozado. A su lado pasaban coches y peatones agresivos, gente acalorada y con apuro. Todo opresivo, con ausencia de presente y de futuro.

Llanos estaba parado en la puerta del negocio y parecía esperarlo.

—Mi señora tuvo que salir —lo palmeaba con alegría, exagerado, como si recibiera al hijo pródigo—, estuvo trabajando hasta tarde.

Pese a sus palabras en el negocio, que era el mismo de la

primera vez, no había nadie. Los escaparates seguían atiborrados, los juguetes y árboles y regalos parecían no tener más lugar en los estantes. Le resultó otra vez el *pornoshop*. Muchos juguetes electrónicos e importados a los que vio de nuevo bañados en humedad. Nada quedaba de la tranquilidad que rodeaba, parecía rodear, a la muchacha. Música de rock pesado y el mismo olor de la primera visita.

Llanos le sirvió un vermú tibio y hasta un tanto ácido.

—Aquí estoy bien —comentó el hombrecito, como si hubiera andado un largo trecho y ya fuera para él también hora de descansar—. ¿Pensó en lo que le propuse?

La pregunta le resultó ambigua, casi perversa. Parecía estar hablándole de hechos turbios, de lo que no podía o debía decirse en voz alta. De Vito agregó que extrañaba un determinado orden que, según él, se había perdido.

—Pero hay que adaptarse. No se puede tener todo a la vez —dijo sin demasiada convicción, como si se viera obligado a aceptar los vientos de la modernidad.

Decidió quedarse un rato más, aunque se sentía ligeramente mareado y asqueado a causa de la bebida. Necesitaba hacerlo. Para aclarar, para saber qué ocurría con María Cristina. No deseaba toparse con la mujer de la primera vez, pero por saber estaba dispuesto a aguantar.

Observando con mayor detenimiento tuvo la impresión de que la misma fisonomía de la cuadra resultaba distinta y simultáneamente igual, como si se tratara de dos lugares casi idénticos aunque con mínimas diferencias, parecido al juego de las semejanzas que solía aparecer en las revistas.

Así podría afirmar, por ejemplo, que la casa de al lado era la misma, pero no la siguiente. Podría decir que la avenida le resultaba un poco más ancha y que veía mucha gente, como en la primera visita, mientras que en la segunda, cuando conoció a María Cristina, todo resultó menos téc-

nico, más barrial y reconocible. Eran impresiones, porque no se sentía seguro de nada, como tampoco sabía bien que le estaba diciendo Llanos.

—Hubo épocas mejores que ésta —De Vito se encontraba en plena representación—, pero ya le dije, hay que adaptarse.

Lo vio uniformado, en pleno interrogatorio.

Demasiada imaginación, mucho vermú, exceso de calor.

—¿Ustedes son los únicos que atienden el negocio?

—Sólo mi señora y yo.

Llanos lo miraba con su miradita ladina, como si le tomara el tiempo.

— Sólo ella y yo —insistió. Usted ya la conoce.

—Sí, por supuesto —debió contestarle, sintiéndose en una encerrona.

Hablaron de publicidad. Por la situación de la agencia no le discutió lo de las tandas porque hacerlo carecía de sentido. De pronto le pareció ver en el negocio a María Cristina, quien a su vez lo miraba con angustia, pero de inmediato retornó nítido el *pornoshop* en el que por otra parte no había nadie.

—Ya hablaremos —prometió obligándose a retirarse. Tuvo la sensación de que Llanos lo dejaba hacer, como si le perdonara la vida.

V

A la madrugada siguiente se despertó rememorando, a medias, un sueño que no terminaba de recordar con precisión, aunque tuvo la idea de haber encontrado una clara respuesta. «¡Eso es!», llegó a decir en voz alta, pero de inmediato las imágenes del sueño se le desdibujaron.

El resto del día trató de hacer memoria, de recordar más

sobre ese sueño sin lograrlo, pese a que creía haber encontrado en él todas las claves.

En la oficina Joaquín volvió a insistir con Llanos, como si fuera su mensajero. «Prohibido perderlo de vista». Hablaba del cliente potencial con euforia, igual a que si se tratara de una verdadera tabla de salvación, por supuesto que inexistente. Se obligó a evitar discusiones, menos a explicar lo que le ocurría. Tampoco podía negarse a volver al negocio. Aunque, en realidad, no le prestaba atención dado que en su fuero íntimo nada le resultaba importante, salvo saber, como lo estaba sabiendo, que le resultaría imposible escapar de la cárcel de De Vito.

¿Cárcel?

Obviamente exageraba.

Salió a caminar para tomar un poco de aire. Distraído miraba las vidrieras adornadas de los negocios céntricos: la joyería, la librería, la juguetería. Ya se disponía a seguir su marcha cuando algo visto en esta última lo hizo volver. ¿Qué? No lo sabía bien. ¿Qué, entre tanto juego y tanto monstruo plástico le había llamado la atención?

Se dio cuenta: el triciclo.

Alguna cosa particular ocurría con él. Los colores, pero más que eso... Su forma. Sí, su forma, las ruedas macizas, las viejas ruedas de rayos reemplazadas en ese modelo por otras, compactas. El triciclo robusto y bajo, de manchas atigradas y más reforzado, especialmente en el manubrio, de lo que recordaba de su niñez.

¿De mi niñez? No...

En efecto, no era de su niñez. Casi se golpea la frente: se trataba del triciclo que —lo evocaba en ese momento— había *visto* en el sueño, el mismo triciclo que observó cuando María Cristina atendía el negocio. Salió de la juguetería tan conmovido como preocupado. Y confundido. Sabía que lo

estaban mirando con la lástima y la repulsa propias de quien contempla a un borracho o a un insano, pero a nadie prestó atención. Retornó a la agencia y con cualquier pretexto se encerró en su oficina. «No puede ser», murmuró.

En el sueño, que le había vuelto con inusitada precisión, el negocio era atendido por María Cristina y allí estaban ausentes las mercaderías nuevas que rodeaban a la mujer de Llanos. En cambio se encontraban otras, más rudimentarias, con menos colores brillantes.

Entre ellas se hallaba el triciclo. No el de colores, bajo y de ruedas macizas, *atigrado*, sino el más tradicional, vale decir el de ruedas de rayo, asiento estrecho como de bicicleta vieja, con un color rojo uniforme en cambio del amarillo fuerte, veteadado de negro, de la juguetería.

Un triciclo de muchos años atrás. Advirtió esos juguetes cuando estuvo con María Cristina y el sueño había repetido la escena. Conversaban en el sueño, le parecía ahora, del triciclo.

—¿Te das cuenta? —preguntaba María Cristina tuteándolo, hablándole a él con extrema confianza, con evidente amor, y él comprendía. De inmediato, entre cortinas, apareció Llanos dominando la escena. Entonces se despertó.

Había estado tres veces en el negocio. En dos de ellas no vio el triciclo. El sueño era la cuarta visita y también una posible revelación que por el momento continuaba sin aclarársele.

Decidió regresar a la zona del negocio. Con ánimo de investigador observaba con atención la avenida, el asfalto cargado de baches, los semáforos que al estar rotos parecían colocados como ridículos adornos. *Todo es ridículo, en especial lo que estás haciendo*. No vio vías florecientes sino tramos de rieles antiguos, manchados y marcados por los años que —de tanto en tanto— asomaban como dientes podridos.

Tampoco se encontró con las casas bajas, de rejas y habitaciones continuas, típicas de esos barrios, ni con el carro de verduras ni con los autos redondeados y oscuros, que ahora lo estaba recordando, circulaban en considerable cantidad cuando el suyo le resultó nuevo, casi como recién comprado. Se encontraba en cambio observando el mismo panorama desolador que se le presentó las dos veces anteriores: cuando estuvo con la mujer engordada, cuando habló con Llanos.

Esta vez, en vez de detenerse en la *regalería* siguió algunas cuadras más al norte, hasta dar con otro negocio, ubicado también en una esquina. Se trataba de una *mercería* de las de antes, en la que se vendía de todo un poco. Un comercio que había logrado sobrevivir al paso de los años. Ingresó indeciso al local y sin saber cómo encarar la conversación. La mujer lo miraba atenta, «estos hombres», posiblemente se dijera suponiendo que buscaba comprar, sin decidirse, un regalo de Navidad.

Se detuvo a mirar unos caballitos traslúcidos para ocultar su emoción. Buscaba comprender, simplemente comprender.

—¿No hay por acá una, cómo le dicen... *regalería*? —se animó al fin a preguntar.

La mujer sonrió con cierto desprecio:

—Sí —pareció contestar sin ganas—, está a unas cuadras de acá, yendo para el centro. Hizo un vago gesto, como de rechazo o como si no le gustara hablar de eso. De inmediato describió en forma despectiva el negocio de Llanos.

—Gente rara, pienso yo. Si puede, mejor evítela.

—¿Por qué lo dice?

—... Cosas. Cosas de vieja.

La mujer se calló e hizo como que arreglara algunos objetos mientras lo observaba de reojo. Él, en tanto, con-

tinuaba mirando los caballitos pero con la intención de seguirle la charla. No debió hacer ningún esfuerzo porque la mujer ya hablaba por su cuenta:

—La Navidad era otra cosa, antes.

La mujer siguió con su soliloquio sin esperar su respuesta:

—En el barrio nos conocíamos todos, había más confianza, la gente actuaba de otra manera. Nos juntábamos para Navidad, para Año Nuevo, hasta para Reyes. Éramos como una gran familia. En ese negocio que usted dice atendían el padre, don Pablo, y la chica. Gente buena, aunque escasa de carácter, en especial la chica, le diré, muy atada al padre, pero...

—¿Qué pasó? —preguntó poniendo tanta intensidad que la mujer detuvo su charla para contemplarlo con cierta sorpresa y quizás con algo de temor. Sin embargo, no se le disculpó ni entró en explicaciones, porque le costaba hablar y además ¿qué iba a poder decirle?

—Pasó el tiempo. Le hablo de muchos años atrás.

—¿Cuánto tiempo? —Apenas si pudo articular esas palabras. Tenía la boca seca y no sabía bien qué estaba preguntando. Quería conocer, pero al mismo tiempo no deseaba oír nada, no quería oírle decir a la vieja dos, tres años atrás.

—Le hablo de treinta años o algo así. («*Rinso lava más blanco!*»).

La mujer contó que el viejo había muerto y de la chica, «María Cristina», no supo más.

Salió del local sin despedirse ni comprar nada («¿No se lleva los caballitos?»), aturdido. Volvió por un camino distinto para dirigirse a su casa, porque quería evitar a Joaquín o cualquiera de la agencia. No soñaba en ese momento, pero podía haber soñado dos veces. Descartó esa posi-

bilidad: en la segunda visita María Cristina fue una presencia nítida, de ninguna manera la sombra de un sueño. Nunca antes había escuchado su nombre y, aparte, se daba el hecho de que los triciclos habían dejado de importarle hacía demasiados años.

¡Treinta años! *Todo es tan ridículo. Y yo el más ridículo de todos.*

—Llanos sabe —se escuchó decir con absoluta convicción y en pleno desdoblamiento: su parte racional trataba de retenerlo, de hacerle pisar fuerte la tierra por donde circulaba, vivir en el año en que Mandela había «resucitado» políticamente para bien de tantos.

Sin embargo, la otra parte, la afebrada, le estaba diciendo en cambio una cosa diferente. «Llanos sabe», repitió en voz alta, convenciénzose aún más, porque al decirlo comprendió que se había quedado sin salida y que debía volver al negocio para encontrarse con la copia de De Vito.

Al hacerlo, retornaba la sensación de fortaleza que lo acompañó en la segunda visita. Se sintió conmovido, como si se dijera ahí está lo que tanto he buscado. Otra imbecilidad.

Recordó a Los Plateros, volvió la antiquísima propaganda radial, vio los pequeños árboles de Navidad, los soldados de plomo, el viejo triciclo. Quizás estaba comprendiendo.

VI

Cerró bien la casa, recorriéndola con prolijidad y un sentimiento de derrota del que no se podía apartar. Trataba de darse ánimos, sin lograrlo. Al principio el auto pareció negarse a arrancar: «Vamos, viejo, es el último esfuerzo que te pido». Le hablaba como si fuera un animal que pudiera entenderle.

Pensó en María Cristina:

—Te voy a ver —le dijo.

En la calle había festejos, plena Nochebuena. Sonaban bocinas, explotaban cohetes, unos a otros se saludaban con amabilidad casi desconocida u olvidada.

Llanos se encontraba en la puerta del negocio, la mujer estaba ubicada detrás del mostrador. Ambos lo recibieron con alegría.

—Al fin, mi amigo.

Vio los dos triciclos, el negocio de antes y el de ahora, las mercaderías sencillas y las marcadas por la humedad. Miró a la mujer exhibiéndose como en una vidriera de Hamburgo y vio en sus ojos, en un momento apenas, la tristeza y la cárcel de María Cristina.

Sintió la presión del brazo de Llanos sobre sus hombros.

—Pase, mi amigo, pase... —lo iba llevando al interior del negocio—. Quiero hablar con usted. Tenemos mucho que conversar. Cuánto se me hizo rogar.

Guerrero de la Independencia

El primero que consiguió fue el del periodista que solía discutir en la tele y que por su carácter fue echado de varios medios.

Llevaba el apellido de uno de esos famosos guerreros de la Independencia, pero eso era todo. Un nombre que lo excedía o que, en todo caso, resultaba ajeno a su personalidad, tímida, débil, nada reluciente. Pero como era un apellido restallante en el imaginario colectivo, lo solía omitir porque cada vez que lo mentaba resultaba excesivo para quienes lo escucharan y, como él era lo que era, las bromas no se demoraban en llegar. Comprensible: había demasiada diferencia entre el brioso guerrero perpetuado en el bronce señalando el futuro con su índice extendido y él, timorato, lo que se coloca a un costado y se olvida.

Era, aparte (previsible) torpe, y por consiguiente en las fiestas evitaba las copas, los roces y hasta los bailes, cuando los había. Más aún evitaba a los tipos importantes, a las mujeres poderosas, a los que decidían la marcha del mundo (o, al menos, de la comarca) y se colocaba, así era, en un rincón. Resultaba ser uno de los últimos en llegar y uno de los primeros en irse. Su marca era la soledad. El físico tampoco lo acompañaba. Acá no figuraría en una lista de ganadores y en los Estados Unidos sería fulminado de por vida con un *loser* demoleedor.

—Copie y tire, a la hoguera todo lo viejo —dijo Ferrari y, como no sonrió en ningún momento, le resultó imposible determinar si le hablaba en broma o en serio.

Las cartas se habían distribuido de ese modo. En la oficina tampoco destacaba. Alguien podría decir resignación, la vida se presenta de determinada manera, los genes también inciden, la personalidad de cada quien se impone y contribuye a que quien la ostenta ocupe el lugar que le corresponde. Presumiblemente por eso, allá terminó ubicado: en el archivo, casi olvidado como los papeles que si bien no se podían destruir tampoco se los tomaba en cuenta. Entraba, fichaba, se abocaba a su trabajo, comía en tiempo reglamentario la comida que llevaba en un táper, no hablaba casi con ninguno (nadie se fijaba en él, por otra parte), salía a horario perdiéndose por ahí. Si a cualquiera de la oficina le preguntaran, no estaría en condiciones de contar nada sobre él, tal como si una brisa que pasara desapercibida se hubiera colado en el edificio por un instante y nada más.

El segundo que obtuvo fue el del arzobispado.

De pronto, sucede: ocho más nueve veintitrés.

La tarea que, de manera sorpresiva, le había asignado Ferrari («hágalo rápido, porque estamos muy atrasados») resultó ardua, de lenta realización, y consistía en pasar la totalidad de los viejos papeles al sistema digital. Por suerte, en el último tiempo se había preparado concurrendo a academias. No obstante, tenía que andar con cuidado, porque un error podía desencadenar una cadena de equivocaciones que lo llevaría a un reiterado empezar de nuevo, cual Sísifo. O despedido, como también podría ocurrirle.

Hasta que, el Diabolo siempre mete la cola, se encontró con que ocho más nueve daba veintitrés, algo que chocaba

con su sapiencia elemental de las operaciones matemáticas básicas y que lo llevaban —automáticamente— a sostener que ocho más nueve debían dar diecisiete. Las cosas han cambiado en la enseñanza y en la actualidad (al menos por estos lares) ya no se estimula tanto la memorización de las operaciones matemáticas elementales para que ingresen y queden fijos en la retentiva indolente de los adolescentes. Pero él sabía de memoria tales operaciones porque provenía de la vieja escuela. Luego, la suma no daba. O, en todo caso, daba mal. Daba hacia arriba.

El tercero fueron los terceros: todos los de los integrantes de la Corte.

Una factura de tiempo atrás firmada, al parecer, por el señor Roberto Ferrari, aunque la firma era un trazo ilegible o resultaba el símil de las iniciales de un cierto gerente general que andaba por ahí. Gerente con cara de perro, al que alcanzó a ver justo en ese momento cuando, parecía que sí, parecía que no, daba la sensación de estar observándolo (¿controlándolo?) desde la distancia.

Factura no demasiado reciente que, por sobre todo, marcaba una diferencia contable que, en caso de encontrarse entre los decimales, no hubiera tenido ninguna significación, pero que por hallarse en las centenas modificaba tanto esa columna como las siguientes que aparecían a la izquierda.

Piensa bien que así te irá mejor: debería tratarse de un error inocente.

Ocho por nueve ochenta y dos. Las diferencias no sólo reaparecieron sino que crecieron en forma exponencial, papel a papel, mes tras mes, supuesta firma de Ferrari, cuya mirada de basilisco parecía buscarlo con mayor frecuencia (lo veía

mucho más seguido que antes, contemplaba su visión de carnícalo, parecía siempre a punto de abatirse sobre su humanidad). En tanto proseguía con la tarea que le fuera encomendada, hasta que una tarde en que la mirada *ferrarística* se había vuelto insoportable y el viejo contador Ochoa que recibía reprimendas constantes e implacables se sintieron con más rigor —se ensañaba con el antiguo empleado quien, al parecer, tenía dificultades expresivas, sin lograr defenderse como hubiera sido aconsejable— abrió un archivo que de inmediato encriptó con una clave alfanumérica si no imposible al menos muy difícil de detectar. Lo llamó el Hijo del Averno, pero sólo para sí y allí fueron los papeles escaneados que, al parecer, tanto podrían complicar a Ferrari.

De distintas instituciones sociales, de conductoras y conductores de radio y tv, de columnistas de periódicos, de directivos de oenegés, de determinados empresarios, de sindicalistas (oficialistas y opositores), de profesores de Derecho, de comisarios en actividad, de algunos retirados. De a poco, pero de manera constante, con extrema paciencia, perseverante, consultando aquí y allá, de esa forma los fue consiguiendo.

Arrojaba papeles antiguos a los cestos, pero conservaba parte de ellos.

Según su interpretación, terminaba siendo una estafa cuidadosa, lenta pero constante, inteligente, con distinto tipo de maniobras, que quizás tuviera la complicidad de varias personas. Suele ocurrir: alguien que actúa como mascarón de proa, o se encarga de dirigir la flotilla. Eso explicaba, sacaba a luz, las dificultades que comenzaba a presentar la empresa, las molestias que acusaba el viejillo Ochoa que ofrecía, jornada a jornada, una cada vez más deprimida versión de sí mismo.

Algo sabía de contabilidad, entendía de números, fue comprendiendo en lo básico el camino y el sentido de la estafa. Y todos esos datos ingresaron al archivo inexpugnable. Y a la *nube* de Internet, que también andaba por ahí.

Previsible: terminó siendo convocado por el Tribunal de Praga. Cuando ingresó al despacho del Enorme Ferrari, comprendió de inmediato que (a lo que fuera, por lo que fuese), estaba condenado de antemano, porque al gerente lo rodeaban otros hombres (mundo machista, ausencia de mujeres, qué otra cosa) silenciosos y torvos, salidos de algún cuento de malevos. Ferrari, sibilino, incisivo, le preguntó cómo iba el trabajo. «Estoy terminándolo, señor». Intentó ser más explícito, pero el Enorme impidió que continuara con sus explicaciones.

De ligas de consumidores, de asociaciones de amas de casa, de combatientes contra la droga, de curas villeros, de solidarios con los desamparados, de asociaciones civiles, de asociaciones de bibliotecas, de notorios y ancianos juristas.

Jugando al máximo con sus limitados recursos se compró un teléfono móvil, celular, con todas las aplicaciones habidas y por haber, última generación.

Sentía seca la garganta. Tardíamente advirtió que entre los presentes, en uno de los extremos, lívido y cabeza gacha, se encontraba Ochoa.

—¿Nada le llamó la atención entre los papeles de los archivos?

—No, señor.

—Sin embargo, alguna cosa debería haber encontrado —dijo Ferrari abriendo una carpeta en la que se hallaban las facturas adulteradas, pero no firmadas por él, o por su firma

presunta, sino por Jorge Ochoa, contador. Las reconoció: ocho más nueve veintitrés, ocho por nueve ochenta y dos.

Miró a todos y a cada uno. Miró la lividez y las lágrimas incontenibles de Ochoa.

Miró a Ferrari.

—Sí —contestó, luego de mantenerse en silencio—, tengo una respuesta para usted.

De uno de sus bolsillos sacó un papel. De otro, el teléfono celular.

—¿Qué me está dando?

No le respondió, atento como se encontraba operando con su teléfono, buscando las teclas correctas, buscando el correo electrónico que había preparado con antelación, preñado de archivos adjuntos.

Ferrari se puso a leer el papel y se encontró con una nómina interminable de direcciones de mails, cientos de correos electrónicos acompañados por los nombres de los titulares de las cuentas, todos los que había conseguido luego de una búsqueda larga y tenaz: nómina de correos electrónicos entre los que se encontraban los del periodista irascible, los integrantes de la Corte, el diputado que nunca se callaba y el senador que tampoco lo hacía, los curas villeros, las madres del dolor, entidades de bien público, connotados personajes de la zona, vecinalistas, juristas y académicos, deportistas y comentaristas de radio, de televisión, columnistas de diarios, actores y directores, escritores, gente desconocida, gente con contactos nacionales y sin ellos. Toda la ciudad y toda la comarca.

—¿Y esto que quiere decir?

Mostró el celular. «Mando todos esos correos, con muchos archivos adjuntos en las que aparecen las facturas reales, no las que firma Ochoa».

—Eso lo destruimos en un segundo —afirmó, aunque con voz poco firme— el gerente.

En su celular marcó la señal de «Enviar».

—Puede que sí, puede que no... Es hora de irnos, Ochoa —respondió el guerrero de la Independencia.

Marga llora frente a un cuadro

El llanto de Marga fue tan instantáneo, tan espontáneo, que sorprendió a Alfredo. Como para no: su mujer sollozando frente al cuadro que en principio pasaba desapercibido o en todo caso no superaba la media de las pinturas exhibidas. Incomprensible para Alfredo, pero ahí estaba Marga, paralizada, la cabeza gacha, sin poder contener los sollozos que lo llevó a abrazarla, mientras sentía una vergüenza inédita y estúpida, muy burguesa, porque el público, que era numeroso dado que se trataba de una inauguración, comenzó a observarlos, casi rodeándolos, mientras todo, cada acción, cada movimiento, parecía detenerse, suspenderse en el ambiente frívolo que hasta ese momento había ganado al museo.

Con la muestra, el museo era reinaugurado, de manera que al público habitual esa vez se le sumaban autoridades e invitados especiales, como suele marcar, más bien remarcar, el protocolo. La casa señorial y venida a menos que albergaba el museo desde hacía tiempo había sido reformada, recargada con paredes de cristal y planchas metálicas que la exterminaron respecto de lo que fue, transformándola en un espécimen del nuevo mundo, de esta época de gran velocidad y emociones escasas

Alfredo volvió a observar el cuadro, como buscándole el sentido que se le escapaba y que sin embargo tanto había conmovido a Marga. Era una pintura a medias figurativa,

aunque prevalecían las formas geométricas, los colores estridentes y las monstruosidades que había imaginado el autor o la autora (figuraba un nombre que podría ser tanto seudónimo como apellido de mujer u hombre). Una cara, o el esquema de una cara que quizás hubiera surgido de una mala imitación de Bacon, daba la sensación de sobrevolar la escena, tornándose pájaro o criatura surgida de las pesadillas de la noche.

Para que se olvidaran de ellos, se ubicaron en un rincón, apartados de la circulación de la gente. Alfredo sentía las miradas curiosas de algunas personas, pero como Marga ya no lloraba los asistentes dejaron de tomarlos en cuenta. Sentía mucha curiosidad en saber qué le había ocurrido, pero no sabía cómo encararla. Experimentaban un momento difícil en su relación y una pregunta mal formulada podría derivar en una crisis o en una pelea que deseaba evitar. No en público, al menos.

Especialmente no delante de ese público.

Tenía esas cosas, le molestaba llamar la atención. Mejor destacarse cuando fuese necesario y no más. Marga también tenía su mundo. Era así. Todos somos así, pensaba, cada quien con su propia procesión.

Esa vez iba a ir el ministro y Javier, que también estaba, se comprometió a presentárselo, hasta trataría de que hubiera un aparte, un momento, algo, que le permitiera a Alfredo ser reconocido y poner su pica en Flandes, un pequeño avance, hoy un pasito, mañana otro, pasado el mundo. Marga lo sabía, pero seguía tensa, enfurruñada, en su casita de la amargura, donde se metía bastante seguido. Marga no se mostraba dispuesta a secundarlo.

Es apenas un negocio, nada de qué preocuparse. Algo simple y claro, como nubecitas en un cielo casi despejado. Lo que necesitamos es que las nubecitas desaparezcan y nada más.

La incapacidad de Alfredo para comprender de qué iban las pinturas exhibidas era total. No estaba ahí por un arranque de cultura, a él no con esas cosas, pero si había que concurrir a un museo se estaba, dispuesto, predisuesto. Pero Marga no colaboraba.

En un momento dado encontró a Javier, más bien lo buscó. «Ya vuelvo», le dijo a Marga separándose sin esperar respuesta. Ella bebía un vino blanco poco agradable y miraba sin demasiado interés los cuadros restantes. Cuando un hombre se le acercó y comenzó a darle charla decidió que ya estaba bien. Sin contestarle se alejó unos pasos, dejó la copa en la saliente de una columna y fue aproximándose, como distraída, a la salida. Afuera dos o tres personas fumaban y charlaban entre ellas. Se arrimó al grupo como para sumarse a los fumadores pero en realidad lo usó como pantalla. Al minuto estaba en la esquina y allí mismo un taxi le permitió volver a su casa. En el coche, con su celular, escribió unas líneas a su amiga Celia, que se sorprendería al saber que se proponía visitarla en Rosario. «Después te explico», decía el final de su mensaje.

En su casa buscó dinero, documentos, tarjetas de crédito y la ropa necesaria, mejor, imprescindible, que ubicó en una valija preparada con apuro. Pidió otro taxi por teléfono y ya en él se trasladó a la terminal de micros, desde donde media hora más tarde partía con destino a Rosario.

La casa quedó solitaria hasta que, hecho una furia, una larga hora más tarde, ingresó Alfredo gritando su nombre e insultándola. Pero sólo lo recibió el silencio.

Marga en tanto viajaba pensando de manera difusa sobre lo que había hecho, sobre lo que se proponía hacer. Nada tenía claro salvo la convicción de que no podía volver con Alfredo, a esa casa, a la vida que terminaba de dejar atrás.

El futuro era una incógnita, el presente algo que le causaba un persistente y comprensible temor. El pasado una puerta clausurada.

El museo, en tanto, era cerrado por los celadores, mientras el sereno se recluía en una silla, donde comió algo de lo escaso que habían dejado los visitantes y tomó los restos de un vino poco pasable. No miraba los cuadros porque en general no los entendía y, menos, le interesaban.

Los cuadros ya no estaban iluminados. Conformaban una serie de rectángulos oscurecidos, colgando lánguidamente en las paredes. Algunos representaban figuras humanas, otros resultaban más herméticos. Cada uno contenía aquello que sus autores quisieron plasmar y el «algo más» que agregaba cada espectador.

Como Marga lo agregó, sorprendida de sí misma por llorar, por ver lo que estaba y no estaba en el cuadro. No algo en concreto, no la cara de Bacon sobrevolando como un murciélago, ni la estridencia de lo rojo y lo verde, nada de los rectángulos y rombos que se daban cita en un rincón, sino el recuerdo impreciso de una mano, la de ella misma mucho más joven, que pintaba un lienzo, las promesas que se había hecho sin hacérselas nunca del todo, una casa, conversaciones, el muchacho que la roza sin querer aunque queriéndolo, la inquietud, la desazón, el dolor de estómago, esa pérdida que nunca se perdonó porque hay cosas que no se perdonan ni se olvidan, la propia propuesta de Alfredo para que ella fuera puente, seductora, la invitación que recibiría el ministro, practicar una incitación mínima, o máxima, no estaba claro, como tampoco lo estaba la propuesta que quería hacerle Alfredo al funcionario, pero ella no, ella no jugaba ese juego, ella levantaba la mano y arrasaba hasta muy arriba el verde pálido que parecía haberse vuelto un presunto tul y así, evanescente, se plasmaba en

un lienzo interminable, un hombre joven y perdido le susurraba sí, claro que sí, y la volvía mujer, y la envolvía y no podía, no puede ahora, dejar de pensar en él, dejar de penar por quien dejó de ser hace demasiado tiempo y que no está a su lado en el museo, que no está apretándole los hombros, que no la volverá a poseer depositando en su vientre una esperanza que al rato se volvió nada más que negrura y nostalgia, joven perdido pero que la mira, que la observa, desde el cuadro, tras el cuadro, desde lo profundo de sus ojos hasta lo profundo de su útero y que la sorprende haciéndola llorar de forma definitiva.

Cambio climático

Apurado, caminó unos metros desde su casa cuando sólo entonces advirtió la densidad distinta, y apabullante, del ambiente. No lo había hecho al salir hacia el trabajo por los problemas que le generaron un sueño intranquilo la noche anterior. Y por la reiterada discusión con Juliana, que más le hizo apresurar la ingesta del desayuno, logrando que el café y las tostadas le terminaron alterando el estómago. Pero ahí estaba, esperándolo, rodeándolo, esa bruma extraña que lo acompañaba mientras buscaba el auto.

Eran días broncos, nadie se llevaba bien con nadie, y las expresiones de dolor y enojo explotaban de pronto, como de pronto explota una bomba cuando se quieren producir muertes masivas, daños inconmensurables. Algo aquí, en el fondo de la garganta, que resultaba imposible expulsar.

Una bruma particular, no estrictamente nieve, tampoco llovizna ni cosa semejante, sino una suerte de mínimos, infinitesimales, fragmentos de metal que cayeran del cielo, como si algún aparato volador (un avión, un satélite) se hubiera desintegrado y sus restos, reducidos a lo mínimo, bañaran esa parte de la ciudad.

Sin embargo, no se trataba sólo de un sector de la urbe, sino que la cubría de manera íntegra y en realidad se extendía más allá de sus límites, por lo que dijeron en la radio, «hasta en las chacras» que la rodeaban. Es decir, hasta el campo mismo, cubierto por la bruma metálica, según se

enteró escuchando la radio que había prendido en el auto. «Demasiado», murmuró.

«Un fenómeno propio del cambio climático, que estamos analizando», sostuvo el científico al ser consultado. Aunque no aseguró nada, se notaban sus vacilaciones al hablar con un periodista. Los médicos dijeron que todo estaba bajo control, no obstante pidieron que tomaran especiales precauciones los alérgicos y quienes sufrieran asma. Las clases, por prevención, fueron suspendidas.

En fábricas y oficinas las tareas continuaron porque, al menos en las primeras horas del día, nadie parecía sentirse afectado por la bruma, así la llamaron, aunque la visibilidad se había reducido, por lo que prendieron de nuevo las luces de las calles y avenidas y se pidió circular con precaución. En poblaciones un poco más alejadas se registraban fenómenos similares. El cambio climático lo explicaba todo. La gente, esa vez, se privó de comprar en verdulerías y acudió a los supermercados, donde las mercaderías se hallaban menos expuestas. Pese a la tensión existente, la vida continuaba y una vez asumida la novedad las personas continuaron con su ritmo habitual.

A las pocas horas empezaron las descomposturas.

Las físicas (muchos con el estómago revuelto o con principio de asfixia) y las mentales, porque el aire polucionado parecía ingresar en el ánimo de los seres humanos o, al menos, ingresó a su ánimo. No era seguro y lo más probable es que si llegase a consultar a un médico, éste descartaría de plano la probabilidad. Pero sentía su espíritu apagado, como mellado por eso que se percibía en el aire sin que se lo pudiera definir.

Aparte de que los objetos comenzaban a resistirse, las máquinas, en primer lugar: la impresora, que se atascaba, la computadora, que no terminaba de estabilizarse, el celu-

lar, con el que no conseguía comunicación, los teléfonos de línea, que daban con números equivocados, u ocupados, el inodoro del baño, que perdía agua, la canilla, que cerraba mal, la cocina, cuyos quemadores se negaban a prenderse. También los nervios de los que estaban en la oficina parecían como encendidos, como si se hubieran exacerbados. El mal tono prevalecía en todos los planos, en cada uno de los que se encontraban allí.

—No doy más —dijo la chica de la oficina próxima, ingresando sin permiso al lugar donde se encontraba. «Me duele la cabeza», agregó. Hasta ese momento casi no se había fijado en ella, de pelo largo, algo más flaca de lo aconsejable y una nariz rotunda que a cualquier otra le hubiera desfigurado el rostro pero que a ella le acordaba una definida personalidad. «Aparte de que me siento algo mareada». Le preguntó si tendría una aspirina, pero él negó.

—Lo siento.

—Está bien, no hay problema.

La invitó a sentarse. En realidad no sabía bien cómo tratarla, en la oficina prevalecía la relación impersonal, superficial, era difícil tejer amistades, la desconfianza se imponía sobre cualquier otra cosa. Le era totalmente desconocida, al punto de ignorar qué funciones cumplía en la empresa. Desconfianza, desconfianza: quizás la hubiesen enviado para espiarlo. De allí siempre esperaba cualquier cosa mala, los que estaban al frente eran perversos, alentaban los enfrentamientos, las intrigas.

—Te estoy haciendo perder el tiempo. Me voy.

Y antes de darle tiempo de reaccionar ya se había marchado.

La visita lo desacomodó aún más. La situación que vivía era extraña pero también imprecisa: no terminaba de adaptarse, dándole la sensación de que llegaba tarde a todo. Como

si el cerebro ordenase alguna cosa concreta mientras el cuerpo demoraba su cumplimiento. El movimiento de un brazo, o sentarse o pararse, o tomar agua. O escribir alguna nota. Cualquier hecho o acto, algo que ocurría en su masa cerebral no se correspondía de inmediato con la acción del cuerpo.

Las sensaciones lo mantenían aherrojado en la oficina. La chica, así como se había ido reapareció, impidiéndole reaccionar de manera adecuada. «¿No sentís la opresión?», se señalaba el centro del estómago. Al tocarse, su carnalidad se le hizo presente de forma tal que sintió el golpe. Asintió. Omitió reprocharle que hubiese ingresado por segunda vez al despacho sin pedir permiso. También «se olvidó» de que destruía las jerarquías internas al tutearlo. Tercera falta: se sentó frente a él, ahora sin pedir permiso.

La dejaba hacer, actuar, mientras permanecía en silencio y lo permitía porque él también sentía esa misma opresión (en su caso en el centro del pecho) y porque esa *rareza* estaba ganando todos los espacios. Le preguntó al fin si no quería agua. Ella dejó de monologar y asintió, también con un gesto mudo. Del dispenser ubicado en su oficina le ofreció un vaso de agua fresca que debía mostrarse cristalina, pero sin embargo acusaba una pátina grisácea en su superficie. Ella comenzó a beberla aunque de inmediato hizo un gesto de asco: «Es intomable», le dijo que la probara pero no se animó. «Te creo».

«Lo mejor será salir hasta que esto se aclare», propuso la chica. Adoptaba aptitudes enfáticas, decididas, sin esperar respuestas, como si se dijera del dicho al hecho: ya se había levantado y entreabierto la puerta, mientras lo aguardaba. Su propuesta carecía de sentido, lo propio era quedarse y esperar a que se esclareciera la situación. Un poco de viento, o de lluvia, o el simple paso del tiempo, resolverían las cosas y todo volvería a lo normal.

Algo, en tanto, no encajaba. Sus pensamientos buscaban la lógica, pero ésta parecía escabullirse, un bichito que huía por el piso. Por supuesto que tenía sentido quedarse en la empresa esperando el regreso del sol y por supuesto que no lo tenía. Las sensaciones que acusaba la chica eran sus propias sensaciones.

Ella continuaba esperándolo en la puerta. ¿Quién era? ¿Qué se proponía? «Si te quedás pensando no te vas a ir más». ¿Y si fuera esa su decisión, qué? ¿Acaso perdería?

La miró con largueza, que era como mirarse a sí mismo, con detenimiento. Por inercia cerró los cajones con llave, apagó la computadora y también, después de levantarse, la luz de la oficina.

Salieron caminando con una cierta lentitud. Las piernas se habían vuelto pesadas, como si les hubieran agregado un lastre, indefinido y al mismo tiempo concreto. Las caras de las personas con las que se encontraban en las distintas dependencias evidenciaban el desconcierto. Algunos quisieron detenerlo, o hacerle preguntas, pero al fin lo dejaron pasar. Ella abrió la marcha.

Salieron por fin a la calle, con su paisaje desdibujado, teñido por una niebla densa que se había ido acrecentando.

Llegaron a una avenida en la que, antes que nada, se adivinaban las sombras de los escasos coches, de los peatones a los que no bien veían perdían de vista, engullidos por las cortinas de metales finísimos que continuaban cayendo sin solución de continuidad.

Por esa avenida ella y él fueron perdiéndose de a poco, absorbidos por lo que ocurría, que continuaba ocurriendo en ese mismo momento.

Índice

PRÓLOGO / 9

Patricia Severín

TRÍPTICO DE VERÓNICA

1. Sentís que te vas a morir / 15

2. La muerte del abogado / 21

3. En un mundo opaco / 31

~

OTROS CUENTOS

Noticias de Graciela / 43

El desierto de Atacama / 51

De pronto el tiempo se detuvo / 59

¿Es una Mont Blanc? / 69

Oscura y brillante / 86

La vecina que llegó a la tarde / 104

El hombre parecido a William Macy / 118

Un insecto que busca la luz / 138

Graham Greene nunca te traiciona / 147

Los paquetes de Adolf Eichmann / 154

La mirada de Juan Prado / 162

«Cuánto se me hizo rogar» / 170

Guerrero de la Independencia / 190

Marga llora frente a un cuadro / 197

Cambio climático / 202

Narrar es contar el mundo. Desde el lugar propio. Desde donde estamos situados. Y esa insistencia imprudente, esa verbosidad por contar y contar —casi siempre un mismo tema desde diferentes ángulos— es la obsesión de los escritores.

Carlos Roberto Morán ingresa a este sitio para narrarnos el mundo que lo perturba una y otra vez. Y es esta necesidad de narrar la condición humana la que lleva al escritor a abrir el abanico de voces de los quince relatos que integran el conjunto. Soledad, traición, muerte, hipocresía, desconfianza, corrupción, asesinatos: los desdichados males del milenio.

Los cuentos de Carlos Roberto Morán nos capturan de manera irrevocable para llevarnos a ese *mundo opaco* en el cual la maraña de una madeja que no se desovilla nos mantiene atrapados hasta cada final.

Patricia Severín